

LUISA JOSEFINA  
HERNÁNDEZ

---

# Nostalgia de Troya



Lectulandia

Lugar: diversas ciudades de dos continentes. Época: la actual, aunque el tiempo se maneje en niveles distintos. Personajes: siempre parejas que se encuentran, se desencuentran, se conocen, se desconocen. Tema: casi único y obsesionante, el de la relación hombre-mujer, siempre conflictiva, observada desde el punto de vista femenino, sin que esto aclare, por supuesto, el problema de la pareja sino que simplemente le añada enfoques nuevos y dimensiones que, puede decirse, alcanzan ya lo infinito.

Luisa Josefina Hernández (1928) ganó el premio Magda Donato de novela con *Nostalgia de Troya* (1971). Aunque es una escritora que se ha dedicado básicamente al teatro, actividad literaria en la que se inició desde sus días en la Facultad de Filosofía y Letras cuando formó grupo con Emilio Carballido y Sergio Magaña, la novela no le es un campo extraño. Al contrario, se desempeña muy bien en ella como lo demuestran *El lugar donde crece la hierba* (1960) y *La Plaza de Puerto Santo* (1962).

En esta novela premiada, la autora abandona una de sus «locaciones» favoritas, la provincia, con su cortejo de seres frustrados o desesperados por la mezquindad del ambiente. Así, *Nostalgia...* es una novela cosmopolita que podría ser la antítesis de varios de los trabajos de la escritora, pero, como se verá, el cambio no hace que sus personajes se sientan menos derrotados: desligados de su medio, esto no impide que se descubran sujetos al yugo y dando vueltas a la eterna noria.

**Lectulandia**

Luisa Josefina Hernández

# **Nostalgia de Troya**

ePub r1.0

Titivillus 06.12.16

Título original: *Nostalgia de Troya*  
Luisa Josefina Hernández, 1970  
Fotografía de la cubierta: Rafael López Castro  
Diseño de la cubierta: Solar

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

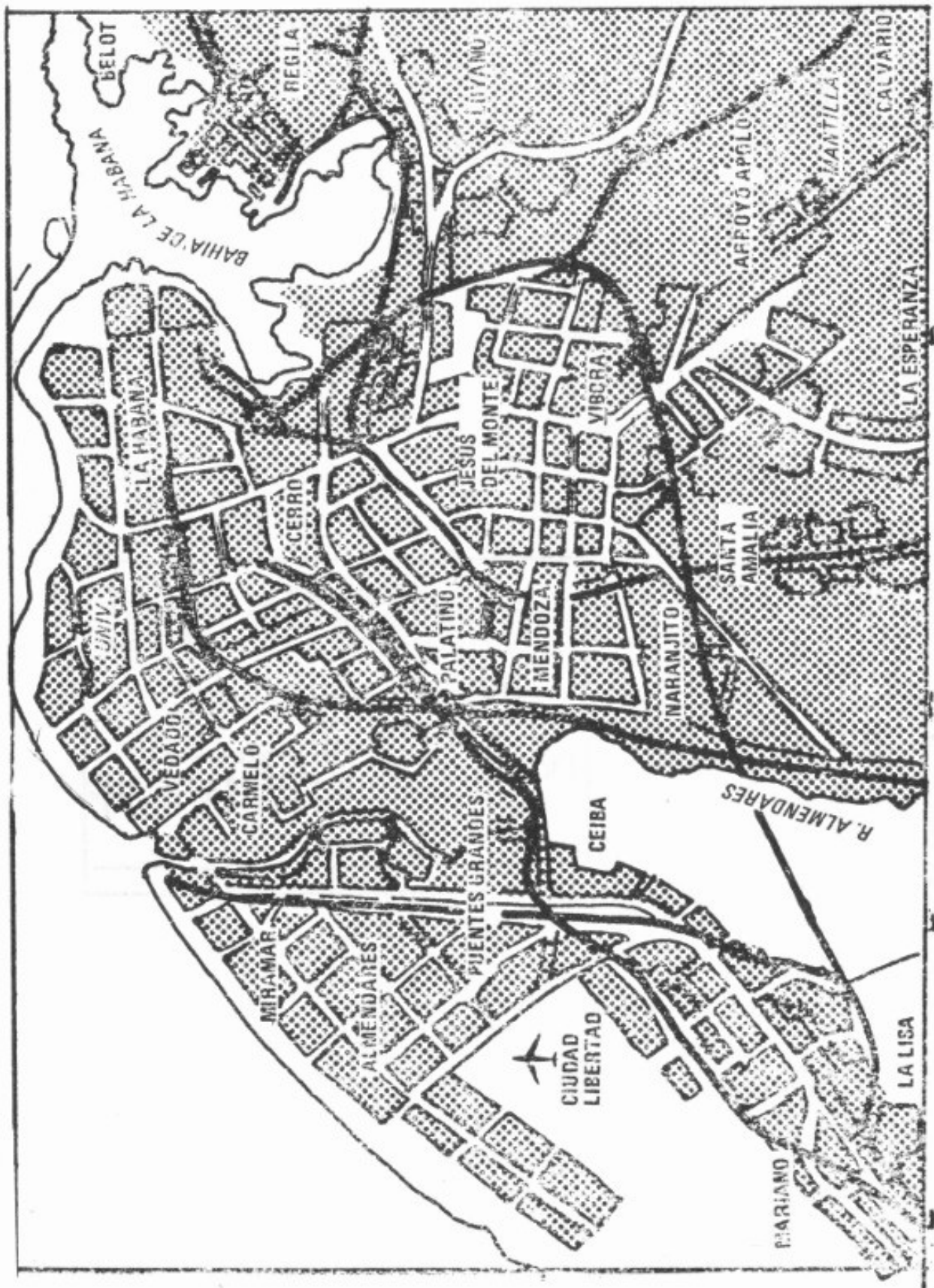
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

PRIMERA PARTE

1963





Aquí, debajo del vidrio de mi escritorio, está la fotografía. Viéndola bien, es curiosa y podría prestarse a diferentes interpretaciones. La casa, en la copa del árbol, con su ventana, su puerta pequeña y su techo en declive, parece la realización de un sueño infantil que se desenlaza en la selva... al fondo, sin embargo, puede apreciarse con claridad que no es la selva, sino un pinar magnífico sobre una colina escarpada y humedecida. Más artificioso todavía, más hecho con propósitos y veladas intenciones: las paredes de la cabaña son azules. Si la fotografía no fuera a colores se perdería la mitad del efecto.

Junto al tronco, René, con las manos ocupadas en sostener su cámara de cine. René, con el saco de cuero que me explicó tantas veces, con ese orgullo específico puesto en las cosas superficiales, que había sido confeccionado a la medida... en París. La pausa antes de decir «París» era impresionante. Todavía le gusta París.

Yo no salí en la foto porque estaba unos metros más lejos, muy entregada a la contemplación de un manojo de varas de bambú que crecía en medio de una laguna pequeña. No escuché cuando me llamaron.

Era bonito salir con René fuera de La Habana. Se dedicaba a su trabajo con intensidad, vuelto de pronto una pura atención visual desentendida de todo. Siempre he creído que hubiera podido llevar con él una docena de niños y lograr que estuvieran contentos sin necesidad de interrumpirse ni de interrumpirlos; su concentración se reflejaba.

Así salimos aquella mañana, René, el chofer y yo. René me hizo regresar a mi cuarto a buscar un sweater grueso que traje de casualidad y que tiene, en el paseo me di cuenta, un agujero en el codo. Si no estuviera segura de que él ha visto en su vida miles de mujeres hermosas, cuidadas y elegantes, no me sentiría tan libre a su lado, porque aunque hiciera un esfuerzo y tratara de ser atildada y de conservar el aspecto de lo que proyectan las mujeres bellas, no sería ninguna novedad para él. Recuerdo una época de mi vida, todavía reciente, en que me sentía obligada a ser así y casi lo lograba. Ahora, en este país, amiga de René, me daba pereza.

En la fotografía, más claras y expresivas que su rostro se ven las manos de René. Unas manos que poco se llevan con una cierta fragilidad suya, proyectada por su carácter; su físico no es débil, sino musculoso y atlético. Tiene cuerpo de nadador o de tenista. Pero ama tanto las aventuras reales como detesta éstas caseras que son los deportes.

Sus manos. Rudas, más grandes de lo previsto, con algo inescrupuloso que golpeaba la imaginación. Con esas manos podía hacerse cualquier cosa, podía tocarse cualquier cosa; bastaba luego con lavárselas si uno quería. Manos de obrero pero nada cándidas, manos marcadas con el trabajo diario.

Estuve muy lejos de ellos todo ese día. Iba y venía viendo las construcciones colgadas de los árboles, a veces justamente a la mitad del tronco, y no me acercaba a ellos. El chofer lo seguía obedientemente y murmuraba algo que René no escuchaba: él era el ojo mágico que intenta abarcar aquello que puede resultar significativo a los

ojos de los otros, de todos los otros ante quienes el documental sería exhibido.

Llovió durante un rato, y mis hábitos citadinos me recalcan que no debía mojarme, pero me parecía ridículo refugiarme debajo de una cabaña flotante cuando los otros no daban señales de notar que el agua les corría por la cara y les dejaba círculos difusos en los sacos, me reí al sorprenderme pensando:

—¿No habrá aquí algún lugar poético donde guarecerme?

Por fin escogí un puente casi cubierto por los árboles curvados y me senté en la baranda. Abajo estaba un arroyo quieto, con el agua estancada.

Antes, habíamos visitado una residencia convertida en museo y que perteneció a un noble español, muerto ahora en su tierra natal. La idea de su retiro en aquel sitio me parecía fastuosa e incomprensible. Su casa inmensa, rodeada de pinares, su jardín poblado de estatuas sin otro valor que el de cumplir una fantasía suya, sus estanques, sus objetos de arte (había un pabellón chino a la moda inglesa del siglo XVII), se veían tan lóbregos, tan extraños, que no podía dejar de pensar en ellos con detalle.

Aún ahora recuerdo dos inmensos dragones rojos, muy alegres y obscenos, que se suponía quedaban al lado de la cama del cuarto de huéspedes. Más grandes que el tamaño normal de una persona. Si René hubiera dormido en ese cuarto, los hubiera usado como perchero y asunto terminado; él tenía una manera de no pensar dos veces en nada excepcional que lo exponía a toda clase de imposibilidades y de absurdos. Yo, en cambio, de haber tenido que dormir con los dragones, no sé qué hubiera hecho. Para empezar, me hubiera negado absolutamente. Mejor la cabaña, mejor abrazada al tronco del árbol como una iguana; el árbol es una posibilidad vegetal que me resulta muy familiar.

René subió a las cabañas. Casi todas tenían una escalera de caracol que seguía el impulso del tronco y desde allí se escuchaba el ruido de su cámara. El chofer era escéptico, lo contemplaba como si fuera imposible que en otra parte del mundo alguien pudiera interesarse por estas cosas, justamente por éstas.

En cambio, yo no quería, estaba resueltamente decidida a no interesarme por otras. Esto era peligroso con René. Lo era, porque esa concentración para el trabajo podía enfocarse, lo comprobé varias veces, en una sola persona. Y una sentirla como cosa agresiva y exigente, empezar a devanarse los sesos y pensar:

—¿Qué esperará este hombre que le diga?

Así como era indiferente a ratos inclusive muy largos, podía ser interesado, observador, indiscreto a su modo. Yo hubiera querido tener un secreto. Esto es, algo precioso que no existía entonces, lo que iba a convertirse en secreto es lo que ocurría ahora, todos estos datos serían la clave de una decisión definitiva. La impresión de ese día era la de una gracia concedida de pronto por alguien que se permite ofrecer una versión parabólica para que una comprenda.

René durmió al regreso, y su cabeza sin apoyo, caída sobre el pecho, se sacudía de vez en cuando. Yo iba sentada en medio de los dos hombres con la sensación de que había hablado muy poco y que era cortés entablar conversación con el chofer. Así



lo hice, sin poder abandonar la idea de que aquel hombre pensaba que yo era irremediabilmente vieja y que por esa razón y no por otras era bueno ser gentil conmigo. Me regaló una flor cortada en el jardín del noble español y se guardó otra. Días después, a una pregunta de esas que hacía René, comentaba:

—La señora es muy buena persona. Muy buena persona —y cerraba los ojos, para que no hubiera discusión posible.

Luego, más tarde, estuvimos en el bar. Casi en seguida llegó Miriam. Miriam tiene 17 años y un gran espíritu de vagabundería. Estudiaba francés en una academia y todas las noches se encaminaba a los hoteles que alojan extranjeros a ver televisión, a que le invitaran una copa, a hacer conversación que siempre versara sobre otros países. Conversaciones que aislaba en su memoria con un estilo enumerativo y lacónico.

—Hace frío en invierno, nieva, y la gente se viste con pieles. Pero los veranos son calientes, hay vacaciones largas para ir a la playa y las mujeres se pasean en pantalón corto.

—En casa están papá, mamá, la nena y el perro. No me gusta estar en la casa.

La primera vez que vi a Miriam supe que iba a enamorarse de René si no es que ya lo había hecho. Cuando estaba con él adoptaba un tono doliente y apagado, hablaba más despacio, miraba más. No era extraño, ¿desde cuándo las adolescentes no se enamoran de los hombres mayores que además les prestan atención? Era enternecedor porque aquello no podía traerle a Miriam otra cosa que nostalgia, y no sólo pensaría en Francia, en Italia, en España, sino en René, y le diría a alguien:

—Rubio, ojos verdes, saco de cuero y contaba los sucedidos más maravillosos.

Esa noche Miriam me miró con malos ojos y nunca lo había hecho; era claro para ella que yo no era nada más que amiga de Rene. No, no era su amante. Pero ya no admitía que él tuviera amigas. En un rápido aparte, Rene me dijo:

—Hoy, Miriam te tiene envidia.

—¿A mí? —mi sorpresa era legítima. Quién tuviera diecisiete años para hacer enumeraciones...

—Te envidia porque tener treinta años cumplidos es un don del cielo.

Yo, como René, tenía treintaitrés. Habíamos nacido el mismo año y el mismo mes, con una diferencia de días.

—Ah, pero yo...

—¿Qué? —preguntó él con los ojos brillantes y una sonrisa. Me volví a Miriam sin contestar. Su francés no le permitía seguir la conversación.

—¿Cómo te ha ido, Miriam? ¿Qué has hecho?

—Me ha ido mal y no he hecho nada.

El tono y su voz me recordaron los de mi hijo. No hay desolación tan profunda como la de un niño. Tuve fuertes deseos de levantarme de la mesa, correr a mi cuarto, estar sola, llorar pensando en él, recordar los detalles de su último cumpleaños. Inventé una disculpa.

—Voy a ver si tengo correspondencia. Con permiso.

René murmuró, como si tuviera miedo de la muchacha:

—Regresa pronto.

La verdad es que no tenía el menor miedo de ella. Al contrario, le agradaba escucharla, y no he sabido jamás hasta qué punto lo halagaba que estuviera enamorada de él.

Pasé cerca de la administración y, para cumplir con mi pretexto, pregunté. Tenía dos cartas. Ahora ya no quería ir a mi cuarto, odiaba de pronto esa frialdad, esa prisión lujosa. Quería palabras, ruidos, oír canciones sentimentales.

Regresé a la mesa y noté que Miriam estaba más contenta. Me dijo:

—Un día voy a ir a su clase.

Yo daba unas lecciones de Historia del Arte. Un curso intensivo que la hubiera aburrido hasta el delirio.

—Bien. Encantada.

Sonrió.

—Allí se habla de cuadros, de edificios antiguos, de ventanas, ¿verdad?

—Hum... sí —mis instintos profesionales me decían que fuera explícita, pero todos los otros me advertían que serlo no tendría la menor importancia.

—Dígame, y ¿de qué sirve aprender lo diferente entre una ventana y otra?

—La cultura es el aprendizaje de la diferencia.

René aplaudió. Él era un amator de la diferencia. Miriam puso mala cara; sentía que le jugábamos una mala pasada y ella no poseía las armas para iniciar un contraataque. Ya otra vez estábamos adultos.

—Bueno. Pero eso es lo que usted enseña, ¿no?

—Sí.

—Ah, vaya... —hizo un gesto de tranquilidad muy sincero y retomó confianza—. En mi casa nunca nos hemos fijado en la decoración.

René entrecerró los ojos. Estaba sin duda imaginándose lo que hubiera ocurrido si la familia de ella tuviera aficiones decorativas. Hacía días me había contado su visita a un departamento de los considerados de lujo que tenía una silla de tocador forrada en brocado rojo, donde se subía por dos escalones, como un trono. Y todo para verse al espejo. Miriam se consoló.

—Ahora no es tan fácil comprarse muebles bonitos y además nadie piensa en eso.

—Cierto —comentó René con alivio—. Muy cierto —el sarcasmo se disolvió en una sonrisa cruel. Sus palabras y su sonrisa daban a veces el mismo resultado que si dos signos negativos pudieran convertirse en uno positivo: el absurdo. Miriam se rió abiertamente por primera vez. La risa del niño que ve un fantoche que hace maldades.

—¿Tuviste cartas? —ahora las baterías estaban apuntándose.

—Sí —René profesaba la curiosidad más inconfesada por mi correspondencia. Se notaba en que siempre me mostraba la suya—. Una de mi madre y otra de mi hijo.

Ella dijo, contenta:

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Doce años.

—Qué grande.

—Sí, ya es un muchacho grande.

—Mi madre tampoco es vieja.

—Muchas gracias.

Empecé a pensarme como la madre de Miriam y decidí que si lo fuera la amarraría en su cama desde las siete de la noche por lo menos hasta que tuviera los veinte. Ella se atrevió, esa pregunta le bailaba en los labios desde hacía varias noches:

—¿Y su esposo?

—Murió hace dos años.

Tema favorito de René. En su pasión por la extravagancia, no podía admitir con normalidad que las mujeres enviudaran, llevaran luto, hicieran un viaje sorpresivo para dar clases en un país socialista y dejaran su casa por un tiempo que oscilaría entre los tres y los cuatro meses. Miriam quedó pensativa. Seguramente alguien le había dicho que esa respuesta era una buena forma de envolver los abandonos, los accidentes fecundadores y los divorcios.

—¿Ah, sí? —se le iluminó el rostro—. Por eso se viste de blanco y negro, claro.

—Sí.

Lo del blanco era una innovación, por el clima. En mi país llevaba sólo ropa negra. René frunció la boca.

—El luto es algo... muy primitivo.

—En Hispanoamérica somos todos muy primitivos —lo que pensaría mi madre si escuchara ese comentario...

—¿Qué quiere decir eso? —terció Miriam.

—Que hacemos algunas cosas que en otras partes del mundo se consideran innecesarias.

—¿Sí? —miró a René.

—Sí. Definitivamente.

Él estaba poniéndose impenetrable para que ella supiera que debía irse. Miriam tenía instintos muy claros y lo obedeció como si se lo hubiera dicho por teléfono.

—Ya me voy —se levantó de mala gana—. Regreso mañana, ¿sabes?

—Hasta mañana.

—Buenas noches —dije yo por lo bajo y ella se alejó con un andar inexperto y disparejo.

Él suspiró. Ahora estaba a solas conmigo y podría decir lo que se le antojara. Lo haría indudablemente.

Empezó por pedirse otra copa. Yo no había terminado la mía y me las arreglaba para que duraran el tiempo de nuestras conversaciones. Con una especie de pompa, le dijo al mesero:

—Un daikirí natural.

Se pasó la mano por el pelo lustroso y largo y se sentó derecho. Me puse nerviosa.

—¿Qué significan estos preparativos?

—Ya verás —estaba mirándome con una atención contemplativa y burlona—. Si te hubiera conocido hace tres años, te hubiera tratado de usted, pero en Cuba me enseñaron el tú —no quise interrumpirlo, pero yo tampoco tengo costumbre de tratar de tú a las personas—. A mi esposa la traté siempre de usted, del principio al fin. En una forma que... tú sabes. ¿No es cierto?

—Asentí.

—Si el matrimonio hubiera durado algunos años, tal vez en un momento de descuido...

—En un pleito, por ejemplo.

—Por ejemplo. Es muy difícil insultar a alguien y seguir tratándolo de usted.

Trajeron el daikirí. Seguía mirándome como si yo fuera paisaje. Se acomodó de nuevo.

—Cuéntame si eras feliz con tu marido.

Me lo había preguntado en dos ocasiones y yo me había limitado a decirle que no. ¿Para qué quería saber más?

—Mira, René, la infelicidad no tiene tantas formas aunque puedan darse ocho versiones de la misma cosa.

—Un solo monstruo con diferentes perspectivas, debido naturalmente a su cantidad de patas. Cuéntame, de todas maneras. Tendré la suficiente paciencia para ser objetivo y descubrir tus proyecciones sentimentales.

Tomé un trago pequeñísimo de daikirí. Cuando alguien muere...

—¿Qué importancia puede tener ahora?

—Ah. Recuerda. ¿Cómo era tu marido?

—Era... —me detuve. Había algo de indigno, no sé qué—. Está muerto, no recuerdo cómo era.

Él se rió y sus ojos echaban chispas.

—Un abogado colombiano vestido de negro, serio, malhumorado y con bigote.

—No. No era así. No vestía de negro... ni tenía bigote —mentira, sí tenía.

—Te pegaba con un látigo y su muerte te produce alivio. O te lo produjo.

Bajé los ojos y me revisé las manos. Al levantarnos me asombró la cara de René. Era un rostro tierno, suave, nunca había sido así. Murmuré:

—¿Qué buscas? ¿Por qué preguntas esas cosas?

Era lo más hondo, lo más cierto que podía decirle. La suya era una forma nada amorosa del acoso, una persecución que provocaba el impulso de escamotearle informaciones o engañarlo ofreciéndole algo que sustituyera lo buscado, lo que fuera: una revelación, un secreto, una situación. No iba a contestarme. La noche anterior había tenido un sueño que ahora venía a mi cabeza en forma muy vívida. René me acosaba a preguntas y yo le ofrecía mi cuerpo para que callara, él reía a carcajadas y

decía:

—Te equivocas. Yo sólo quiero tu alma.

No se dejaba engañar ni en los sueños.

—¿En qué piensas?

—En un sueño que tuve —se lo conté y se rió a carcajadas.

—De manera, señora colombiana, que soy el Diablo.

—El Diablo no desprecia los cuerpos.

Ahora me observaba con la expresión severa y se notaba de pronto muy cansado.

—No, el Diablo no y yo sí —hubo una pausa larga—. ¿Y tú?

¿Qué sé yo de los cuerpos y qué me importa lo que la gente hace con ellos? Al fin y al cabo se tienen. El matrimonio disipa curiosidades pero no necesariamente despierta el sexo. Me encogí de hombros y hablé como si de pronto él fuera mi alumno.

—Me parecen innecesarias esas relaciones. Pero eso no quiere decir que critique a los otros, a los que...

—Se acuestan. No puedo imaginar por qué la gente pierde tanto tiempo en esa maldita cosa —esa vez me reí yo. Lo decía como si se tratara de presenciar un partido de baseball—. Te tengo a prueba, ¿sabes?

—¿Qué prueba? —era ofensivo y no me ofendía; siempre está una a prueba.

—Para ver cuántas cosas inexactas eres capaz de extraer de mis comentarios sobre la vida —miré hacia otro lado sin dejar de sonreír; unos cancioneros se acompañaban con guitarra un estribillo obsceno—. Quisiera saber si eres una persona libre o simplemente no te interesa nada.

—O si soy hipócrita. ¿No se te había ocurrido?

—Sí. Pero no eres hipócrita.

Menos mal. Mi marido pensaba que yo era la mujer más hipócrita del mundo, sólo porque me aburría tanto discutir con él sobre cualquier tema que le daba la razón por adelantado.

—Creo que cada uno tiene derecho a poner en práctica lo que piensa de la vida, como tú dices; siempre que lo haga en forma clara y sin herir a los otros.

—¡Ah! —gritó Rene—. ¡Ah!, llegamos al punto —desde una mesa cercana nos miraron. Eran dos hombres con sus esposas que desde hacía rato conversaban con otras dos mujeres que estaban en una mesa cercana. Las esposas, sin dejar de atender, comentaban entre ellas—. No se puede elegir sin herir. Eso que has dicho es imposible. Hay formas de elección que se concretan en el acto de herir a los otros, de frustrar lo que esperan porque tienen derecho o porque uno les permite esperar. ¿Hubieras elegido vivir sin tu marido?

—Sí —contesté sin vacilación.

—Pero no lo hiciste. ¿Por qué? —me quedé callada—. Por no herirlo a él o a tu hijo, o qué sé yo a quién. Vives sin él por suerte. Su muerte no tiene que ver con tus deseos.

—Por supuesto que yo no lo asesiné.

—Quieres que así sea todo. Estás esperando que venga la muerte, la destrucción o el caos por su propio paso.

—Desde luego que no quiero sembrar la muerte, la destrucción ni el caos.

—Pues no vendrán. Vendrá tu muerte particular y el caos que ya llevas adentro.

Estaba furioso, le temblaba la boca y la piel de su frente había enrojecido. Yo trataba de conservar la calma, pero, claro, René había dado en el blanco. Ése y no otro era el problema esencial. Yo estaba aquí, en este sitio, tan lejos de Colombia, de mi hijo, no por decisión, sino por un impulso enloquecido que me apartaba de aquello que era la confusión más absoluta. Se imponía elegir. Esto o lo otro. Tomé otro trago y René estaba quieto, sumiso, con las piernas estiradas debajo de la mesa.

—Bueno, no hay remedio.

—Pide la cuenta.

—¡No! Todavía no —sonrió, nada más que con su sonrisa bella y cruel—. Vamos a escuchar la indecencia ésa de nuevo.

Acepté. Allí estaba todavía la mitad del daikirí y las cartas en mi bolsa y el cuarto famoso alfombrado de pared a pared y con una piña de yeso sobre la cama. Un rato más.

—¿Tienes sueño? —dijo.

—No. Aquí no es fácil dormir.

La ciudad es demasiado hermosa, el ambiente nocturno caldeado y vital. Se entra en otra vida diferente, más armoniosa. Él lo sabía y se aprovechaba de ello. Dormir en La Habana es perder un tiempo precioso.

—Vamos a la calle —propuso. Yo vacilé—. ¿O prefieres leer antes tu correspondencia?

—Ya sé qué dice.

—¿Qué dice?

La pregunta me produjo un desconsuelo profundo, tanto que aflojé el cuerpo e hice un gesto de amargura. Eso, antes de salir a la calle, podía contarse.

—Que regrese, las dos cartas. La de mi madre, que regrese porque nunca nadie creerá que, inocentemente, daba clases. Creerán que salí de allá por un hombre y estoy teniendo una aventura que manchará el buen nombre de mi hijo, sea cierta o no. O algo parecido.

—¿Eso te escribe?

—Eso piensa verdaderamente. La otra, la de mi hijo, que regrese porque le hago falta y me extraña. Y no es cierto.

Rene pidió la cuenta. Tenía prisa justamente ahora. Antes, cuando yo no deseaba hablar, no tenía prisa. Me sentí rechazada.

—Vámonos, señora colombiana.

Me puse en pie y eché a andar con la rapidez que me daban mis zapatos bajos sobre el suelo de mármol, liso y brillante. También, de alguna manera, puede



caminarse así por las calles, atravesándolas como dardo, sin dejarse atrapar por sus pavimentos pegajosos y negros.

Escogimos el malecón y no había viento. El mar parecía contener la respiración y no olía a sal. René sacó un puro grande y grueso y se lo puso en la boca, luego lo guardó en la bolsa de su camisa, sin prenderlo. Nunca nos tomábamos del brazo en la calle y nos invadía una cierta tendencia a estar callados. Pasamos cerca de dos mujeres de mediana edad que llevaban de la mano dos o tres niños. En La Habana, tampoco los niños se acuestan temprano. Nos examinaron con curiosidad. Después, con ese tono de voz que aun cuando intente ser quedo siempre se deja oír, dijo una de ellas:

—¡Qué bellos son!

Y sí, ahora caía en la cuenta. Nosotros, los nacidos en el mes de noviembre de 1930, reflejábamos en la actitud, en nuestra pose callejera elástica y serena, alguna cosa bella. ¿De dónde veníamos y adónde íbamos? Eso era tal vez lo bello, la magnitud del momento actual.

—No nos sentaremos en el malecón. Más tarde. Vamos a oír otra música.

No respondí. Cuando René disponía las ocupaciones más inmediatas yo sentía la misma entrega infantil que cuando salía con mi marido, hacía años. Sólo que entonces me repugnaba porque era impuesta por él: me hacía sentir su mano como si me apretara el codo con una tenaza y dirigía mis pasos con una precisión que me indignaba. ¡Cómo puede vejar una persona a otra con el puro hecho de guiarla en la calle como si fuera ciega!

No con René. Aquí me sentía irresoluta y dócil y no me interesaba no serlo. Avanzamos y yo doblegaba mis pasos a los suyos sin que él me lo pidiera. Largo camino, largo. No había cansancio. Entramos a una exposición de pintura; estaban por cerrar. Allí nos separamos, empezamos a ver los dibujos y los óleos cada quien por su lado. Pero no era cierto, era una apariencia del uno para el otro; estábamos asentando nuestra independencia en forma simbólica por haber caminado juntos.

Chozas de pescadores: sepia, verde, gris. A veces el cielo deslumbrado. No volvería a mi casa sin un cuadro de mar. ¿Por qué sabía, sin lugar a duda, mi regreso? ¿Huye una para pensar en el regreso? ¿Puede concebirse humanamente una fuga infinita?

Me tocó el hombro. Señal de irse. Salimos de nuevo, ahora a las callejuelas. René se detuvo a comprar cigarros. Muy cerca de su espalda, mirando hacia otra parte, yo también me detuve. Estar de pie cerca de él era una forma de solidaridad animal, una forma de recibir calor como los gatos y los perros, sólo por cercanía.

Seguimos adelante y llegamos a un bar. Nos sentamos en un banquito a oscuras a ver cómo bailaban. Se acercó un hombre que conocía a René y le dijo unas bromas de mal gusto sobre mi presencia allí, con él: estaba bien acompañado, etc. René contestó sin irritación y luego me pidió disculpas.

—No hay remedio. Aquí todos creen que vas o vienes de la cama.

Lo sabía. Mis alumnos, que siempre me veían sola, ya no tardaban en hacerme proposiciones o en acusarme de lesbianismo. En Colombia, lo escandaloso hubiera resultado lo contrario.

Empezó a cantar una mulata robusta con voz de contralto. Canciones con palabras largas, como mal puestas y sin rima, pero con un sentido tal de lo que es una conversación con música, que hacían estremecer: felicidad, sentimental, razonamiento, entretela... René lo disfrutaba genuinamente, le hacía una gracia infinita al tiempo que lo conmovía hasta las lágrimas. Era un espectador nato. Por eso amaba el cine y la fotografía; porque todo el mundo debía notarlo, lo enviaban a hacer documentales de países interesantes.

La mujer cantó seis, ocho canciones y él estaba encantado.

—Tengo que sacarla en la película. Espérame un momento. Voy a decírselo.

Se levantó con una agilidad de duende y desapareció por la puerta donde ella se había retirado. Yo suspiré y metí la mano en mi bolsa. Las cartas. La luz morada de aquel bar hada que blancos y negros nos viéramos cenizos al parejo, era como para que nos preguntáramos los unos a los otros:

—¿Cuánto apuestas a que soy blanco? ¿Soy blanco o negro? ¿De qué tono de negro me supones?

El pelo de René parecía el de un viejo moreno y serio. Era extraño pensar en René viejo, era inadmisible. Su edad eran los treinta, y una no quería que pasara adelante. Así lo vi venir, con el paso ligero y los cabellos grises. No, que nunca fuera viejo.

—Mañana regreso con la cámara.

Naturalmente en aquel bar no se exigía etiqueta alguna, con excepción de la limpieza extrema que es normal en Cuba. Algunas mujeres iban forradas en sus trajes de seda brillante y otras vestidas como se las podía ver en cualquier parte; ninguna indumentaria salía sobrando, probablemente porque allá las mujeres están más desnudas mientras más vestidas están. Los hombres, como se pudiera. Esto daba una sensación familiar, la de que este sitio en vez de ser un lugar público era lo opuesto, un lugar privado. Toda la isla es un lugar privado y era un poco extravagante el proteger las intimidades personales.

—Es la tercera vez que vengo y todavía me fascina —comentó él.

—Háblame de tus ideas políticas —le dije con un vago afán de venganza.

Esa pregunta se la habían hecho una buena cantidad de veces y siempre se las arreglaba por evadirla. Inclusive hubo una entrevista de televisión con un final que le divertía mucho contar. El entrevistador guardó para terminar la frase clave: «¿Es usted comunista?» René miró el reloj de pared, hizo una pausa ligera, y con la inocencia más grande, dijo muy claramente: «¿Y usted?» En ese preciso instante se acabó el tiempo y borraron la imagen con un anuncio.

Se acodó sobre la mesa. Tenía otro daikirí enfrente.

—Muy bien. Voy a hablarte de eso —esperó un instante mientras se mordía el labio inferior—. A ese respecto soy muy primitivo. Pero no primitivo como ustedes

los hispanoamericanos que llevan en la sangre, aun sin darse cuenta, las tradiciones que les dejó su vieja madre católica, histérica y loca, que es España. Soy primitivo teóricamente, frente a la idea básica de lo que es un hombre. Quiero que los hombres coman igual, aunque sea poco; que todos puedan vestir, aunque sea mal; que tengan derecho al trabajo, a la instrucción y a bailar por las noches. Detesto las limitaciones físicas e inmediatas de los sistemas económicos que fomentan la formación de clases sociales, lamento que un hombre se compare con otro por lo que tiene o por lo que le falta y no por lo que es. La diferencia no debe ser impuesta por las condiciones exteriores, sino por aquellas cosas que son un don perteneciente a cada uno por derecho divino. Por eso amo este país entre muchos, por eso prefiero trabajar aquí y no en otros. Para concluir te diré que tengo ideas económicas muy claras y ninguna idea política.

—Es una buena respuesta. Pero de eso no puede concluirse que seas un economista en vez de un político.

—Ah... No. Soy nada más un hombre que hace documentales, que vive de escribir artículos, que... vive.

—No basta —de pronto me sentía exigente y quería llegar a un punto que ya había frecuentado a solas en mis pensamientos—. Se necesita más.

—Explícate —estaba preparándose, casi subconscientemente, a mandarme al Diablo si trataba de decirle que sus ideales, porque eran ideales y no ideas, debían acomodarse a una política determinada y su trabajo seguir un camino marcado por los intereses definitivos de un partido.

—Es necesario saber hasta qué punto aquello que uno piensa afecta la conducta. En Canadá se te ha llamado comunista porque hiciste un documental sobre los esquimales que nadie quiso exhibir, y... por otros detalles, como los artículos sobre Argelia. O sea que ya tienes una conducta pública. ¿Hasta qué punto llega tu línea de acción? ¿Hasta el periódico y la pantalla?

—Sí. Exactamente hasta el periódico y la pantalla. Con eso me conformo —era mucho, era suficiente. Tal vez yo también me conformaba.

—Ah, René. Tienes espíritu de mártir y tus recompensas vendrán en otro mundo.

Se ruborizó intensamente. Quería negarlo con vehemencia por pudor, por el vivo recuerdo de todas las pequeñeces que disfrutaba, por las nimiedades un poco sádicas que animaban sus relaciones personales, por el saco de cuero hecho a la medida... en París. Por todo eso. Sus ojos brillaban y yo apreté los puños debajo de la mesa. Casi podía oír las incoherencias que le pasaban por la cabeza sin llegarle a la boca. No iba a decirlas. Por fin, dijo con suavidad.

—Eres una mujer muy blanda, muy tierna. Y mira lo que haces —era difícil que se lamentara. Con una servilleta, al tiempo que hablábamos, había yo hecho un barquito de papel. Se lo extendí.

—Toma. Un regalo.

Lo revisó con cuidado y sonrió sacudiendo la cabeza.

—Eso te salva, siempre eres una mujer.

Luego guardó el barquito en su bolsa, junto al puro. Una pareja de negros bailaba junto a nosotros casi sin despegar los pies del suelo, pero con una electricidad sexual indescriptible. No se miraban, no estaban demasiado cerca, pero sabían. Esta sabiduría de lo que en realidad pasaba les prestaba un aire denso, un aire negro, algo que era sólo suyo. Rene sonrió con placidez.

—Soy, inevitablemente, un espíritu estático.

Por supuesto. Ésa era la base. Esta vez, como otras, no tuve la vaga atención, un poco burlona, de esperar la continuidad de sus observaciones. Esta vez, injustamente, me dio pena porque el hambre de belleza es insaciable, a menos que, como en mi caso, el estudio de la belleza sea simplemente la distracción de la melancolía. En el caso suyo, se trataba de una sustitución completa, realizada años atrás.

—Por eso no puedo ser un mártir.

Era sincero, sencillo, la humildad misma. Llamó al mesero; mientras traían el cambio, añadió como si se tratara del mismo asunto.

—Hoy, antes de ir al bar del hotel, recibí una carta de Miriam. Era una declaración amorosa.

—Ah. Y ¿le dijiste que la habías recibido?

—¡No! ¿Estás loca?

Me tocó reír a mí. Salimos a la calle y no podía dejar de hacerlo, mientras él afectaba una expresión indiferente y aparentemente despreciativa. Retomamos el camino del malecón.

Las relaciones de René con las mujeres siempre me habían dado qué pensar porque eran catalogables en varios grupos perfectamente divididos unos de los otros: tenía una gran admiración por la mujer artista, hablaba de sus amigas pintoras, escritoras, cantantes o actrices con cariño, aceptando aquello que pudieran tener de especial a cambio de su labor creadora; le divertían a muerte las mujeres fatales sin que nunca se permitiera con ellas ningún adjetivo desagradable, su relación era más bien anecdótica. Las románticas le producían el horror más preciso de cuanto le oí expresar; las vulgares le daban pánico. Sin embargo, tenía en su comportamiento oficial una cierta gentileza anticuada, imaginativa y europea, que indudablemente lo hacía muy atractivo desde el punto de vista femenino.

—El matrimonio me parece una institución monstruosa —comentó de pronto—. Y la convivencia me repele.

—Sí. Puede convertirse en eso.

—¿Conoces las excepciones?

—No me he fijado. Debe de haberlas, ¿no?

La verdad es que yo había vivido cerca de once años sumergida en mis contratiempos matrimoniales a un grado tal que no tenía la calma, el espíritu de observación necesario para analizar las parejas que conocía. Puede ser que fuera el deseo oculto de no ser analizada a mi vez.

—Conozco dos parejas felices. No están casadas. Y ambas son de personas que estuvieron casadas antes —bordeó un agujero lleno de agua—. ¿Te casarías otra vez? —No.

—Yo tampoco. ¿Serías capaz de convivir simplemente con otra persona?

—En mi país y con mis relaciones eso resultaría impensable.

—Tú no sabes lo que es una revolución. ¿Por qué viniste a este país?

Hablaba malhumorado y agresivo. El mar estaba negro y poblado de luces; eran los barcos pescadores en alta mar. Y había una luna oval, vagamente distorsionada, como si se la mirara en un espejo cóncavo. Ojalá pudiera decirle que había venido para no perderme de esta belleza honda que disfrutaba tan intensamente. Pero no.

—Vine porque sufría demasiado. Más de lo que podía soportar —lo miré de reojo.

—¿Por qué te da tanto miedo decirlo? ¿Te parece tan inmoral no querer sufrir?

—No... No es eso.

—Entonces no quieres admitir que algo te ha sucedido. Es absurdo. Tomas una decisión de tanto peso como es la de salir de tu país y dejar a tu familia y te rehusas a pensar en ello.

—¿Pensar? No hago más que pensar.

—Piensa conmigo.

No quería pensar con él. Hubiera deseado hacerlo con alguna otra persona cuyos razonamientos me dieran confianza, cuya cordura me inspirara respeto, no con René.

—¿Crees que no me doy cuenta? —siguió con energía y con resentimiento—. Hoy es la primera vez que te arriesgas a escucharme sin evadirte, el día entero. Siempre tienes horarios, lecturas, alumnos...

—Los tengo.

—No. Tienes miedo de escuchar lo que podría decirte de todo eso. De todo lo que yo sospecho.

Era cierto. En ocasiones he huido de la intimidad de algunos hombres porque les suponía actitudes amorosas. En este caso, no huía francamente porque no veía en René ninguna actitud típica, pero intuía en él una gran capacidad de aumentar la confusión que yo ya llevaba encima.

—Eres, pues, una mujer que vivió un mal matrimonio terminado casualmente. ¿Por qué era malo?

—Porque mi marido me aburría y me molestaba con pequeñeces que en el momento de vivirlas me parecían inmensas —dije mecánicamente. Si lo sabía de memoria ¿por qué no lo había dicho hasta ahora? Sentí un alivio inmediato—. No había un motivo grande, un motivo grave para dejarlo. Por ejemplo, infidelidad, malos tratos explícitos, cosas de esas. Me aburría mucho, él lo notaba y eso le provocaba deseos de molestarme en forma indirecta: nunca me hubiera exigido que abandonara mi profesión de maestra, lo que es bastante normal en mi país. Inclusive, y esto no ocurre casi nunca, estudié la carrera ya casada y después del nacimiento de

mi hijo.

—¿Por qué no tuviste otros hijos?

—No sé. Por suerte.

—¿De manera que si no fuera por la suerte estarías casada con él y con diez hijos?

—Supongo que sí.

—Y ¿ahora esperas que la suerte decida qué vas a hacer contigo misma?

—No. Eso no.

—No has hecho nada nunca. No has elegido nada. Has sido peor que un vegetal. Hasta los animales corren riesgos.

Esto temía. Escucharlo así, claro, formulado, retumbando frente a la esplendidez de este mar y de este clima. Sobre el malecón, con las piernas del lado del agua, estaban sentados varios viejos, sostenían un remedo de caña en la mano y escuchaban una radio portátil. Distinguimos la palabra «ternura» en la voz de un cantante. René preguntó qué quería decir esa palabra y se la tradujo.

—Ternura. Hum. Supongo que estás enojada conmigo.

—No... No.

—Es que *nadie* puede vivir así, señora. Nadie puede hacer de su vida una espera mientras las cosas suceden por su cuenta. Los sucesos no tienen pies.

—Mi vida es la prueba de que tienen pies —dije con cierta mala fe y porque sabía que la razón estaba de su parte.

—Bueno. Sentémonos en estas piedras a esperar que vengan a decirte lo que tienes que hacer.

Del cemento sobresalían dos rocas. Nos sentamos y el agua nos quedaba apenas a unos centímetros de distancia. No se movía.

—Hay luna —dije y él acarició su puro.

—Hay luna —prendió un cigarro pensando en el puro—. Es extraño que resulte tan imperdonable que las personas nos fastidien. Y tan fácil. En seguida se crean unos mundos aislados para retirarse mientras el otro habla, come, se viste, qué sé yo.

—No me digas que tu mujer te aburrió en menos de un año de estar casado con ella.

—Me parecía... Pero me han aburrido otras personas. Es una especie de jerarquía. No le ocurre al más inteligente, sino al menos monocorde —René hizo gestos—. No me gusta hablar mal de mi mujer.

—Y ¿por qué supones que a mí debe gustarme hablar mal de mi marido, que al fin y al cabo está muerto? —se lo dije riéndome.

—No pregunto por él, sino por ti, que estás aquí a mi lado como una... ondina.

Reímos al unísono. A su lado se podía ser ondina o no, pero no era galante decirlo de tan mal modo. Ya estábamos en buenos términos.

—Yo tengo una amante que es muy bella y me engaña, pero como es muy bella a mí no me importa que me engañe y me engaña.



Jugaba con las palabras como un niño con un trabalenguas. Era su trabalenguas espiritual. Lo deshizo de pronto y completó:

—No tengo amante.

Esta declaración carecía de peso. Lo primero que se necesitaría averiguar, en todo caso, es lo que para él era una amante y eso hubiera llevado la otra mitad de la noche.

—Eres una mujer muy casta. La más casta que he conocido.

No me tocaba responder. Esto era una especie de ataque de locura momentánea, sin otra ley que la compulsión psicológica.

—Y sabía. Es horrible la cantidad de cosas que debías ignorar y no ignoras.

¿Serían alabanzas? No. Era otro juego. El de los comentarios sin respuesta para que la conversación sea absurda. Todas las conversaciones son, en el fondo, algo de eso.

—Dime, ¿cuál es para ti el medio de expresión fundamental de los cubanos?

—El ruido, la voz.

—Correcto. ¿Le pedirías tú al mejor poeta vivo de Cuba que te hablara de poesía o de la revolución?

—De poesía.

—Perfecto. ¿Y al primer mandatario?

—No sé. Nada. Lo escucharía.

—Lo mismo pasará conmigo. Ya está en el documental, pero no hay forma de que me conceda una entrevista. Bien, el mundo todo en orden, ¿no?

El mundo parecía estar casi en orden aunque lo perturbaba un poco la agitación verbal de René; no lo bastante. Había orden. Orden. La palabra me trajo una paz repentina.

—¿Sabes una cosa? Yo hubiera podido, podría ser todavía un gigoló fantástico. Tengo las aptitudes esenciales. No te espantes. Son dos. Primero, atractivo personal. Sé de sobra que hay hombres más hermosos que yo, pero para compensar puedo desarrollar fascinaciones especiales.

—Tu buen carácter, tu suavidad para juzgar a las personas, tu carencia absoluta de ironía... Puras fascinaciones.

—Ésas son, aunque lo digas irónicamente. La mujer que busca o es propicia al encuentro con el gigoló no espera la inocencia. Ella sabe que su actitud no es inocente y que ella, por más tonta que sea, no es inocente. Requieren un poco de maltrato para hacer la atmósfera adecuada y no comprometerse demasiado.

—Ah. ¿Y la segunda?

—Un gran desprecio por el sexo. No confundirlo con nada que no sea una utilización del cuerpo enteramente intrascendente.

—¿Cuántas veces has sido gigoló?

—Nunca. He llegado a estar sin casa, sin comida y casi sin ropa y sólo he pedido prestado dinero a las mujeres que me lo daban por estimación. No muchas veces, además.

No le creí. En René había una especie de calidad amoral que me permitía suponerlo haciendo y diciendo cualquier cosa, sin sorprenderme. También la sensación de que todas las acciones ajenas le parecían, por esto mismo, cortas, insuficientes.

—¿Por qué quieres ser siempre tan excesivo?

—Quiero tener conciencia de que vivo las cosas a fondo. La falta de claridad y el quedarme a medias no me da esa conciencia —pensó un momento con el rostro muy serio, muy enérgico—. He corrido por casi todo el mundo en los últimos trece años porque sólo cambiando de país siento la seguridad de hacer algo definitivo —se volvió hacia mí con tanta fuerza que pensé que iba a sacudirme por los hombros y entrecerré los ojos—. ¿Qué quieres tú? ¿Qué quieres de la vida? ¿Qué vas a hacer?

Abrí los ojos. No me había tocado. Miré el cielo azul marino, la luna oval, las luces a lo lejos.

—No quiero nada.

Sonó desgarrador sin yo proponérmelo. Sonó sincero.

—Eres una asceta y no lo sabes. Has elegido y no lo sabes.

Empezó a dolerme el pecho. Son extrañas las sacudidas del alma.

—Dime, no lo que quieres, lo que querías más en el mundo.

—Que mi hijo me amara.

—¿Qué?

—Lo que oíste. Su padre me desacreditaba continuamente a sus ojos, me quitaba autoridad y prestigio. Muerto él, fuimos a vivir con mi madre. En dos años, se ha convertido en la sombra de ella, ahora es hijo de ella y no mío. ¿Entiendes? Después de muerto su padre necesitaba un amor que no fuera el mío, porque para él yo era débil, sin criterio, distraída y sin gracia.

—Por eso estás aquí.

—Sí —no podía añadir otra palabra, se me cerraba la garganta. Esta idea de ser la poco interesante hermana mayor de mi hijo muy amado me hacía pedazos.

—Tonta —la voz de René sonó metálica y segura—. Los hijos crecen, se van, se olvidan, son dueños de ellos mismos. ¿Eso querías?

—Sí, a pesar de todo.

—Yo tengo dos hijos y jamás los he visto. La hija que tuve de mi matrimonio y un hijo, después. No los veré jamás.

—Hablas como si los odieras.

—No, eso no. Pero no entro en sus vidas. Yo no quise estar en sus vidas y no quiero estar en la vida de nadie.

Me sobrecogí. Nunca había escuchado una formulación tan clara de mis propios sentimientos al abandonar mi casa. Me fui porque de hecho no estaba en sus vidas, me fui para probar que la verdad era que no quería estar. Era el corolario de miles, miles de fantasías de huida sin más meta que llegar a sentarme en una roca y escuchar las palabras de René. Ahora, él plegaba la boca con sarcasmo, con cinismo.

—Y te lo juro. Algún día moriré peleando por algo o por alguien que no me afecte directamente. No moriré en mi cama, como dicen que mueren las buenas personas.

Era cierto y era falso. Cierto porque, objetivamente, la vida de Rene se prestaba a suponer que algo especial podía ocurrirle entre una cosa y otra. Falso por contradictorio. No deseaba intervenir directamente en la vida de aquellos que estaban más cerca de él, los que tenían derecho, pero estaba dispuesto a morir gratuitamente por los que nada tenían que exigirle, o sea, a forzar su entrada en la vida de los extraños.

—Puedo sufrir hambre, soledad, fatiga y esfuerzo, pero no...

—Sufrimientos naturales que vengan de la más normal convivencia humana.

—¿Qué dijiste?

—Eso.

René palideció a la luz de la luna y se puso en pie. Fue hasta la orilla de la acera y miró hacia ambos lados.

—No viene un taxi. Necesitamos un taxi para llegar al hotel.

Yo me levanté con una gran alarma interior. La de haber ido demasiado lejos en lo que se le dice a una persona quien merece tanto respeto como todas las otras. Empezamos a buscar con los ojos las luces de un taxi y no veíamos ninguno. Éramos dos desconocidos, peor, casi dos enemigos.

René parecía a punto de echar a andar a toda prisa y de dejarme allí sola, como real o parabólicamente habría hecho con muchas mujeres. Ésa era la imagen que estaba haciéndome y su realización la sentía inminente. Él se alejó de mí cuatro o cinco metros sin atravesar la calle; yo me preparé a poner mi expresión digna y a no enojarme. Tenía una gran práctica en esas actitudes, pero no por ello las encontraba fáciles.

René me miró sin encontrar mis ojos. Entonces empezó a *bailar*. Era una especie de tango abigarrado y ridículo que hacía suponer la existencia de una mujer de trapo entre sus brazos. Mujer que doblaba, retorció, tiraba al suelo, volvía a abrazar e inclusive acariciaba con pasión.

Yo estaba boquiabierta. Me había olvidado de la dignidad, de la ofensa incipiente, de todo. Aquello era una especie de desvergüenza simbólica y no me ayudaba a contemplarla, por lo menos todavía no, mi tan alabado sentido del humor. René bailando esa cosa a la orilla del mar con la furia retratada en la cara y una comicidad grosera que me indignaba. Blasfemia.

Por fin terminó el tango cuando levantó a la mujer en peso y la echó al agua. Después se quedó mirando cómo se ahogaba.

Luego se acercó a mí, me tomó del brazo estrechamente y dijo:

—Encanto, tendrás que caminar. No hay taxis.

La mano de René, enrollada a mi muñeca, fuerte y áspera, me producía un efecto raro. Estaba tocándome con la parte del cuerpo que desdecía de su mirada, de la

finura de sus rasgos, del saco famoso. Era la parte ruda, de lo que se servía para conocer con el tacto todas aquellas cosas que yo adivinaba no bellas, no puras, no limpias. Caminamos así un rato largo, hasta que sentí venir la modestia a mi espíritu: así era yo, no bella, no pura, no limpia. Así somos todos los seres humanos, y la mano de René era una mano de hombre, nada más. Una mano que me llevaba con fuerza, con solidaridad y con ternura.

—Perdón, René.

—Siempre, ¿me oyes?, siempre estarás perdonada por mí y por todos los que se ofenden cuando les dices la verdad. ¿Qué hora es? —acercó mi brazo a sus ojos, para ver mi reloj—. Las cuatro y media de la mañana, ¿estás cansada?

—No.

—Me alegro. No podría soportar, ahora, que estuvieras cansada.

Avanzábamos muy despacio. Tal vez íbamos a contemplar el amanecer. No había nadie y el malecón era un listón plateado que hacía curvas y nada de lo que estaba delante de esas curvas podía verse, sino preverse con la pura imaginación. Era un camino largo y no se veía el fin.

Él estaba muy triste, me lo decía su mano. Yo sufría una congoja tranquila que me inundaba el pecho con suavidad, como si fuera luz.

—Tú y yo somos iguales. Nos explicamos uno a través del otro. Pero yo quiero vivir del lado del dibujo de la tela y tú del lado de la trama. Serás mi amiga mucho tiempo y siempre estaremos mostrándonos cosas que nos hacen sufrir. Pero es hermoso haber hallado, por vez primera, una relación necesaria. ¿Ves? No busco tu alma como soñaste. No, encanto, busco mi alma, ¿me lo permites?

—Sí —dije yo como una muchacha de escuela, como cuando me llevaron al altar y dije «sí».

Esas aceptaciones grandes, no exentas de dolores, pero que deben hacerse, porque al final de algo, de una curva de plata, se espera un panorama que viene a ser la recompensa. Los que son como yo dicen «sí», los que son como René dicen «no». Pero la proposición era suya y no mía.

Tuve cariño, una gran condescendencia nada humillante, un sentimiento largo que yo no expresaría ahora, sino después, en el tiempo futuro, cuando contestara las cartas de René.

—Esta noche también tú has sido mi alma, la que quiere y no puede. No por miedo, René, no por miedo. Me dijiste que había elegido y yo no lo sabía. Es cierto. Elegí la convivencia para decirlo con la palabra que tú detestas. Eso que me cuesta un esfuerzo por ser de la misma tela que tú. Elegí las arbitrariedades ajenas, las palabras hirientes, las felicidades recónditas y no explícitas, los vanos intentos de los otros por destruirla a una. Todo eso.

Marchábamos ahora a un paso más normal. El cielo estaba poniéndose morado. Era lamentable que la noche se fuera, una noche rápida como una visión. Pero no. Al paso del tiempo, cuando se fueran las personas, cuando se modificaran las decisiones

y el físico decayera, seguiría el desfile de noches espléndidas, cortas, propicias al descubrimiento.

René seguía melancólico y se aferraba a mi brazo. En su vida había muchas cosas que se hacían por primera y última vez, necesitaba vivirlas con intensidad, con transparencia. Era importante sentirse vivo, así, tan plenamente, como si la calle fuera el mundo y las casas sólo los refugios de nuestros semejantes. Detrás de una curva apareció el hotel.

—La Torre de Babel —dijo René. Esta babel efervescente tenía ahora su sentido especial.

La torre. El lugar para hablar los idiomas diversos, donde se cruzan las confidencias y las personas y se establece un universo de alambres telegráficos.

Se revisó los bolsillos sin soltarme. Sacó un papel doblado y lo examinó con el ceño fruncido. No recordaba lo que era.

—Ah, la carta de Miriam —volvió a guardarla con un cierto cuidado y sacó una semilla negra y chata, del tamaño de una moneda de aniversario—. Me la regaló un pescador. Dijo que la había sacado del fondo del mar... Pero habrás notado que, a veces, estas semillas llegan solas a la orilla del agua —la puso entre mis dedos—. Guárdala.

—Gracias.

Llegamos al hotel.

—Me quedo aquí afuera. Ve a tu cuarto y descansa. Me quedo un rato más, a fumar un cigarro. Si fuera posible, te traería una serenata.

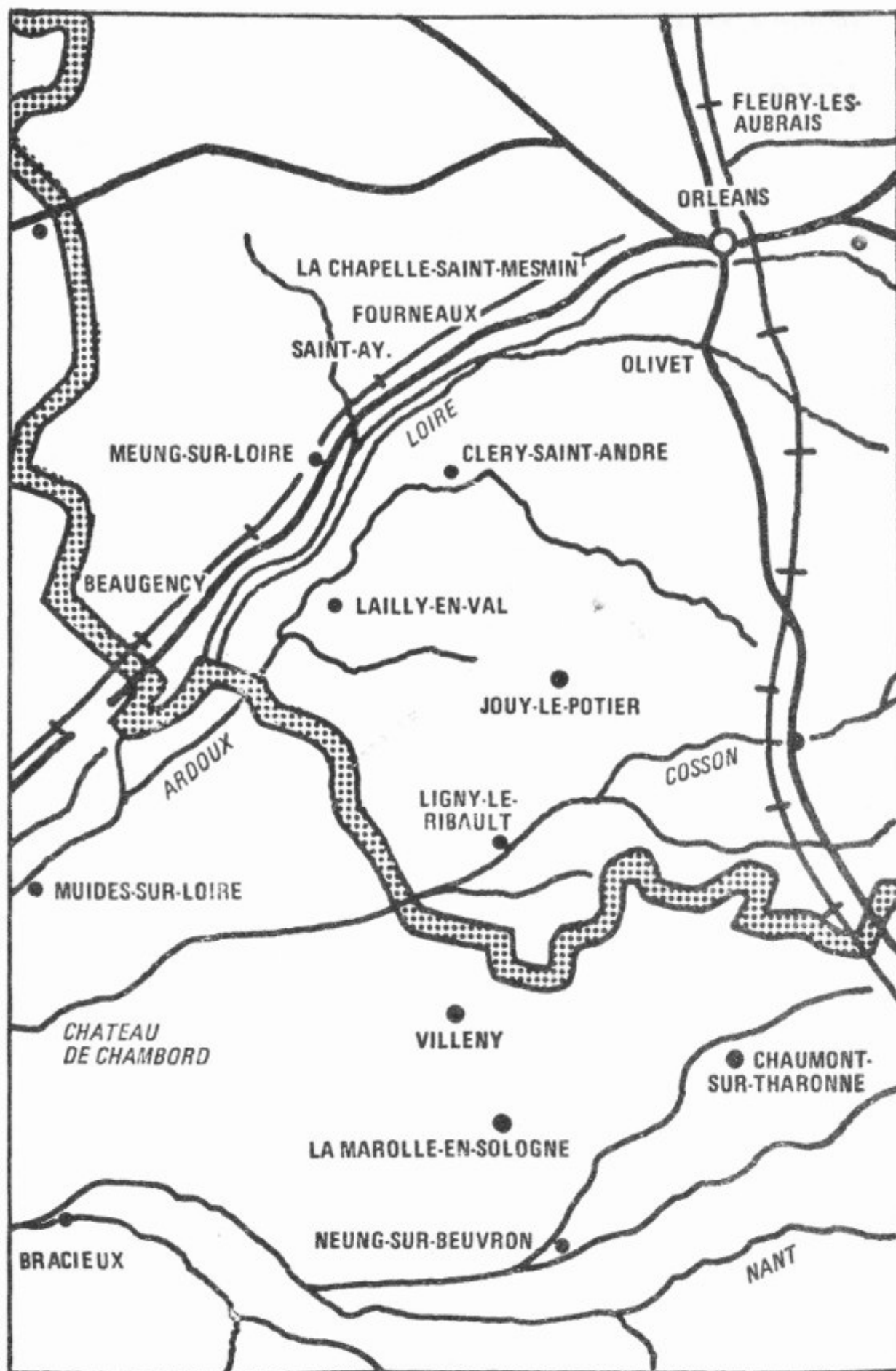
—Hasta luego, René.

—Hasta dentro de un rato.

Entré con paso rápido. Noche de regalos: aquí estaba la semilla negra y lisa, como para tenerla en el puño cerrado y hacer invocaciones. Antes de dormir leería mis dos cartas. Era posible que desde mi cuarto yo también viera el amanecer.

1950





Me acerqué a saludar a Elise y a su madre en el vestíbulo de un teatro en París, poco después de mi regreso de España. Conocí a la familia durante la guerra, cuando, muerto el padre, se retiraron a su casa de campo, cerca del Loire. Era yo oficial del Ejército Francés y tuve oportunidad de hacerles un servicio que la señora Duchamps agradeció con una invitación tan extravagante como lo permitían los tiempos. La señora Duchamps estaba acostumbrada a un lujo exquisito y no podía comprender que su situación no fuera estable, ni que estuviéramos en una circunstancia de emergencia mundial.

Acepté la invitación con una vaga sensación de fastidio en una de mis últimas licencias largas y sólo porque pensaba que un cambio de ambiente me haría más bien que mal. Debo confesar, sin embargo, que la belleza del paisaje, la compañía de la señora Duchamps y la de los otros invitados no sólo me fueron agradables sino que me despertaron fuertes nostalgias del pasado y las otras, las dolorosas nostalgias de un futuro que por aquel entonces era mejor dejar en manos del destino de cada quien. De aquí que mi estancia fuera inolvidable y la recordara frecuentemente.

Elise era entonces una linda niña tratada con un rigor que daba lástima. Vestida como una muñeca, peinada con cuidado, se la veía pasear con su institutriz de once a doce, de tres a cinco, sin decir palabra, siempre por los mismos lugares.

La señora Duchamps gustaba de extenderse sobre el tema de la educación sin referirse directamente a su hija, pero lo suficiente para suponer que tenía ideas invariables, casi maniáticas de lo que debe ser la preparación intelectual y social de una joven francesa de familia acomodada. A este propósito me hice la reflexión de que el mundo, después de la guerra, no podía preverlo nadie, ni la intuición mundana de la señora Duchamps ni tampoco sus ideas fijas nacidas de la tradición y del orgullo originado en su matrimonio, brillante por las variadas posesiones y las amistades que le había traído, todas pertenecientes a una burguesía cuya riqueza databa de más de cien años.

Curiosamente, en aquella representación del Burgués Gentilhombre, reconocí a Elise primero que a su madre. Eran los mismos cabellos rubios, abundantes y lacios, la misma corrección en el vestir, la pureza en la mirada; era el estilo Duchamps. Me acerqué a saludarlas y la señora me reconoció inmediatamente, aunque los dos habíamos cambiado. A mí me falta el brazo izquierdo y ella, más que físicamente, delataba otros cambios. Estaba vestida con elegancia y llevaba varias joyas de valor, a diferencia de su hija, cuya sencillez era notable aun en el ambiente sin pretensiones de una función matinal. Era todavía hermosa a su manera y, sin embargo, había algo nervioso que no se llevaba bien con la parsimonia con que hacía sus preguntas y expresaba sus siempre elaboradas cortesías.

Elise me tendió la mano con el rostro más bien serio y yo se la besé. Se me ocurrió que la actitud «diferente» de la señora Duchamps se debía a ese estado psicológico especial de muchas madres cuando ya tienen hijas casaderas. En el caso de ella, debería ser casi morboso: cálculos de dinero, de posición social, todo aquello

que podía convertir el futuro de Elise en algo firme y apropiado. Inclusive pensé que la señora me haría alguna alusión referente a mi vida personal o al estado de mis asuntos. Nada de eso. Se limitó a informarme con cierta displicencia que ahora residían oficialmente en la casa de campo y que el hecho de su estancia en París era enteramente fortuito y debido a que necesitaban hacer unas compras de cierta urgencia. Me dijo en qué hotel se alojaban y me invitó a tomar el té la tarde siguiente. Acepté la invitación y miré a Elise. Tenía los ojos bajos y estaba impávida. Tuve un deseo tremendo de conversar con ella, aunque fuera para el simple efecto de constatar si las ideas para la educación de la joven francesa habían fructificado como su madre previó y si el resultado era apetecible.

Justamente entonces apareció René, y la señora Duchamps, muy contra su costumbre, me lo presentó con apresuramiento. Era extraño porque éste era el muchacho más tranquilo que yo había conocido. Sus características inquietantes eran exteriores. En primer lugar, no podía tener más de veinte años, y esta juventud extrema, combinada con un gran aplomo, un buen hablar y una gentileza llevada al grado más alto, tenía algo de sospechoso, de... sórdido por decirlo así. En segundo, se trataba de una criatura dotada por la naturaleza de una belleza casi fuera de lugar. Los ojos de un verde intenso, afilados y duros, poseían un atractivo único, y el resto de su rostro era la armonía misma. Me preguntaba si a todas las personas les haría esta primera impresión tan fascinante y tan repelente al mismo tiempo.

René explicó que le fue imposible llegar al principio de la función porque había ocurrido un incidente en el periódico que le impidió salir a la hora normal. La señora aceptó sus disculpas con una sonrisa y se volvió hacia mí. Estaba muy nerviosa y ahora empezaba a sospechar que René era la causa y, si él era la causa, la consecuencia no me parecía nada sorprendente. De manera que este muchacho trabajaba en un periódico... yo ya me preparaba a escuchar que vivía en un palacio y era hijo de un millonario.

René no le dirigió la palabra a Elise, apenas la saludó con suma corrección y una sonrisa que parecía ser usual en su trato. Sin embargo, Elise ya no era la misma. Noté que su mano izquierda se había crispado sobre su pequeño bolso de terciopelo y la derecha jugaba con la cerradura, como si estuviera indecisa entre sacar su pañuelo o no.

Finalizó el intermedio y nos despedimos en los mejores términos. Yo me dirigí a mi palco con prisa porque sabía que desde allí era muy probable que pudiera ver el sitio donde se sentarían mis amigas y su joven acompañante. En efecto, me quedaron dentro de un campo visual perfecto para mirarlos cuando quisiera con la ventaja de no ser visto. Estaban en la luneta, en tanto que mi palco venía a quedar en el mezzanine.

Antes de sentarme me pareció excesivo el interés que me despertaban, pero me di como pretexto el hecho innegable de que el Burgués Gentilhombre me aburre lo actúe quien lo actúe y también que iba a reanudar la amistad. René se sentó en una esquina

al lado de la señora Duchamps y Elise junto a su madre en el más estricto silencio. Los tres parecían atender a la representación en un principio, luego pude darme cuenta de ciertas cosas.

La señora Duchamps, por ejemplo, no reía de acuerdo con el texto, sino que tenía una sonrisa amable pintada en los labios como para demostrar públicamente que no estaba preocupada ni tampoco de mal humor. Elise miraba un poco abajo de la escena. Era obvio que no se atrevía a mirar a otras partes para evitar comentarios de su madre; no se rió ni una sola vez. René, en cambio, disfrutaba profundamente de la obra maestra de Molière. No sólo respondía a los parlamentos y a la actuación, sino que su rostro expresaba toda la malicia de lo que estaba ocurriendo. Si uno quería ver el *Burgués Gentilhombre* en todas sus consecuencias, lo más efectivo era espiar a René mientras él era espectador.

Fui tan cínico que inclusive los miré con los gemelos espléndidos que llevo siempre al teatro, tan buenos, por cierto que podía ver, con claridad, la línea quebrada de las cejas castañas de Elise, el interminable parpadeo de su madre y el brillo de los ojos de René.

Para asistir a la invitación de la señora Duchamps, tendría que posponer una cita de importancia. Pero lo haría. Lo haría porque hacía tiempo que no llevaba vida social, porque mis ocupaciones de administrador de mi propia herencia se habían vuelto de tan aburridas casi profesionales y porque mi curiosidad, tal vez por la pérdida de mi brazo y la soledad en que quise confinarme, había crecido considerablemente en los últimos años.

Al día siguiente por la mañana le mandé un ramo de llores grande a la madre y uno pequeño a la hija. Me presenté en el hotel a las cinco en punto. Este hotel hubiera sido completamente del gusto de la señora Duchamps hacía quince años. Ahora había bajado sensiblemente de categoría debido a la falta de reparaciones y de cuidados especiales. Los tapices que adornaban las paredes del vestíbulo estaban empolvados, algunas sillas forradas de terciopelo mostraban la tela luida, las paredes se veían descascaradas. En fin, que aquello no era lo que había sido y tal vez la señora Duchamps... tampoco. Ocupaban ellas dos habitaciones con una salita particular que presentaba mejor aspecto que el resto del hotel, y a mi llegada fui muy bien acogido por ambas.

Ahora, la señora Duchamps vestía un traje morado largo y llevaba sus perlas. Elise vestía de blanco y adornaba sus cabellos con un pedazo de terciopelo negro. Pidieron el té y empezamos a conversar.

—Ya ve usted, amigo mío, en qué momento curioso hemos vuelto a encontrarnos.

—Un gran momento.

—Me refiero a que Elise está por casarse —aclaró en un tono que dejaba ver la obligación que ella sentía de decirlo—. Con el joven que vio usted ayer en el teatro.

Me apresuré a felicitarlas sin dejar de mirar a Elise, cuyo rostro no mostraba fácilmente las emociones. Apenas murmuró:

—Muchas gracias, señor Martin.

La señora tomó aliento.

—Se trata del hijo del dueño de tal periódico —mencionó un diario de tendencias de izquierda que era de los más importantes—. Los padres, querido Pierre —nunca me había llamado querido Pierre—, son vecinos nuestros en el Loire. Su casa está apenas a tres kilómetros de la nuestra. Es una bella casa.

Así, pues, René sí era un muchacho rico y su presencia en el periódico se explicaba porque era hijo del dueño. La señora rió suavemente:

—Los matrimonios de jóvenes son los mejores; yo me casé a los dieciocho años. Elise cumplió veinte.

Elise estaba sentada muy quieta y miraba por la ventana. A esta joven las conversaciones debían darle la impresión de ser un disco que se pone en el aparato cada vez que llega una visita.

—¿Qué le ha parecido Rene, Pierre? —me lo preguntó tomo si deseara fervientemente que lo alabara o que no pensara mal de él.

—Apenas lo he visto, señora Duchamps. Pero parece un joven sensible, bien educado y, eso sí, basta verlo una vez para declararlo notablemente guapo.

—Ah... sí —comentó la madre mientras Elise se ruborizaba. No de satisfacción, no. Se ruborizaba como si yo hubiera dicho que el muchacho era cojo... o manco, como yo—. Tiene muchos ideales. René será un hombre magnífico. Claro, en vez de estar a la cabeza del periódico, debería estar estudiando algo. Pero es muy culto, Pierre. Yo no pienso que todas las naturalezas se amoldan a los estudios disciplinados. Cuando la gente joven es imaginativa...

Esto era nuevo. Recordaba claramente haberla escuchado alabar la necesidad absoluta de la disciplina e inclusive declararse en contra de la imaginación, aparentemente creadora, decía ella, que muestran muchos niños, adolescentes y jóvenes. Elise habló de pronto con una voz contenida y meditada, aunque no tranquila.

—Querida mamá, René no está a la cabeza del periódico. Su padre le permite colaborar en una sección y vigilar los editoriales que se refieren a asuntos de arte.

—Por supuesto. René es tan joven —la señora hubiera querido que las palabras de su hija estuvieran escritas en un papel para tirarlo a la chimenea—. Pero él es el único hijo varón que queda en la casa. Fue una desgracia, Pierre, los dos mayores murieron en la guerra. La hermana está casada con el gerente de unos laboratorios. Así que, realmente, el padre de René debiera dar gracias a Dios de que su hijo único ponga tanto interés en el periódico.

Este «debiera» me hizo sospechar que el padre de René no aprobaba este arreglo. Ahora me parecía haber escuchado en alguna parte que este señor había sido en un tiempo un historiador bien conocido y que ahora vivía muy retirado. También que llevaba años sin publicar un libro.

La señora Duchamps se acomodó en el sillón con el aire de una persona que ya

dijo lo más difícil y me sonrió:

—Bien, Pierre, hablemos de su vida.

Le conté con algún detalle que después de la guerra había vuelto a dedicarme a la crítica literaria, especialidad ya practicada antes y que ahora estaba por publicar un ensayo referente a ciertas peculiaridades de la poesía del Siglo de Oro español, de allí mis viajes a ese país. También le di a entender que mi otra ocupación, y desde luego la menos absorbente, era la de cuidar y regular la marcha de mis asuntos económicos, los cuales no dejaban nada que desear. El rostro de ella iba cambiando mientras yo hablaba: se entristecía con un dejo de irritabilidad.

—Ah, Pierre, ¡qué feliz es usted! —me interrumpió—. Es joven todavía y dispone de su vida a voluntad. El dinero no es todo, por supuesto, pero ¡cambia tanto la vida de las personas!

Estaba a punto de agregar algo sobre el matrimonio de Elise, porque la miró de reojo, muy rápidamente, y luego se distrajo tocando las perlas de su collar. También hubiera sido lógico que hablara de su propia economía, pero eso era impensable en presencia de Elise, quien por cierto debía estar bastante enterada, pero en privado, claro.

—Sí, por supuesto. No me quejo —me reí—. Pero mientras más satisfacciones tiene un hombre, surgen mayores necesidades. Hay gente que se conforma con comer y vestir. En cuanto viste y come, se abre otro vacío y otro y otro.

La señora Duchamps tenía una vena sentimental mucho más verbal que emotiva, bastante curiosa.

—Sí —dijo—. ¡Es tan cierto! Somos muy poca cosa.

Me dirigí a Elise por primera y última vez.

—¿Dónde va usted a vivir, Elise? Me imagino que aquí, en París.

Elise titubeó y miró a su madre. La señora hizo un esfuerzo por contestar y luego, con movimiento de la mano, le cedió la palabra.

—Señor Martin, eso no se ha arreglado todavía. Mientras René encuentra un sitio que le parezca apropiado, viviremos en el Loire, en nuestra casa. Él pasará, cada semana, tres o cuatro días en París.

Asentí con aspecto comprensivo, como si fuera lo más normal del mundo. Lo hubiera sido en otro caso cualquiera, pero ocurría que ni con toda mi imaginación en movimiento podía pensar en René ocupado en buscar «un sitio apropiado», ni qué lugar resultaría ser ése.

La señora no estaba de acuerdo, evidentemente no iba a expresar sus aprensiones y no quería extenderse sobre el punto. Entonces, con el mismo apresuramiento que le había visto el día anterior en el teatro, me invitó a la boda en una forma vehemente y con demasiada insistencia. Acepté. Faltaban tres semanas.

Me despedí de ellas poco después, presintiendo al hacerlo que era el justo momento de irse, para alivio de ambas. Tal vez estaba por llegar René y... ¿por qué no querrían que lo encontrara de nuevo?



Durante las tres semanas que siguieron me dediqué a redactar la parte de mi libro que considero esencial, sin dejar por ello de recordar a las Duchamps. Pero una noche, como doce días antes de la boda, vi a René en el lugar menos esperado. Era éste una especie de café-restaurant, muy de moda después de la guerra y que ahora era casi exclusivamente sitio de reunión de los antiguos oficiales. En este lugar había una variedad que muchos de nosotros contemplábamos con mayor diversión de la debida porque no estaba hecha para tomarla en serio ni pretendía serlo. Se trataba de una cantante, Odette, y de algunas coristas. De vez en cuando un cómico viejo que siempre nos recordaba cosas.

Esa noche, sentado a una mesa muy visible, vi a René. Vestido a la perfección, frágil como un niño dentro de su traje oscuro y... atento. Aquel muchacho estaba entregado con todas sus fuerzas al espectáculo y al ambiente, era como un dictáfono o como una grabadora. No se le escapaba ningún detalle y disfrutaba lo que tenía delante en una forma casi anormal. Salió Odette y cantó sus canciones de siempre: dos en francés, dos en inglés, una en alemán. Por primera vez se me ocurrió que Odette debía ser alemana. René tenía un cierto poder para despertar la imaginación de los otros, aun a distancia. La miraba como si fuera una reina y la escuchaba como si el hacerlo fuera el más alto privilegio. Tenía una copa entre las manos y no había pedido nada de comer. Cuando ella terminó, se levantó y se fue. Todavía al salir llevaba la expresión exaltada de quien ha frecuentado un mundo que es el suyo, o simplemente el mundo.

El incidente no me despertó mala voluntad hacia el muchacho aunque me llenó de inquietud. ¿Qué hubiera dicho la señora Duchamps de haber visto esto? Porque era necesario verlo, no bastaba con enterarse. Luego tuve una seguridad especial de que dicha señora ya había notado algo por el estilo y no le causaba ninguna felicidad. Eso era lo que ocurría con ellas, no sólo no se sentía el entusiasmo normal que precede a una boda adecuada, sino la carencia de felicidad. Bueno, y ¿qué pensaría Elise que era la felicidad?

Llegué a la casa del Loire después de un viaje largo y complicado que hubiera resultado sencillo en mi propio coche. Pero por algún motivo sentí que no debía presentarme con mi chofer a la casa Duchamps, como indudablemente hubiera ocurrido de tratarse de otras personas. Algo me hizo pensar, muy a tiempo, que una persona más no sería bien recibida y, además, que debía llevarme mis notas y algunos libros, porque el regreso no iba a ser fácil ni en la fecha prevista.

Llegué, pues, la tarde de la boda y descubrí que la primera parte de mis premoniciones era acertada; las Duchamps apenas contaban con dos sirvientes: un mozo de limpieza y una cocinera, las habitaciones de servicio estaban cerradas, y a pesar de todas las molestias que se tomaban Elise y su madre, seguramente en persona, toda la casa tenía aspecto de abandono. Desde lejos pude apreciar que por lo menos en diez años no se había llamado un obrero para que pintara una pared o reparara una puerta. Por dentro, esto era más notable. Los muebles, estilo Luis XIII,

conservaban su hermosura pesada y lustrosa, pero las alfombras, los forros de los sillones, por más limpios que estuvieran, se veían demasiado viejos.

Elise y su madre me recibieron con agitación, me enviaron al cuarto que habían preparado para mí y casi se olvidaron de mi presencia. Parecía que tenían mil cosas que hacer y que les daba vergüenza hacerlas porque yo había llegado. En consecuencia, me instalé con minucia en el dormitorio que me destinaron y luego salí a un jardín en que la negligencia se convertía en digno complemento de la orilla del río, adonde finalmente fui a pasearme. La tarde, de una temperatura exquisita, era verdosa y gris. Regresé alrededor de las siete teniendo en cuenta que la boda estaba anunciada para las ocho. Me preguntaba quiénes serían los otros invitados.

Encontré a la señora Duchamps vestida de negro, de pie junto a la mesa del comedor, donde podía apreciarse la vieja vajilla inglesa que yo conocí antes, sobre un mantel de encaje holandés.

—Querido Pierre, lo hemos descuidado. Es una vergüenza. No vista usted de etiqueta. René ha tenido una idea para la realización de su boda y... se ha salido con la suya. Sus padres están de acuerdo aunque en principio rehusaron y...

La señora no acababa de explicarme la idea de René porque a estas alturas, una hora antes, no podía comprenderla. Quise ayudarla...

—Se trata, pues, de una boda informal. Muy bien, aquí en el campo...

El rostro de ella se endureció de pronto y frunció sus ojos negros hasta que no se veía más que un punto brillante. Estaba tan indignada como jamás se lo permitía. Su voz desafinaba.

—No, no es una boda informal. Es una partida de caza.

Era una ofensa. Una gran ofensa. Hubiera preferido una boda en París, en una iglesia retirada o en un monasterio, pero dentro de los cánones. De sus cánones. Siguió.

—La partida de caza viene después de la ceremonia y supongo que durará toda la noche —ahora me examinaba ansiosamente—. Hace años que no practico ese deporte y me... disgusta.

Aproveché la oportunidad de consolarla.

—Querida señora, yo me quedaré a acompañarla. Desde la pérdida de mi brazo, no disfruto las hazañas de tipo físico. No es que me sean imposibles, es que en esos momentos recuerdo y siento la utilidad de un cuerpo completo.

La señora enrojeció. En las dos ocasiones anteriores no habíamos mencionado mi desgracia y ahora ella se veía perdida en un mar de emotividades.

—Ah, mi amigo. Qué lástima.

Lo decía sinceramente, con los ojos casi llorosos.

—¿Y Elise?

—Está vistiéndose. Debo subir a ayudarla.

A mi llegada, Elise vestía una falda de lana y un sweater grueso casi sin forma de tan usado. Llevaba en la cabeza una tela azul a manera de turbante y medias negras

como una escolar. Tuve una visión fugitiva de que Elise era la imagen tradicional de la muchacha mágica que funge de sirvienta, pero que luego resulta princesa.

Subí a arreglarme un poco y bajé luego, a tiempo para ver la entrada de la familia de René y de sus invitados. Su madre y su padre, su hermana casada y el marido de ella, dos primos, dos amigos de los hermanos muertos, el verdadero administrador del periódico y, por supuesto, el sacerdote. Todos se alojaban en casa de René. Y todos, con excepción del sacerdote y de los padres, venían preparados para la partida de caza y vestidos en consecuencia. Yo era el único invitado de la familia Duchamps y fui presentado con este nuevo estilo de hacer las cosas rápidas. Luego, ella tomó asiento junto a la madre de René y se enfrascaron en una conversación que se adivinaba agradable, sincera, pero un poco distante. Así era la señora Laura, como todos la llamaban, distante.

El padre se acomodó entre su administrador y el sacerdote y pude darme cuenta de que tocaban temas de historia. Yo me acerqué a los primeros y compartí con ellos una plática nada menos que de física.

René no hablaba. Estaba serio, con la chaqueta de caza más elegante que pueda imaginarse y callado. Esta capacidad suya de abstraerse estaba dirigida, no a un estímulo que tuviera delante de los ojos, sino a otro, oculto en un sitio recóndito de su alma, sólo visitado por él. Hubiera podido decirse que estaba hipnotizado. Observé que su madre lo miró una o dos veces con esa peculiar impaciencia que las madres sienten cuando ven hacer a sus hijos una cosa indebida a la que no pueden referirse en voz alta. Luego, ella se volvió a otra parte, para no llamar la atención, porque él no daba señales de haberla visto.

Apareció Elise en lo alto de la escalera; un poco vacilante, se aferró al barandal de caoba. Nos volvimos hacia ella, también René, quien con un simple movimiento de ojos hacia arriba la veía bajar como si fuera un globo o una llovizna.

Elise era una llovizna... de plata. Era la imagen inasible de la pureza, de la blancura, un fantasma de quien a duras penas podría decirse que es hermoso. Su vestido no tenía cauda, era apenas un entrecruzamiento de velos que la envolvía toda y que se fundía con ella. Este traje de boda era un irrepetible disfraz de Titania con todos sus atributos en acción. Era el milagro que sale de los armarios tapiados de una casa vieja, era...

El padre de René se levantó a recibirla con la mano extendida y sus figuras juntas no rompían el encanto. El anciano alto, fuerte todavía, con los cabellos blancos y abundantes, le tendía la mano a aquella niña inexistente...

Puestos de acuerdo, nos colocamos en el sitio debido para la ceremonia. El sacerdote se dirigió a una mesa alta y rectangular, donde estaban los anillos, las arras y un viejo libro; encima colgaba un crucifijo bizantino. René le ofreció el brazo a Elise y ambos se acercaron a la mesa.

La boda fue rápida y sencilla. La señora Laura cambió una mirada con su hija, sin duda de complicidad. Podía verse la gran satisfacción sentida por ambas: las dos muy

parecidas, estaban pendientes de René como para evitar que hiciera o dijera algo que resultara detonante, y ambas tenían un aspecto de triunfo. El padre, en cambio, no dejaba sospechar lo que sentía. Su gentileza cubría todo, dejando sólo ver algo no relacionado directamente con su hijo menor: un gesto de dolor de esos que proliferan en las caras y se convierten en la máscara continua de muchas personas de edad.

La señora Duchamps, junto a René, mostraba una arruga en el entrecejo que, en un rostro tan bien entrenado como el de ella, resultaba notable. Esta boda era muy a su gusto, pero pensaba demasiado, tenía demasiadas dudas. Los demás invitados presentaban un aspecto normal en tales ocasiones y no quise prestarles atención.

A lo lejos, se escuchaba el ruido de caballos que se acercan y algunas voces masculinas.

Terminó la ceremonia sin que yo pudiera ver la cara de Elise. Me daba las espaldas. En cuanto a René, era una fotografía de perfil. No pestañeaba. También recordaba algún adolescente beato de la Edad Media... sin santidad alguna. Estaba allí, quieto, como si estuvieran extrayéndole una espina de la mano derecha.

Yo esperaba que el sacerdote les dijera las palabras de rigor a los jóvenes esposos. No ocurrió así. El hombre, amigo de la familia de René, hizo una pequeña pausa y dio por terminada su tarea. Desfilamos felicitando a los novios. Estreché la mano de René y besé la mejilla de Elise: estaba helada. Tuve un impulso de estrecharla, consolarla, decirle al oído:

—Criatura, no es para tanto, tenga calma.

Lo sofoqué. Pudiera ser una imaginación mía, pudiera no necesitar apoyo y estar simplemente nerviosa. No sabía. René, como es de suponerse, fue el primero en besarla. Un beso de esos que quieren ser discretos y gentiles. Cuando lo felicité, me miró a los ojos en la forma en que un muchacho le exige a un hombre maduro que comprenda... ¿qué? Sentí por él simpatía y afecto. ¿Comprensión para explicar su actitud? ¿O su boda? ¿O la cacería?

La señora Duchamps besó a su hija con lágrimas en los ojos, pero eso hubiera sido lo usual, casi lo convencional. La madre de René no felicitó a su hijo evitándolo con gran disimulo. Pocos Jo notamos.

En seguida sirvieron champagne y una cena refinada y abundante. Aunque había sitio para acomodarse en la gran mesa, estaba planeado que comiéramos en el salón contiguo, separado por un arco del comedor, que con sus velas encendidas recordaba ahora la grandeza de hacía tan poco tiempo.

Durante la cena no ocurrió nada especial. Algunas bromas. Ni un gramo de buen humor más del necesario y ninguna expresión entusiasta que superara las indispensables. Podía verse que René se llevaba mejor con la señora Duchamps que con su familia; no intercambió palabra con sus primos, ni con su cuñado, ni con sus otros parientes más cercanos. Estaba sonriente, amable, servicial, casi podría decirse que demasiado servicial. Corría de una persona a otra atendiéndonos con más esmero del que lo hubiera hecho cualquiera en el día de su boda.

Elise estaba entre los padres de René. La hermana y el sacerdote la hacían reír de vez en cuando. No quería mirar a nadie y, desde luego, no seguía el ir y venir de su marido.

Tres cuartos de hora después, la señora Duchamps se acercó a su hija para decirle algo. Ésta asintió, se disculpó con los que le quedaban más cerca y fue hasta una habitación en la parte baja de la casa.

René salió un segundo por la puerta principal y a su regreso anunció con una sonrisa breve y un poco retadora:

—Estamos listos.

Me puse al lado de la señora Duchamps, ya que tampoco iría a la partida. Ella suspiró y cruzó las manos con fuerza.

Volvió Elise, ahora con un traje gris que le sentaba menos bien que el de boda y marcaba excesivamente su delgadez. Las botas eran pequeñísimas y su cintura, acentuada por la falda de montar, casi podía rodearse con las manos. Guantes y un fuetecillo. Elise era muy bella, pero nadie lo decía en voz alta porque se había casado con René. Una mujer hermosa no puede, no debe casarse con alguien más hermoso que ella.

Con el cambio de ropa de la novia cambió también el ambiente. Parecía un grabado inglés del siglo XIX, tenía hasta olores y sabores. René los observaba con cuidado y un algo de risa. Era claro que sentía el efecto fascinante, espectacular, pero disfrutaba de esta visión con un matiz un poco diferente a las otras ocasiones: había un hilillo de burla y una especie de oculta venganza que no nos tocaba ni a la señora Duchamps ni a mí. Era para todos los otros, sin excepción.

—Estamos listos —repitió. Iban a cazar con jauría y se oían los gemidos de los perros. No pude resistir la curiosidad y le dije muy bajo a mi anfitriona:

—¿Los caballos y los perros son de René?

—Los caballos son de su padre, no están propiamente entrenados para la caza, y los perros son de sus primos —de manera que aquello tampoco era una costumbre familiar o del lugar.

Los invitados se acercaron a despedirse de la señora y a agradecerle el agasajo. René me buscó.

—Ha sido usted muy gentil en venir hasta aquí. Espero que nos veremos mañana. No se va usted ¿verdad?

—No —yo no sabía si me iba, pero negué para no entrar en explicaciones. René pareció reflexionar.

—No se vaya usted —había en su boca una rigidez suplicante, infantil, no sé cómo. Sonreí y le deseé una buena partida.

Salieron en grupo y los padres de René tomaron asiento en el salón, con el sacerdote y yo. La señora desapareció un momento y luego regresó guiando una mesa de ruedas, moderna, donde había una botella de cognac y en qué servirlo. Sirvió y la conversación no prosperaba. La señora Laura, sentada a mi lado, estaba

profundamente distraída, como si pensara en algo complejo; no agradable pero muy presente. Habló primero el sacerdote:

—Señora Duchamps... debe usted de estar muy cansada.

—No, Padre. Estoy emocionada. Es la boda de mi hija... un día en que... había pensado muchas veces... desde su infancia. Los hijos crecen.

La señora Duchamps suponía que su comentario era convencional y muy a su pesar resultaba incoherente.

El padre de Rene callaba. Se me ocurrió que era un hombre muy viejo. Debía de tener más de setenta años muy mal llevados, y su espíritu era el de un nonagenario. Ya era capaz de abstraerse todo, de quedarse junto a los otros como si su alma fuera un cirio que arde en soledad, sin justificación, bastándose con ser una llama. La señora Laura dijo de pronto:

—Querida señora —no la miraba, le hablaba a las rodillas del sacerdote, al suelo de piedra, a todos—. Debo darle a usted, debemos mi marido y yo, darle muy expresamente las gracias por haberse plegado a los deseos de mi hijo —sonrió, no lo decía con amargura—. A Elise también, esta fiesta no es precisamente la ilusión de una muchacha de su edad —mi amiga hizo un gesto como para interrumpirla, pero la otra siguió—. Claro, René, objetivamente, es un buen partido, pero no todas sus ideas son, usted lo sabe... las mejores —la señora empezó a desarrollar un curioso encanto no desprovisto de intención—. Es... imprevisible. Es inquieto. Ama las cosas de la vida como pocas personas. Eso es bueno; el amor trae amor. A veces me lo imagino como un personaje de un cuadro renacentista italiano o de un tapiz de la época, caminando por en medio de un aire poblado de bestias, de unicornios, de flores minúsculas... —estaba hipnotizándonos, como un flautista experto frente a un cesto de serpientes—. Con los seres así es necesario tener paciencia, ver que ordenen su mundo variado antes de exigirles una actuación definitiva —en seguida se contradijo, la boda era una actuación definitiva—. Es por eso por lo que estoy tan satisfecha de la boda, eso lo ayudará a encontrarse, a encontrar un camino que lo guíe. Hay quien hace su camino en la vida, hay otros que necesitan un camino hecho para avanzar con seguridad.

De manera que Elise, la joven bien educada, era una vereda para que avanzara este personaje vestido de terciopelo negro, con un halcón en la mano y un perpetuo ambiente primaveral. El padre no había escuchado una sola palabra de lo que decía su mujer y tuvo lástima de ella: probablemente llevaba años hablando con el aire... aunque ella tampoco esperaba que su marido añadiera algo o que la apoyara. En cambio miró varias veces al sacerdote. La señora Duchamps estaba resuelta a callar sin dejar por ello de prestar atención con un gesto solícito. La señora Laura, después de una pausa, se dirigió al sacerdote:

—Padre, usted conoce a René desde hace tantos años...

—Desde que nació.

—Es cierto.

La señora buscaba un comentario, algo que debía sacarla adelante en este tema peligroso que había escogido. Y no lo recibió. La reserva de este viejo era inmensa.

—¿No piensa usted que esta boda será de un efecto extraordinario sobre el carácter de René?

—Dios sabe lo que hace.

En Elise, la cazadora, nadie pensaba, con excepción de su madre; René la opacaba aun en ausencia suya. La señora Duchamps debía resentir esta falta de interés en lo que a su hija se refería... si no es que ya estaba habituada desde hacía meses, o años, o que bastaba con la posición de esta familia para sentir que su hija estaba recompensada y ella debía sentirse satisfecha.

El sacerdote preguntó por lo bajo a su amigo algo sobre las guerras napoleónicas. El anciano se sacudió y empezó a extenderse sobre un tema que conocía a la perfección, en forma natural, pero desentendida y melancólica, como si hablara un otro yo indiferente y mecanizado. Un yo convencido de que su tema no debía intervenir en las conversaciones ajenas y que se expresaba en voz muy baja.

—Señora Duchamps, ¿usted cree real y positivamente en la sabiduría divina?

—Laura... por supuesto.

Estaba escandalizada. Eso le parecía una agresión al sacerdote aunque él tal vez no la hubiera escuchado, y una impertinencia al suponerla capaz de poner en tela de juicio tales cosas.

—No... no se alarme. Quería saber si piensa usted que los seres humanos están capacitados para actuar en contra de los designios de Dios. Si podemos, a la larga, hacer algo que Dios no haya permitido.

La señora la miraba con una calma que ocultaba la indignación y buscaba una cita de los Evangelios que en ese momento no le venía a la cabeza. Estuvo a punto de decirla para su alivio, pero se me adelantó con mayor valentía de la que yo imaginaba.

—No. No podemos hacer nada contra la voluntad de Dios. Nuestros errores son siempre permitidos por Dios y llegan a tener sólo las consecuencias que Dios quiere. Si esta boda fuera un error, por ejemplo, sería un error que todos necesitábamos hacer por razones ocultas y sufriremos por ello sólo en la medida que Dios lo permita.

La señora Laura no esperaba una respuesta tan directa a los pensamientos que le daban vueltas en la cabeza y que ella suponía más disimulados. Sonrió con un vago cinismo:

—Es un consuelo —luego, más seria—. Es efectivamente un consuelo.

El sacerdote había escuchado y su cara denotaba severidad. También deseos de irse.

—Este hombre pasará el resto de la noche pidiendo perdón a Dios por haberlos casado —reflexioné al tiempo que decía algo sobre la geografía de ambas casas y le preguntaba a la señora Laura si la de ellos también caía sobre el río. Apenas tuve respuesta. Las dos mujeres parecían haber llegado al extremo de su resistencia

nerviosa y, a pesar de estar ambas acostumbradas a sostener diálogos neutros, no estaban dispuestas a hacerlo.

El padre de René y el sacerdote se pusieron en pie y nosotros también. Se iban y habían pasado sólo tres cuartos de hora después de la salida de los otros. Se despidieron sin brusquedad pero con cansancio. Como si aquella ceremonia hubiera durado días enteros. Antes de salir, la señora Laura me invitó a visitarlos si regresaba en otra ocasión. El historiador me dijo algunas frases amables en ese sentido y el sacerdote me tendió la mano con una mirada penetrante que yo interpreté como de suspicacia: ¿estaríamos pensando lo mismo?

En cuanto salieron y oímos que su coche se alejó, la señora rompió a llorar al tiempo que se disculpaba:

—Estoy tan agitada... estoy tan nerviosa... Le ruego a usted... Le ruego que si sus ocupaciones se lo permiten, se quede unos días más. Vamos a estar muy solas. Vamos a estar...

Le aseguré que me quedaría de mil amores y la encaminé hasta la puerta de su dormitorio en el segundo piso, recomendándole que descansara y con la sensación de que no debía «comprender» a fondo ni su llanto ni sus palabras. Podría arrepentirse o sentirse incómoda.

Se dejó llevar como una niña y yo volví al salón con uno de mis libros. Leía a ratos y a ratos imaginaba la cacería. Elise, René y sus acompañantes corriendo por bosques florecidos, pisando entre musgos y plantas parásitas, perdidos en la humedad neblinosa de la orilla del río. Un paisaje no exactamente real, sino teñido con la imaginación de la señora Laura.

A las tres de la mañana tuve frío y me las arreglé para dar con un calentador eléctrico que había visto en un rincón del comedor. No quise subir. Mi deseo hubiera sido prender la chimenea del salón y dormir un poco, pero el cofre de madera donde se guarda la leña no contenía más que un paraguas viejo. Después de calentarme, tuve un tipo de sueño que no me ocurría desde hacía algunos años. Estaba lo suficientemente despierto como para escuchar sonidos o levantarme a abrir la puerta, pero soñaba con el cuerpo más que con la mente. Era un instinto que crecía dentro de mí para indicarme con su agudeza y su claridad que «algo» iba a ocurrirme, algo de un valor íntimo, personal, imperceptible para los otros y que se tomaba la molestia de avisarme que estaba allí. La habitación se había convertido en un lugar de niebla como si fuera un espacio abierto y me latía el corazón. Puede decirse que no era agradable, sino extraordinario y por ello, como un reto a mi valor, debía permitir que perdurara hasta su fin natural.

Repentinamente, en medio de la niebla, surgieron las imágenes de Elise y de René con sus botas lustrosas, sus fuetes, sus rostros transformados por el contacto distinto de la noche en el Loire.

Eran ellos realmente. Me froté los ojos y miré mi reloj. Las cinco. Sonreí con desenvoltura aunque suponía que mi presencia allí era insospechada y tal vez



molesta.

—Buenos días.

Elise se acercó a mí, por primera vez joven y confiada y me apretó la mano con las suyas heladas. Había tirado los guantes y el fute sobre una silla.

—Calíentese usted —murmuré.

René se quedó un poco atrás. Cerca del respaldo labrado de un sillón de madera.

—Buenos días, señor Martin. Es tarde ya. Quiero decir que es temprano y debo irme. Voy a casa a mudarme de ropa y salgo hacia París. Regresaré... esta misma semana.

Elise, inclinada junto al calentador, se frotaba las manos como si estuviera lavándoselas. Ella no iba a París.

Silencio. René se acodó en el respaldo del sillón como si el anuncio que acababa de hacer fuera el contrario. ¿Esperaba una reacción? ¿De quién?

Hubo una reacción. Elise tomó sus pertenencias al tiempo que se sacaba el sombrero y sacudía la cabeza, me besó en la mejilla como si yo fuera un tío viejo, un padre o un hermano de edad y subió la escalera a paso normal, sin despedirse de René, sin mirarlo siquiera. Oímos que cerró su habitación por dentro.

René miraba al calentador como se mira el fuego, cualquier fuego.

—Bueno. Ha empezado el baile —hizo una pausa. Descubrí que antes, desde el teatro, me había propuesto no adelantarme en juicios ni en acciones cuando se tratara de René: debía tener el rostro más paciente del mundo—. ¿Sabe usted qué me regaló Elise? Una preciosa cámara fotográfica. Excelente, pero no debió dármela porque resulta demasiado significativa. Se arrepentirá.

Dio una vuelta y se sentó en el sillón, no tenía prisa por llegar a París. Prendió un cigarro.

—Dígame lo que piensa con sinceridad, señor Martin.

—¿De qué, René?

Esto le produjo angustia. Tenía necesidad de ser preciso, y su esperanza era que yo fuera preciso en su lugar.

—De todo —su rostro dejó de ser bello para ser cándido; extraña la expresión de la candidez torturada—. ¿Qué es lo que acabo de hacer?

—Usted lo sabe. ¿No lo sabe?

Negó con la cabeza. Pensaba de prisa y no seguía un solo hilo de pensamiento, sino varios. Estaba confuso y cansado.

—Tal vez estos días en París me ayuden a... Durante los últimos seis meses he tratado de pensar... cuando podía.

Era exageración. René debería haber huido de cuanto le recordara el futuro inmediato que ahora era el presente.

La verdad es que hasta ahora comprendía ciertas actitudes de reserva que había notado antes. René no tenía límites y su conducta anterior no era nada comparada con este último detalle de su plan. Era indudable que cada detalle de la boda había sido

previsto con cuidado. Se lo dije:

—Tuvo usted tiempo, sin embargo, para planear minuciosamente todo lo que ha sucedido esta noche.

Enrojeció y sonrió. Ahora pude ver, si es que eso es posible, que René tenía unos dientes muy crueles. Sus huesos, ocultos debajo de la carne, eran crueles.

—Tiene usted razón —se indignó con una ira vieja y frecuentada, un reflejo de quien ha sentido lo mismo, muchas veces—. Se lo merecen.

—¿Quiénes?

—Ah, todos. ¿Por qué...? —tomó aliento—. ¿Por qué es necesario intervenir en la vida de los otros para lograr que se desenvuelva bajo el mismo modelo que la propia? ¿No es injusto? ¿No es imbécil y estúpido?

Claro, era imbécil y estúpido. También injusto.

—¿Elise se lo merece?

—Eso ya lo descubrirá usted —me miró con los ojos verdes entrecerrados—. O no, quién sabe. Señor Martin, ¿nunca ha estado usted tan indignado, tan harto, tan... que haya decidido darle una lección a alguien?

Este muchacho no me asombraba, pero me exaltaba. Podría, si quisiera, escandalizarme más de lo normal en mis relaciones con mis semejantes, aun los que juzgaba corruptos o degradados.

—Allí está la respuesta a la pregunta que me hizo usted hace un rato. Lo que ha hecho es organizarse, en forma muy compleja, para darle una lección a alguien.

No se atemorizó, su aire era casi arrogante.

—Y ¿qué opina usted de eso?

—Opino que las lecciones nunca salen sobrando, ¿me entiende usted? Pero que nadie puede escaparse de ellas. O sea, que usted puede recibir una en cualquier momento.

—Ah... sí —pensaba lo contrario, pensaba que tenía tanta razón que nadie podía enseñarle nada. Se desconsoló. El verdadero conflicto de René era que todavía se sentía desvalido, que podía enfurecerse y actuar pero necesitaba un apoyo, aunque fuera verbal y viniera de un extraño. Sonrió con encanto.

—No puedo quedarme, señor Martin. Es necesario que vaya a París. Ah... pero regresaré.

Lo dijo de un modo que daba más a temer su regreso que su ausencia. Se levantó de golpe y me tendió la mano.

—Espero que nos veremos aquí, de nuevo, dentro de algunos días. El Loire es magnífico para el trabajo intelectual. Mi padre... hablaremos de él otro día.

—Buena suerte.

Rió y salió con paso ligero. Yo fui a mi habitación después de haber desconectado el calentador y dormí profundamente hasta muy avanzada la mañana.

Al despertarme me invadió un bienestar inesperado, primario, mi cuarto a la luz del sol era muy hermoso. La ventana, de tamaño mediano, llegaba hasta el suelo,

porque el techo en declive no le permitía quedar en medio de la pared blanca. El sol caía sobre los mosaicos y podía ver desde mi cama, sin que un solo ruido me distrajera, parte del follaje y el resto del cuarto, donde destacaba una linda mesa, más grande que un escritorio normal y algunas reproducciones finas de cuadros bien conocidos. En la pared del fondo estaba, casi en su tamaño original, la Anunciación de Van der Weyden, que resultaba muy impresionante, muy milagrosa, muy Loire, para decirlo rápido. Un ángel inmenso junto a una niña rubia.

Flotaba un adjetivo en el aire que encontraría después.

Ya más despierto, escuché algún movimiento dentro de la casa, y esto coincidió con la aparición del mozo de servicio que me traía el desayuno. Desayuné en la cama. En cuanto como, pienso sin poderlo remediar.

Me daba una irresistible timidez presentarme ante Elise y su madre, un respeto por el pudor ajeno, un miedo de ser yo, el elemento extraño, quien pusiera de relieve las peculiaridades de la situación. Tal vez a solas pudieran engañarse, distraerse, contarse mentiras.

Al llegar a este punto caí en la cuenta de que las consideraba capaces de inventarse una mutua pantomima que durara años, tal vez. Ninguna parecía dotada de la objetividad necesaria para enfrentarse a una circunstancia adversa. Por otra parte, mi plática con René había tomado el sitio de un mal sueño. René sabía que una persona con un mínimo de delicadeza no podía repetirla, que un hombre con sentido del humor nunca se atrevería a contarle a nadie una conversación tan poco... honorable. Trataría de olvidarla. La memoria de los hombres discretos no puede funcionar como la de los otros, en consecuencia, también olvidaría el llanto de la madre y la pequeña escena silenciosa de la hija.

Decidido pues a ser el portador de las interpretaciones benévolas en el caso de que se necesitaran, me vestí y bajé la escalera.

Desde el salón central se escuchaba la voz de la señora, seguramente en la cocina. Salí al jardín y a los pocos pasos pude ver a Elise arrodillada en el suelo, removiendo la tierra con una pala pequeñita, junto a una cesta que contenía innumerables tubérculos. Me acerqué pisando ruidosamente para no sorprenderla. Ella levantó su cara protegida con un sombrero de paja.

—Buenos días, Elise.

—Buenos días, Pierre —antes no me llamaba por mi nombre—. Son lirios —rió—, serán lirios dentro de tres meses.

Estaba contenta. Su sweater lucía varios agujeros y llevaba pantalones también muy usados evidentemente para el mismo oficio.

—¿Le gusta a usted la jardinería?

—Me encanta. El año pasado casi logré poner todo el jardín en orden —volvió a trabajar—. Le dedicaba todas las mañanas y parte de las tardes. En junio estaba lleno de flores... Las primulas eran una maravilla —luego, en un arranque de pasión—. ¡Me encantan las primulas!

O Elise era una gran actriz o yo era un imbécil por no comprender esta actitud vital y tranquila después de lo ocurrido. Me quedé un rato viendo cómo desbarataba los terrones, sembraba, volvía a colocar la tierra en su sitio, buscaba las distancias entre una planta y otra, imaginando flores y colores.

—Voy a saludar a su madre, aún no la he visto.

—Vaya usted por la puerta de atrás. Debe de estar con la cocinera.

Allí estaba, con un vestido de algodón muy sencillo, enumerando ingredientes frente a una campesina de ojos redondos que parecía asombrada de la complejidad que requiere el oficio profundo de guisar. Por eso no sirvieron la cena en la mesa. No había quien la atendiera.

Saludé y la señora Duchamps, sin timidez alguna, me pidió que la esperara un momento. Esta cocina, que yo no conocía, me encantó. Al estilo español, forrada de azulejos pintados a mano, presentaba, en una pared una imagen de la Virgen del Carmen y en otra la de un santo que debía de ser San Francisco de Asís, a juzgar por la cantidad de animales que lo rodeaban: liebres, pavos, pollos, perdices, cerdos, etc. Me hizo sonreír la ironía de quien lo pintó, que a sabiendas de que estaría en una cocina sólo lo acompañó de seres comestibles.

La señora Duchamps me tomó del brazo y salimos de nuevo al jardín, ahora cerca de un kiosco que tenía como único moblaje una silla y un atril.

—Aquí tocaba el cello mi marido, en las noches de verano. Ahora lo usa Elise para hacer sus ejercicios de violín.

Por inspiración momentánea, empecé a decirle algo que no había decidido expresamente, pero que, de pronto, me pareció oportuno. Era una proposición de que me tomaran como huésped: estaba encantado con la temperatura, con la casa, quería trabajar en un ambiente tranquilo y familiar... La señora se apoyó en un árbol.

—Es usted generoso, querido Pierre. Usted tiene posibilidades de encontrar un sitio más... cómodo. Pero se lo agradezco —hizo una pausa, parpadeó—. No debo ocultarle que la renta que nos queda, apenas... Fui muy mala administradora. Pero no tengo deudas.

Se puso intensamente triste. Iba a llegar al punto donde recurrían todas sus angustias económicas: la boda de Elise.

Como si ya lo hubiera dicho, sacudió la cabeza.

—Es triste, todo.

No me di por aludido y traté de animarla. Sonrió con valentía. Desde ese instante, algo cambió en ella y luego en su hija, porque ese día, contra lo que era de esperarse, fue un día muy feliz.

Comimos magníficamente, por la tarde fuimos los tres al pueblo, a pie, le puse un telegrama a mi contador, tomamos café y pasteles. Todo en un tono de buen humor cotidiano y discreto. Elise era más libre y más alegre de lo que sospechaba de su carácter sin tener en cuenta este momento concreto y su madre no mostraba ninguna preocupación especial.

Al regreso, después de la cena, Elise tocó el violín en el salón junto a la chimenea vacía, con los ojos entrecerrados y el rostro impenetrable. Tocaba bien y escogía su música con buen gusto.

Se interrumpió cuando llegó un enviado de la casa vecina con un sobre dirigido a ella, de parte de la señora Laura. Elise lo abrió sin demostrar agitación. Contenía una cantidad de dinero en billetes y un papel escrito a mano que Elise leyó en voz alta:

—«Para Elise, de parte de Rene. Muchos besos. Laura.»

Elise le entregó el dinero a su madre y reanudó su música. Media hora después subí a mi cuarto a trabajar y me prohibí interiormente pensar en la confusión que debería de haber en casa de la señora Laura, esa misma que la había decidido a enviar el sobre con el recado lacónico y mentido, porque Rene no enviaba el dinero, ni habría pensado en ello.

Trabajé espléndidamente y me acosté tarde, ya sin la tentación de pensar en nadie, pero con la seguridad de que ni Elise ni la señora Duchamps tomaban la actitud lógica, sino otra opuesta.

Los tres días que siguieron resultaron muy parecidos a éste. La buena educación de Elise se mostraba ahora en todas sus ventajas. La señora Duchamps había eliminado en ella, por medio de una disciplina convertida ya en segunda naturaleza, la capacidad de sufrimiento que se fomenta muy a menudo con la ociosidad y la tendencia a la melancolía.

Elise se levantaba temprano y trabajaba en el jardín, en la cocina, en su habitación, que dejaba entreabierta por las tardes: traducía del latín y del griego con una parsimonia que hubiera sido el deleite de cualquier maestro y casi sin equivocarse. Como a las cinco de la tarde iba al kiosco a tocar el violín. Entonces sentía uno su alma, porque aun cuando en las noches volviera a hacerlo, no era lo mismo. Se tornaba formal, más dispuesta a complacernos que a expresarse.

La señora Duchamps resultó más sabia de lo que yo sospechaba en un principio: cualquiera otra muchacha hubiera pasado estos cuatro días sumida en la desesperación. Pero... ¿es lícito preparar a nuestros hijos para las situaciones peores? Desde luego que una buena formación no puede ser exclusivamente la base para el disfrute de la felicidad, sin embargo... La señora misma me lo explicó una tarde, sentados en un sitio del jardín, mientras escuchábamos el violín de Elise.

—El método para dividir el día en ocupaciones es algo tan importante que equivale a la fe, por ejemplo —bordaba un pequeño tapiz para un taburete—. Vivir es, al fin y al cabo, el arte de pasar los días.

Un arte que ella manejaba a su antojo. Había soportado durante años la pobreza, la soledad, la angustia de los planes indecisos, sin dejarse consumir, sin mutilar su alma, sin perder su sentido común. Tuve admiración por ella y un poco de desprecio por mí mismo. Yo, mil veces, había pecado de impaciencia, de odio por la vida.

—Está usted triste, Pierre.

—Pensaba que usted tiene razón. Está usted enseñándome muchas cosas.

Sonrió satisfecha. Era un cumplido mejor que otros muchos que hubiera podido hacerle. Comprendía mejor los motivos de haber casado a Elise con Rene: en su campo de acción no pudo encontrar otra forma de darle a su hija una oportunidad, una oportunidad cualquiera de tener un marido, unos hijos, cosas naturales y propias. Era un momento adecuado para las confidencias.

—He sido muy cobarde. Tengo cuarenta años y no he logrado la presencia de alma para... —me resultaba muy difícil decirlo— sistematizar mi vida íntima.

—Pero... No, Pierre. No diga usted eso. Tiene usted una vocación intelectual muy seria, carece de problemas económicos. En esa situación, un hombre puede elegir.

—Pero no puede defenderse de la tristeza. Vea usted, con el tiempo, me he vuelto suspicaz de los motivos que impulsan a las personas a hacer muchas cosas. Como el amor. Perdóneme usted, pero me parece lo más indefinido, lo menos concreto, una fantasía.

—Y ¿por qué me pide perdón? Las formas más hermosas de la convivencia muy pocas veces nacen del amor o de lo que la gente cree que es el amor. Al contrario, de allí salen los fracasos más grandes, las torturas más detestables...

Cerré los ojos. El panorama de la señora Duchamps me mostraba que los seres humanos eran una especie de islas, muy organizadas interiormente, que podían reunirse en forma armónica y comunicarse entre ellas, sin perturbarse, por medio del buen trato, del respeto, de la dignidad. Yo sí era una isla. Ella también lo era y Elise lo sería. René, en cambio, era una roca sin posibilidades de acercamiento y sin orden alguno que lo rigiera. Era el resultado de la confusión. Quedamos en silencio, cada uno buscando sus ejemplos. Ella, quizá satisfecha de sus conclusiones.

René no había sido mencionado en los cuatro días de ausencia. Llegó el cuarto día por la noche, muy tarde. Escuché que entraba a la habitación de Elise y cerraba la puerta. Trabajé un rato más y luego me metí a la cama, tratando de no pensar inconveniencias. Todo es plausible, cuando uno ha elegido la calma y ya no cree en la injusticia.

Por la mañana, ya me preparaba para tener una entrevista con René cuando me enteré por la señora Ducamps de que él había regresado a París y de que su estancia en la casa se redujo a tres o cuatro horas.

Elise estaba en el jardín trasplantando unas primulas pequeñas que guardaba en una caja y me dijo en cuanto me vio:

—Esperemos que no baje la temperatura. O se mueren todas. Hay blancas y moradas. Están revueltas.

Hablamos largo sobre las plantas y yo no estaba angustiado por ella. Siempre sería así pasara lo que pasara.

Me había evitado un viaje a París arreglando que mandaran ropa y otras cosas. Entre mis encargos, estaba un perfume para la señora Duchamps y un sweater para Elise.

Llegaron esa mañana y la señora me llamó para decirme que acababan de traerme un paquete. Separé a Elise de sus primulas y tomándola de la mano la llevé hasta el salón. Allí hice entrega de los regalos, que provocaron exclamaciones de admiración. Elise reía como una niña y me miraba con los ojos húmedos.

—Tenía tantas ganas de tener un sweater nuevo... —se lo ponía sobre los hombros sosteniéndolo con las manos y se miraba al espejo—. Yo sabía que hoy iba a pasar una cosa bonita.

El comentario, tan auténtico, oscureció el rostro de la señora Duchamps. Era lo más cercano a una queja que le habíamos escuchado. Decidí entonces que este día, ya que así lo necesitaba ella, fuera lo más bonito posible.

Organizamos otra excursión al pueblo y puedo decir que nos divertimos. Tomamos café, hicimos pequeñas compras en los negocios locales. Elise no volvió a quejarse.

Más tarde, cuando nos hallábamos a solas, mientras Elise subió a su cuarto antes de la cena, la señora me dijo:

—Pierre, es usted muy generoso y tiene un tacto exquisito. Dios lo bendiga.

Aunque no era hábito suyo bordar de noche, para no cansarse la vista, esa noche no soltó el tapiz hasta que yo me retiré a mi habitación. Estaba sufriendo y, por lo tanto, no podía permitir que sus manos estuvieran quietas o que su rostro expresara dolores. No era buen ejemplo para Elise.

Ya estaba instalado como para pasar por lo menos dos meses sin necesidad de ir a París, ni de dejarlas solas. Tenía una idea muy clara de lo que era la vida cotidiana de ellas y la encontraba satisfactoria, pero tenía que resolverme a compartir, como es lógico, los problemas de las Duchamps, a sentir al unísono la amargura escondida detrás de sus buenos modales. A no juzgar a René porque ellas no lo hacían, a no sentir agresividad porque ellas jamás la demostraban.

Esto me resultaba particularmente difícil. A las tres semanas del matrimonio, René le había hecho dos visitas nocturnas a su esposa, sin esperar nunca que amaneciera para desaparecer. Después de la segunda visita, Elise preguntó a su madre:

—¿Has visto la cámara fotográfica de René?

—¿No está en tu armario?

—No. Debe de habérsela llevado.

Eso fue todo. Por otro lado, estaba la falta de relaciones con la casa vecina. En nuestros paseos no nos acercábamos a ella y no se mencionaba ninguna visita futura. Esta omisión debía pesar en el espíritu de Elise, porque una tarde, mientras yo revisaba sus traducciones, se quedó abstraída y luego dijo de pronto:

—Durante dos años seguidos nos visitaron continuamente la señora Laura y su hija... casi siempre venían con René. Luego, cuando René se fue a París, siguieron viniendo. Ahora, me parece que no volverán —sonrió—. Así no es la amistad, ¿no cree usted?

—No, ni el parentesco.

Elise se mordió el labio inferior.

—¿Cree usted que yo debería buscarlas?

—No. Yo no lo haría si fuera usted. ¿Antes iba a su casa?

—Muy poco. La señora Laura se pasa el día encerrada en su cuarto y su marido en la biblioteca. La hermana de René está ocupada con sus niños cuando no está en París. Siempre pensé que en esa casa una persona extraña era un estorbo.

—Sin embargo, me hicieron una invitación.

Elise vaciló. Pero me miró a los ojos.

—La señora Laura nunca precisa sus invitaciones... ni las cumple.

—Entiendo. No, Elise, no vaya usted. Espere.

Elise asintió. No había nada que esperar y eso quedó demostrado al mes de la boda, cuando la señora Laura envió otro sobre con dinero y un recado idéntico. Elise debería ser a los ojos de su suegra la imagen del fracaso, la vereda transitada en vano, un deseo fallido.

Al final de la primavera, René había venido unas diez veces, siempre con el mismo sistema. A veces, no lo escuchaba entrar ni salir y me enteraba de su presencia anterior por las huellas que dejaban las llantas de su coche en el lodo de la entrada.

Llegó el verano y trajo cambios. Para entonces había decidido establecerme en el campo en forma definitiva con el consentimiento e inclusive el entusiasmo de ambas. Nos llevábamos bien y nos comprendíamos a la perfección. Mandé traer todos mis libros y me instalé mejor que nunca. Empecé también a adiestrar a Elise en la disciplina de la crítica literaria, para lo que demostraba las cualidades esenciales: gran sensibilidad y un notable sentido común.

Vivíamos una de esas épocas en que puede esperarse una gran desgracia o una felicidad porque todo funcionaba a las mil maravillas y nos sentíamos tranquilos. O sea que estábamos preparados para recibir «algo».

Ocurrió. La señora me informó que Elise sería madre antes de la primavera próxima.

—¿Ya lo sabe René?

—Va a decírselo.

—Será hermoso tener un bebé en casa.

La señora sonrió.

—Será muy hermoso.

Desde ese día olvidó el tapiz y empleaba todos sus ratos libres en confeccionar la ropa del niño, mientras yo pensaba con incertidumbre si esta noticia traería algún cambio en la conducta de René. Sinceramente, creo que ninguno de los tres ansiaba que esto sucediera. Si Elise nos hubiera anunciado que se iba a París, lo hubiéramos tomado con naturalidad pero con una profunda desolación. Tampoco ella se alejaría con felicidad.

Muy pronto supe que no había motivo de preocupación. Desde el momento en

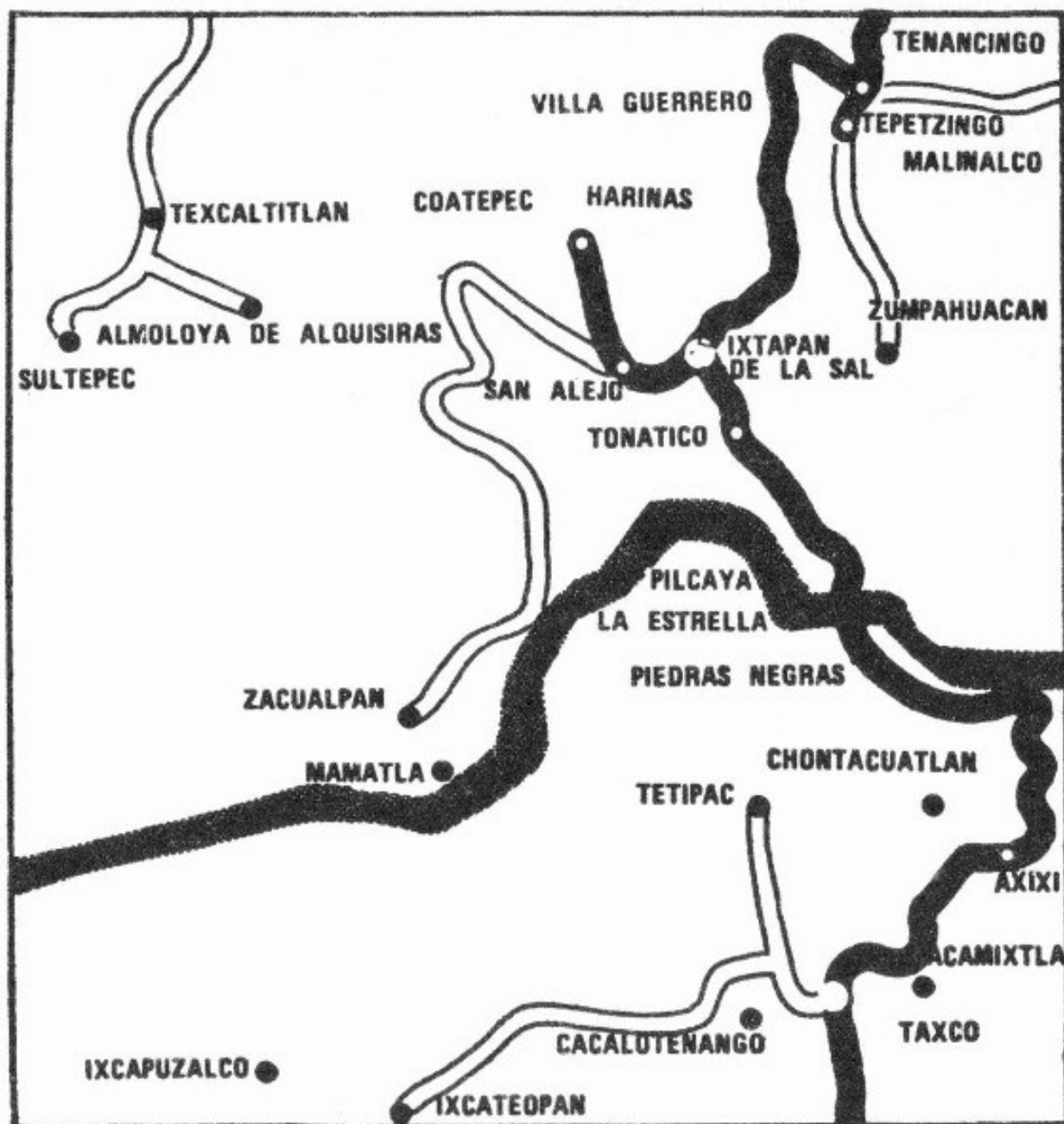


que René se enteró de que Elise iba a tener un hijo, suspendió sus visitas, sin sorpresa de nadie y con un alivio general.

La presencia de la criatura, al tiempo que se hacía obvia en el cuerpo de Elise, ejercía una influencia en su madre y en mí. Hablábamos del niño como si ya pudiéramos verlo y, como era de esperarse, hacíamos planes para que su educación fuera espléndida.

Una noche, ya en pleno invierno, con la chimenea reparada y repleta de leña, mientras Elise bordaba envuelta en una inmensa capa de lana negra, me vino a la cabeza algo sobre la Anunciación de Van der Weyden. Que era hermosa, que era impresionante, pero, sobre todo, que era Elise. Y que el ángel estaba con nosotros, aunque fuera invisible.





se

Ixtapan de la Sal, como pueblo, no es una maravilla... para el ojo del lego. Todos van a un hotel organizado como balneario a quitarse la mala digestión, las arrugas o la sobra de peso. Ese hotel me produce repugnancia y no me alcanzaría tampoco el dinero para pasar allí un tiempo largo. Me fastidia pensar que en el fondo de todas mis decisiones están los números; hago cuentas como una máquina, sin ganas y porque es necesario.

Pero encontré la casa de huéspedes que, sin duda, está siempre escondida en cualquier rincón de México. La dueña es esta vez una anciana norteamericana que vive con su sirvienta y una vaca. La señora Mac Dowall, Micaela y la Paloma me han alquilado en una cantidad risible un cuarto con alimentación. La casa es de estilo colonial bastante dudoso y los muebles vienen de estas artesanías muy bellas y poco apreciadas por su baratura, tal vez.

La señora Mac Dowall conserva una alfombra, un sillón y algunos objetos pequeños que pertenecieron a su hogar primero en Iowa. De esto hace cincuenta años. Ahora es viuda, su único hijo ha muerto y me ha dicho con una franqueza muy grande que no le interesan los recuerdos.

Lo cual resulta cierto. En mi habitación hay un cofre bastante maltratado de aquellos que antes se usaban en lugar de valija, sin cerradura, repleto de menudencias y a la disposición de mi ociosidad. Pienso dedicarle la atención debida en el momento debido... un día cualquiera en que me sienta mal porque llueve o porque no tengo ganas de salir al sol.

La señora Mac Dowall es muy formal para las comidas. Por la noche se cambia de vestido y coloca algún adorno en sus cabellos blancos. La admiro por ello; cualquiera que haya corrido a esconderse en un lugar como éste debe tener un asidero psicológico para conservar su compostura mental.

En el fondo, no es exigente. Le fascina la mantequilla y el paté de hígado, le encanta comer queso y pan de centeno, no tiene la horrible costumbre de hacer sandwiches y toma agua de limón en vez de refrescos embotellados... como hace el resto del pueblo. Nunca había visto que le gustaran tanto a la gente esas aguas dulzonas que toman directamente de la botella.

Debo reconocer que uno de los atractivos de esta dama es que, teniendo como tiene muchos defectos, no me parece que tenga vicios. Gusta de las buenas lecturas y de las conversaciones interesantes, no es propensa a las lágrimas y vive muy al día en cuanto a noticias y a actitudes personales. No soportaría convivir con una mujer que se pasara el tiempo reviviendo el pasado o lamentándolo, da lo mismo.

Micaela, en cambio, habla sin parar, sonrío o río abiertamente. Me gustaría seguir mejor lo que dice.

Y la Paloma come y sale a pasear por las mañanas con un pastor que viene a buscarla y la hace caminar por los alrededores con otras de su especie.

No le he dado mi dirección a nadie.

Naturalmente, el pretexto inicial fue escribir una novela. En mi cabeza, desde hace años se llama «la novela». Esa singular, única, inigualable, ésa.

El empeño de escribir es bien curioso. Necesito tiempo, calma. Ahora tengo tiempo y calma, o me parece tenerlos. Y, claro, un gran tema: lo siento, me distraigo y estoy pensando en él. Debo empezar a trabajar antes de quedarme sin dinero. ¿Podré terminarla en seis meses?

Leo mucho y camino por los alrededores. He tomado buenas fotografías. Este país plástico y melancólico se impone mejor visualmente que de otra manera.

Ayer abrí una puerta sin saber que era el baño de servicio y sorprendí a Micaela desnuda, sentada en un banquillo, echándose en la cabeza agua que tomaba de un cubo. Le dio una risa incontenible, y cada vez que nos encontramos se ríe. ¡Ah, espíritu de Gauguin, lo que hubieras pintado de haberla visto! Gruesa, morena, con menos pudor que ironía. Ahora se llama Micaela Never More.

Sí, es cierto. Hice un poema corto, sobre América. Y bien, ¿por qué no? ¿Qué sería de los europeos desesperados si no existiera América?

Hoy es tres de febrero.

Ofrecí mis servicios de lector a la señora Mac Dowall. Aceptó entusiasmada agregando con toda buena intención que tratará de corregir mi acento cuando éste se vuelva intratable, cosa que ocurre cuando estoy cansado. Leeremos a Dickens todas las noches y alguna vez invitaré a una amiga suya, otra dama retirada, también norteamericana, que vive a medio kilómetro en las afueras de Ixtapan, lo cual es mucho decir, porque Ixtapan está fuera de todas las cosas del mundo.

No he empezado a escribir la novela pero se me ha ocurrido una serie de programas de televisión que fácilmente podría vender en Ottawa.

Ottawa. Ottawa. Esa ciudad... inútil hablar de ella, regresaré como si nada hubiera ocurrido porque lo he decidido así. Además, soy canadiense por obra y gracia de América.

El nivel medio de vida en Ixtapan es indescriptible. No puede hablarse de pobreza, sería exagerar: es miseria. Me ha ocurrido ya en otros países que frente a la carencia de todas las cosas siento una fuerte incompreensión general, que abarca todo.

—El hombre es la imagen de Dios y Dios lo ha creado todo —me decía mi padre cuando yo expresaba estupor y entonces no entendía y no lo entiendo ahora.

Estos niños de vientre inmenso que asoman a las puertas, estas mujeres y estos hombres... Entonces odio los refinamientos; las vajillas de porcelana y las licoreras de cristal cortado. Al tiempo que amo con pasión las vajillas de porcelana y las licoreras de cristal cortado.

Es seis de febrero. Le enviaré mi dirección a mi madre. Tal vez me ha escrito a Ottawa. Cuando responda a su primera carta le diré que me han encargado un libro de fotografías de México.

Las fotografías de la pobreza son subversivas. Todavía recuerdo en qué tono me fueron rechazadas las de aquel burdel en Centroamérica. Claro que después las vendí a una revista con un texto adecuado... que no se acercaba a la verdad, o a mi verdad.

Todo empezó cuando me encontré con aquellas dos muchachas en un parque muy concurrido y me invitaron a una fiesta. Acepté. La casa tenía a la entrada una especie de galerón donde estaba servida una mesa con comida y bebida del país. No probé bocado ni tomé. Eran como cincuenta personas. Una de las muchachas se alejó y me quedé con la otra. Saqué algunas fotografías con disimulo y ella no trató de impedírmelo.

—¿A quién se las vas a enseñar?

—A nadie. Son para mi álbum.

—¿De veras?

Le aseguré que sí y quedó contenta. Tuve entonces la certidumbre de que si quería conservar mi cámara y algún dinero tenía que cuidarme: los otros, que comían y bebían, no se mostraban ebrios, sino intoxicados. Desaparecían hacia el patio en parejas. La muchacha me tomó por la cintura con aire nervioso.

—Vamos también nosotros. Para no llamar la atención.

En el patio había unas treinta divisiones de cartón con tres paredes y un techo, la pared faltante era la entrada. Como un foro, el público era yo. Las fotos salieron oscuras por falta de luz, luego las repetí de día. En cada división había una pareja y una cama. Ella tiraba de mi brazo.

—Ven. Que no te vean.

Nos metimos en una. Era el catre más sucio del mundo. Me senté en él y la miré.

—No te gusta, ¿verdad?

No contesté. Ni siquiera tenía sueño, ni prisa de irme, nada. Ella no hablaba, se sentó a mi lado. Escuché pasos y vi pasar dos mujeres caminando de prisa.

—¿A dónde van?

—A su casa —la muchacha meditó un momento—. Cuando salgan varias podremos irnos.

—¿Y ellos?

—Se quedan durmiendo.

—¿Les roban?

—Sí.

Salimos como a la media hora. El galerón no contenía más que las cajas de madera que habían servido de mesa. Ni un plato, ni un vaso, como un lugar abandonado hace años.

En la calle, de nuevo, me tomó de la cintura. Fuimos a su casa y allí pasé la noche. Un cuarto con una cama y una palangana en el suelo llena de agua fría. Su ropa colgaba de una cuerda. Allí dormí y desperté temprano, despertó ella también y me dijo que esperara. Trajo un desayuno de café con pan y me miró comerlo; yo tenía hambre. Cuando me vestí me dio dinero y me dijo que regresara pronto.

Volví al galerón que estaba cerrado con llave y entré saltando una pared. No había nadie, sólo aquellos cartones como cajas de cerillos, aquellos catres. Saqué cuantas fotografías quise y salí como había entrado.

Esa muchacha me dio dinero varias veces, hasta que mi madre me mandó un pasaje de regreso a Francia sin yo pedírselo... no fui a Francia, sino a Nueva York.

Aquí en Ixtapan podría haber un sitio así: ya he visto el cuarto de adobe donde duerme una familia con ocho hijos. No hay cama.

No he hablado de esto con la señora Mac Dowall. Aunque debe saberlo, como todos los sucesos de este pueblo.

Hoy desperté demasiado temprano y no podía recordar dónde estaba. Era una especie de pesadilla muy angustiosa. Pensé con minucia por lo menos en diez dormitorios antes de identificar éste. Estuve a punto de gritar pidiendo auxilio y por fin abrí los ojos. En seguida me fui al establo, donde sentí consuelo entre los calores y los olores de la Paloma, quien, por cierto, no me hace el menor caso. Así fueran todas.

Empezaron las lecturas de Dickens. La señora Mac Dowall escucha con una serenidad magnífica; la señora Trenton, su amiga, con el rostro ligeramente inquisitivo y los ojos tristes, como si estuviera preguntándose por qué leeré tan mal.

—Joven —dijo la señora Trenton en una pausa—. ¿A usted le parece que Dickens es un escritor moral?

—Por supuesto, señora Trenton. ¿Lo pone usted en duda?

Arrugó su carita y levantó un dedo. Fue maestra de escuela y luego vino a México con una misión protestante, de la que luego se independizó. Ahora hace una especie de trabajo social y es buena amiga del alcalde; lo malo es que ninguno de los dos cuenta con dinero para llevar a cabo todo lo que proyectan.

—Hay algo que me hace pensar: Dickens describe a sus personajes malos con demasiada fealdad física. Cualquiera sabe que la maldad no necesita de un rostro feo, eso engendra sospechas. Un lector inocente diría que en la vida real no ocurre así y el libro perdería su efecto moral.

Le di la razón y miré a la señora Mac Dowall, que se preparaba a dar su opinión.

—Yo, Alejandra, no estoy de acuerdo. Si a lo malo lo revestimos de belleza es muy difícil reconocerlo. En esa situación lo bueno tiene mayores obstáculos para vencer. Y debe vencer.

—Sin embargo, las dificultades y los enredos existen, todo depende del arte del novelista —dije yo, con ganas de confundirlas.

La señora Trenton se puso a pensar con la mano en el mentón como seguramente hacía cuando tenía quince años. Su amiga se sentó más derecha en su silla y tuvo un imperceptible movimiento de pies, como si frotara su vieja alfombra.

—Adoro las novelas, René. Más me gustan cuanto más me retratan lo que sé de la vida. Y, en la vida, siempre tuve un miedo terrible a equivocarme y a tomar lo malo

por lo bueno y viceversa. Un novelista es la persona que debe manejar esta distinción con más acierto. Creo que Dickens lo hace.

La señora Trenton no hablaba. Parecía que estaba por irse a preparar una argumentación al respecto y luego volver a leérsela dentro de quince días. La señora Mac Dowall siguió.

—Tú, Alejandra, y no me lo tomes a crítica, tienes una tendencia a no ver panoramas completos, sino a fijarte demasiado en los detalles.

—¿Cómo?

—Como cuando fuiste a la inauguración de la escuela primaria. Estabas indignada porque tenía tres aulas y no seis. Hasta el momento se usan sólo dos.

—Pero se usarán las seis cuando los niños pasen a otros años.

—Cuando eso ocurra estarán en el campo, trabajando, demasiado cansados para estudiar —la señora Trenton quería llorar. Pero no lo haría delante de nosotros—. Eso será lento, pero triunfarán los buenos deseos de ustedes. Llegará el momento en que todo sea diferente —mentía para consolarla y lo logró.

—Espero que sí. Espero que sí.

La señora Trenton se puso en pie y yo me ofrecí a acompañarla. La tomé del brazo por cortesía y su cuerpecito temblaba. No habló durante el camino. Ya frente a su casa, muy nerviosa, me confesó:

—René, debo decirle algo que no es honesto; un mal pensamiento. Hace un rato, cuando hice la observación sobre los personajes de Dickens, aludí a usted. Buenas noches.

Se metió en un amplio zaguán y cerró su puerta. Regresé a casa y la señora Mac Dowall no se había retirado. Me llamó.

—Debe usted disculpar a Alejandra. Tiene una personalidad moral tan fuerte que le produce usted miedo. De allí sus preguntas sobre la belleza y la fealdad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—La conozco. Yo no soy así.

No me atreví a decirle algo que se me vino a la cabeza. Le di las buenas noches y vine a este cuarto.

Lo que más me turbó de lo que se dijo esta noche fue la opinión de la señora Mac Dowall sobre las capacidades de discernimiento de un novelista.

¿No puede hacerse una moral nueva? ¿No puede el novelista conformarse con ver, como si fuera un ojo mágico? ¿Es necesario juzgar, juzgar, juzgar?

Hoy es el primer día de marzo. Ixtapan no da señales de saber que está en una estación diferente de la pasada. Voy al mercado con Micaela, y mientras ella se desliza entre los puestos improvisados, yo no puedo quitarme los ojos de los pies. Si reuniera mis impresiones visuales de este mercado predominaría la imagen de mis dos pies tratando de no pisar elotes, montoncillos de cacahuates, cuatro mandarinas



medio secas en una torre muy atildada, niños gateando.

Micaela es una mujer que sabe conducirse en este mundo, nunca la he visto pisar donde no debe. Micaela Never More.

Habla sin parar y no cae en la cuenta de que mi conocimiento del español jamás se plegará a la rapidez y al ritmo que ella le imprime.

Hace unos días quise trasladar un atado de paja bastante grande de la puerta al establo. Vino corriendo y me empujó; luego, como si se tratara de un ramo de flores, lo llevó ella mientras me miraba con malicia. Estas dos mujeres están muy orgullosas de bastarse a sí mismas.

La señora Mac Dowall me confió que Micaela está enamorada de un hombre casado, que pasa meses enteros dominando sus tentaciones y que luego desaparece uno o dos días, cuando las tentaciones ya son irrefrenables. Regresa a casa contrita y llena de buenos propósitos. Pregunté cuántas veces había ocurrido esto y me dijo que unas doce o quince con el mismo tono que usa para hablar de los complicados partos de la Paloma.

—Pero Micaela no tiene hijos, afortunadamente —añadió—, porque este hombre tiene varios con otras mujeres.

—¿Es rico? —pregunté imaginando lo que sería para un hombre como los que veía diariamente el hecho de mantener varias familias.

—No. A Micaela nunca le ha hecho un regalo y sospecho que a las otras tampoco.

—¿De qué viven ellas?

—Trabajan. Tal vez son ellas las que le dan a él.

Puede ser que la señora Mac Dowall no tenga una personalidad moral. Estas cosas, que para la señora Trenton resultarían traumáticas, para ella son hechos y hechos familiares, a los que no concede ninguna peculiaridad. Micaela, en cambio, sí la tiene. Si no fuera así ¿por qué impedirse encuentros más frecuentes con su amante? ¿Para qué? Las dos se entienden a las mil maravillas. Micaela venera a la señora y sospecho que en ello tiene mucho que ver la flexibilidad con que le perdona sus escapadas. Claro, nada más lejos del carácter de la otra que un reproche de ese tipo. Pero ella no podía saberlo.

Pienso menos en Ottawa en un sentido y más en otro. Recibí una carta de mi madre donde describe en detalle un espectáculo al que asistió con mi hermana y su marido la última vez que estuvo en París. Ni una pregunta «especial», ni una indicación de que regrese o de que quiere verme. Ah, señora Laura, ¿cuánto tiempo le habrá llevado a usted escribir esa carta? Veo su borrador lleno de frases mutiladas o desaparecidas.

Antes de volver a Ottawa, iré al Loire. Dos días o tres. No puedo exponerme a luchar con los guardianes que me cierran mis puertas y a abandonarlos heridos y en desgracia como ahora, como hace apenas dos meses.

No debí haberlo escrito. Ahora dormiré en el suelo, en una silla, no en ese lecho donde vienen a visitarme los guardianes heridos.

La señora Mac Dowall vendió su alfombra para comprar el alimento de la Paloma. Yo tuve que verlo sin poder ayudar. Si me quedo sin dinero tendré que irme y no es el momento de irme.

Esta tarde le he manifestado el pesar que me causó el suceso. Ahora pone los pies sobre un tapete tejido en paja.

—Mire usted, joven —me dijo con los ojos brillantes—. La Paloma nos ha dado a Micaela y a mí queso, mantequilla, leche y terneros, de manera que se lo merece. Cualquiera día me moriré y la alfombra será vendida de todas maneras, probablemente por la misma razón. Es igual ahora que después. No quiero decir con eso que me sea indiferente, eso sería muy pedante de mi parte. Pero... una debe acostumbrarse a perderlo todo.

Lo dijo sin amargura, con una convicción profunda. Esta anciana me inquieta porque con su inteligencia, con una belleza que todavía puede apreciarse, debe de haber tenido, poseído, disfrutado.

—Fui una mujer feliz en mi matrimonio; como madre, fui feliz muchos años. En mi juventud mis padres me quisieron y me complacían en cuanto era posible. Una mujer así no puede ahora lamentarse de haber perdido una alfombra. ¿Me entiende usted?

—No.

Me miró en forma penetrante. Su rostro puede ser muy severo si se lo propone.

—No se trata de decir: ¿Por qué no perder lo último, un objeto, si ya he perdido todo, incluyendo mis seres más queridos? No es eso. La felicidad es un punto de vista, una manera de juzgar los sucesos. Yo aprendí a ser feliz en mi momento y no puedo olvidarlo.

Hablamos de otras cosas y luego le dije que iba a caminar un rato. Me sentía confuso, desconfiado. ¿Por qué no puedo creer estas teorías de la felicidad? La vejez de la señora Mac Dowall es la más digna que haya contemplado jamás, pero... el sistema. Tener, tener, para perderlo. Ah, la idea de la felicidad debe de ser una fantasía que se apodera del alma y de la mente, las invade, las modifica igual que la locura. Y yo me siento cuerdo, incapaz de engañarme.

A mi regreso encontré a la señora Trenton, muy compuesta, con su sombrero viejo de fieltro. Estaban jugando a las cartas tan concentradas que casi no me prestaron atención. La misma felicidad podía haber pasado al lado de ambas sin que cayeran en la cuenta. Micaela está bordando en la cocina un mantel de tela burda y blanca, luego, si todavía estoy aquí, lo veré sobre la mesa.

Nada de novela. No hay novela. Pero está terminada una serie de televisión para vender en Ottawa: moral, didáctica, divertida y bien hecha. Voy a enviarla a Paul con mi dirección y la consigna de no dársela a nadie.

Paul. Paul me da lástima. Es una gran persona y me da lástima. Su defecto es una falta muy grande de sagacidad para juzgar al prójimo... a menos de que haga un gran esfuerzo para pensar bien de los otros. Conmigo siempre se equivoca, se equivoca y se escandaliza, pero sigue siendo mi amigo. Tal vez no le ocurre ni lo uno ni lo otro, pero quisiera que yo me comportara de diferente modo, del opuesto, para ser exacto; claro, no me lo exige, me pone a prueba y yo lo defraudo.

Ahora recuerdo algo ocurrido días antes de salir de Canadá y que me molestó intensamente. Mi madre me envió una fotografía de mi hija, a quien no ve con frecuencia, una fotografía arrancada con zalamerías a Pierre Martin.

Es una niña muy hermosa. Que será todo aquello que... en fin, lo que no me gusta. Sin libertad, sin pensamientos, sin amores. Algo así como una podadora de pasto.

Me hizo sentir una agresividad que todavía no supero. No contra ella, por supuesto. Contra las márgenes del Loire. Le regalé la foto a una amiga pintora, que mucho la alabó y que seguramente la reproducirá en un cuadro... que yo no tendré en mi casa. O que, para ser realista, no llevaré conmigo a mis casas, departamentos y guaridas. Sería ridículo no conocer a la niña y cargar con un cuadro inmenso. ¿Qué estoy diciendo? Ni siquiera sé si habrá tal cuadro. Debí quedarme con la foto, tal vez.

La señora Trenton, después de otra lectura de Dickens, al llevarla a su casa, me ha preguntado con gran curiosidad cómo hacía para vivir solo. Esto porque el ahora difunto señor Trenton decía que no le era posible estar lejos de ella más de dos meses sin cometer pecados de infidelidad. Entre paréntesis, el señor Trenton cometió un pecado de esta especie que le duró los últimos años de su vida, en consecuencia el asunto no ha dejado de interesarle a su esposa legítima.

La tranquilicé diciéndole que mi naturaleza no se parece a la de su esposo y que en último caso no sería un pecado igual porque soy divorciado. Se puso pensativa de nuevo y no hizo comentarios, pero los hará cuando llegue al fin de sus meditaciones. O se los hará a la señora Mac Dowall, en privado.

Ahora es primavera definitivamente. Faltan pocos días para el parto de la Paloma y la cuidan con exceso. Ella mira los preparativos con sus ojos negros y parece que no sólo le ha crecido el vientre sino las pestañas.

Hay otras señales de la primavera. Micaela está deprimida y la señora Mac Dowall me ha advertido que esto puede ser el anuncio de uno de sus ciclos amorosos agregando que ojalá no coincida con el parto de la Paloma.

Y yo no puedo dormir. Desde hace dos noches, tratando de no hacer ruido, reviso el cofre que está en mi habitación sin encontrar en él nada que despierte mi fantasía.

En gran parte, se trata de libros de enseñanza elemental y superior, unos de la

señora y otros de su hijo. Un vestido todavía con medio metro de cola, un corset y un polizón. Nada de importancia. El hijo de la señora, según me dijo la señora Trenton, murió tuberculoso hace diecinueve años, era casado y no tuvo descendencia. También insinuó que su matrimonio fue nefasto y que su mujer lo destruyó moralmente.

Tantas frases que no se saca nada en claro. Por ejemplo, «destrucción moral». La gente usa ese término para denominar una situación en que alguien no se sale con la suya, o sea que se siente defraudado porque otra persona se opuso a sus deseos. Está destruido porque no logró imponerse. El otro, el que tuvo fuerza, es el villano. ¿Por qué no se dice que la nuera de la señora Mac Dowall triunfó en su vida? Claro, esta opinión es privada y no pretendo convencer a nadie.

Micaela se pasó la mañana llorando. Daba vueltas por la cocina y las lágrimas caían desde sus mejillas hasta su inmenso pecho moreno. Mientras nos servía la comida, la señora Mac Dowall aparentaba naturalidad y mostraba el rostro tranquilo. Cuando Micaela nos dejó solos, empezó a hablar como si continuara una conversación interrumpida.

—Siempre he permitido que las personas que están a mi alrededor o que dependen de mí en alguna forma hagan lo que quieran. Pero ¿ha notado usted qué pocas personas son sinceras a este respecto? Micaela, por lo menos, tiene un sistema. Desea y no desea ver a ese hombre, por lo tanto, lo ve en ocasiones y en otras no lo ve; tiene una lógica. Otros no son así. Escogen lo que odian para siempre, como si lo amaran. En seguida empieza a hablarse de la aceptación y otras mojigangas.

Sentí un impulso muy fuerte de decir y no lo contuve.

—Yo no soy así. Yo puedo rechazar en forma absoluta.

—Me parece que usted rechaza por sistema. Esta situación opuesta es tan mala como la anterior. Estoy segura de que desea cosas y no se atreve a tenerlas.

Me indigné, como siempre me ocurre. No iba a hacérselo notar porque le tengo un gran respeto.

Sonreí.

—Usted no tiene más que una solución. Por cierto, ¿cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—No es usted tan joven, pero sí demasiado, para...

—¿Cuál es la solución?

La señora se revolvió en su silla, cruzó las manos.

—Ahora me parece una impertinencia, un abuso.

Me dio vergüenza. Había sospechado mi enojo y no se sentía con derecho a provocármelo.

—Señora Mac Dowall, le suplico que me diga lo que piensa.

—Es demasiado largo —se veía tímida, un poco temblorosa.

—Hagámoslo por etapas. ¿Cuál es su teoría básica?

Yo sabía que esto iba a gustarle. Es una dama muy objetiva, de haberlo querido hubiera sido una ensayista de primera. En seguida se entusiasmó.

—Es que hay formas diferentes de no querer nada. El mundo está lleno de ofrecimientos: unos esenciales, otros naturales y otros superfluos. Cuando alguien rechaza debe saber por qué lo hace... Generalmente se hace para obtener un provecho.

—¿Provecho? Bueno, sí, es cierto.

—De alguna clase. Si se procede con inteligencia y no sólo por instinto, toda persona que renuncia debe hacerlo teniendo en cuenta las mayores ventajas.

—Señora Mac Dowall, renuncia y rechazo son dos palabras diferentes.

Sonrió con malicia.

—Lo son, efectivamente —se levantó de la mesa—. Con su permiso, joven. Voy a dormir la siesta. Aquí damos por terminada la primera etapa.

La muy... bruja. Me puso una trampa y yo caí en ella. Antes de dormir debe de haberse reído. Estas capacidades femeninas son lo más interesante que Dios dio a las mujeres. Cuando son viejas es encantador, cuando no lo son... ¡bueno!

Mi madre actúa todavía como una mujer joven, lo cual no sólo es lamentable sino poco efectivo. Da una impresión entre inmadura y transvertida que por supuesto sólo notamos sus hijos. La recuerdo en mi infancia, antes de asistir a un baile de máscaras: vestida de pastora renacentista, bellísima y muy feliz. Parecía tener dieciséis años y tenía casi cuarenta. Nunca ha estado más en su papel, ni cuando pasea por el jardín de la casa del Loire con una canasta que siempre se olvida de llenar enganchada en el brazo. Luego, la camarera corta las flores y las distribuye a su gusto.

Lo más importante que le he dicho a la señora Laura está relacionado con su edad fluctuante. Una vez le insinué que una joven de su edad no debía ser tan violenta y mucho menos tan impositiva. Se puso a llorar.

Por fin encontré en el cofre lo que buscaba sin saberlo con precisión: unos apuntes escritos a mano por el hijo de la señora Mac Dowall. De pronto necesité comunicarme, por extraña que parezca esta comunicación, con otro hombre joven a quien pudiera entender aunque esté muerto y él no me entienda a mí. El deseo de explicarse a veces se convierte en la acción opuesta: lograr que los otros se expliquen para ejercitarse en comprender.

Estos apuntes están fechados a lo largo de quince años y sin organización alguna. No era un muchacho capaz de llevar ordenadamente un diario de su vida emotiva o intelectual con la meta de seguirse a sí mismo. Pero el lector puede seguirlo con toda alevosía porque dice una gran cantidad de cosas cuyo significado se le escapa a su dueño.

Se trata de una persona sensible. No es descubrimiento; el mundo, las novelas y los diarios están atestados de muchachos así, lo raro hubiera sido leer el diario de un muchacho insensible. Muy ligado a la personalidad de su padre que era ingeniero, hombre de sentido común y continuamente aterrorizado ante la idea de herir a este hijo tan fácil de lastimar. Este padre pedía perdón por una palabra brusca, merecida, por otra parte, a su hijo de dieciséis años.

Mi padre, cuando yo tenía esa edad, había perdido toda la fuerza intelectual y la vitalidad para juzgar mis merecimientos. En tanto que mi madre se devanaba los sesos con las sospechas que le provocaban todos mis proceder.

La señora Mac Dowall parece haber tenido el papel de fortalecer el carácter de su hijo en una forma un tanto masculina, razonando, mostrándole la realidad como juzgó que debía verla... con la consecuencia de haber despertado en él una gran admiración y la sensación de que su madre era única, especial, un fenómeno inigualable. A los veinte años sabía que todas las mujeres eran en principio menos que su madre, la mitad de su madre, la décima parte de su madre.

Me imagino que este hecho debe de haberle dado un horrible sentimiento de minusvalía al pensarse a sí mismo enamorado; siempre amaría a alguien de calidad menor de la que estaba acostumbrado a admirar. Nunca tendría la suerte de su padre, porque no había otra como ella. Lo peor, lo más triste es que su madre es, en efecto, una mujer excepcional.

Encontró una mujer y se casó con ella dispuesto a sufrirse y a sufrirla inevitablemente. A los cinco años de casado murió con mayor rapidez de la que se espera en el caso de la tuberculosis, probablemente ya la tenía y no se lo confesaba ni a sí mismo. En resumen, caso de suicidio por un ideal, lo que viene a ser una historia muy diferente de la que me contó la señora Trenton. Para terminar con el tema, me gustaría escuchar la versión de la señora Mac Dowall, quien, a pesar de conocer estos apuntes (no es el tipo de mujer que ignora lo que posee), no los ha guardado en un sitio especial ni los ha puesto fuera del alcance de otras personas.

Entiendo a Edward Mac Dowall, pero no soy como él. No tengo ideales. Nunca he conocido a nadie que me parezca único y paradigmático, ni una forma de vida que encuentre recomendable, ni siquiera una forma de gobierno...

El sufrimiento humano me repele, no por crueldad puesto que quisiera borrarlo, desaparecerlo, que no existiera un solo hombre sin oportunidades de vivir dignamente. Sé que todos tenemos derecho a comer, a vestir, pero ¿es esto la dignidad?

No puedo dormir. Esto no es la dignidad. Pero tampoco lo sería volver a Ottawa... ahora.

Necesito ocuparme en algo. Todavía puedo intentar un libro de fotografías que mandaré revelar después por falta de dinero. ¿Por qué no? Cuando esté impreso se lo enviaré a la señora Laura, para su biblioteca particular.

Hoy, treinta de abril, fue el día más agitado de mi vida, aunque tal vez podría señalar otros más espectaculares.

Para empezar, ayer por la noche desapareció Micaela. Encontré el desayuno servido y a la señora Mac Dowall en la cocina. En seguida le expliqué que soy un excelente cocinero y que mientras Micaela falta me encargaré de las compras y de la comida. Ella me creyó en el acto sin alegrarse.

—¿Sucedo algo más?

—La Paloma no se siente bien. Es necesario que venga Pedro. Ya nos ha ayudado otras veces.

Estuve a punto de hacer una pregunta estúpida: que si no sería mejor llamar al veterinario, pero recordé a tiempo dónde estamos. Le pregunté dónde vivía Pedro, me lo dijo y me dio dinero para ir al mercado.

Salí casi corriendo mientras ella se dirigía al establo. Mi estado de ánimo era de verdadero terror; en mi infancia vi parir una yegua y estuve enfermo quince días: el estómago y falta de sueño. Tenía que encontrar a Pedro o a quien fuera, YO no iba a presenciar el parto de la vaca, yo recorrería el pueblo casa por casa, persona por persona, si Pedro no estaba disponible.

Pedro no estaba disponible. Salió su mujer, que parece su madre, a decirme que hacía un rato habían venido a buscarlo para que atendiera otra vaca de las que él pastorea, en cuanto regresara le avisaría y no sé qué más. Le dije que si no podía venir ella y me contestó que tenía que atender a sus hijos, le ofrecí que lleváramos a sus hijos y que yo los cuidaría mientras; tuvo desconfianza y se rió mucho. Luego se negó formalmente. Le parecía ridículo este miedo mío a ver el parto.

Eso me dio la pauta de lo que pasaría si empezaba a pedir ayuda en otras casas desconocidas. No podía, con mi poco español y con esa alarma que me hacía temblar, ir suplicando un partero en cada casa. Pensé en acudir a la señora Trenton, pero una prisa muy grande empezaba a perseguirme y estaba justamente en el lado opuesto a donde ella vive. ¿Por qué viviría tan lejos?

Corrí al mercado y compré no sé qué. Luego, llegué sin aliento a la casa. Tendría que ir al establo. Toqué antes de entrar.

—Adelante —entré. La Paloma estaba tendida sobre un costado respirando fuertemente y de vez en cuando abría los ojos—. Joven, no sea usted tan gentil con las vacas y tráigame esos dos cubos que están en el patio. Les puse agua pero no he podido levantarlos.

Obedecí. A mi regreso, la señora estaba arrodillada junto a la Paloma y le pasaba las manos sobre el vientre.

—Es necesario darle un masaje. Venga usted, ponga las manos aquí y no permita que el ternero se suba. ¿Me entiende usted? Hacia abajo.

Lo hice. Del comportamiento de la Paloma no puedo quejarme. Apenas me miró de reojo. Debajo de su piel blanca y negra, se movía el ternero con una fuerza

increíble, pateaba, literalmente. Sentí mareos y los disimulé. La señora Mac Dowall, mientras yo empujaba al ternero, empezó a hacer una serie de cosas que prefiero no describir.

Esta situación duró tres horas exactas. Los músculos de las piernas de la Paloma se ponían tensos y cada vez que aflojaban yo «sabía» que estaba muerta... ¿no podría morirse una vaca con las piernas en tensión? Si esto ocurría, la señora Mac Dowall sin vacilación alguna salvaría su ternero, con lo cual quiero decir que tendríamos que... Empecé a rezar la oración con que mi madre me despertaba todos los días:

—«Oh buen Jesús...»

Luego sentí que algo cedía debajo de mis manos y luego empezó a salir del cuerpo de la Paloma una cosa que yo no me atrevía a ver. La señora, que había guardado un largo silencio como para reservar la última gota de sus fuerzas, me dijo con la autoridad de un general.

—Tire lo que está en los cubos y traiga un poco de agua tibia. Va usted a bañarla, es una ternera.

Fui a calentar el agua y luego a tirar lo que había en los cubos. Supuse que habría que enterrarlo, era una placenta enorme. Eso sería después. Regresé lo más rápidamente que pude y la Paloma se había incorporado a medias con los ojos bien abiertos.

Bañé a la ternera frotándola con un trapo mojado. No tuve asco ni miedo, es la cosa más frágil del mundo. Y es muy bonita, parece una niña. La Paloma no perdía un movimiento mío. Ahora, por primera vez, he sido el centro de su atención. La señora Mac Dowall se frotaba sus rodillas entumecidas sentada en el suelo, sobre la paja.

Eran como las tres de la tarde. Cuando dimos por terminado nuestro trabajo fuimos a la sala. Ella se sentó en su sillón y yo empecé a cocinar a la buena de Dios. Entonces llegó Pedro y ella le dijo: —Ya está, pero limpie usted un poco y acompáñela —como si fuera una mujer. Lo era. Nunca hasta ahora había reflexionado en lo animalescas que son las mujeres.

Comimos y la señora dormitaba todavía sentada a la mesa. Casi a la fuerza la llevé a su dormitorio y luego me dediqué a preparar la cena, a limpiar la casa y la cocina.

Fui al establo de nuevo. He adquirido una responsabilidad con la Paloma. Se veía contenta; de vez en cuando besaba a su ternera negra, movía las pestañas y estaba orgullosa. Pedro no se daba cuenta de nada.

—Estuvo largo ¿no?

—Sí.

—El mío también, pero no se murió ninguno. Ése fue macho.

Así era. Había que hablar de la vida y de la muerte. Tuve una especie de estremecimiento nacido de preocupaciones más... particulares.

La señora Trenton vino a cenar y nos encontró cansados pero entusiastas. La



señora Mac Dowall me ha mirado dos o tres veces más largamente de lo que ella mira y me he sentido examinado, descifrado.

He insistido en que jugaran a las cartas mientras daba la última limpieza a la cocina y luego he acompañado a la señora Trenton a su hogar. Esta vez hablaba sin parar de cosas del pueblo. Fue para demostrarme que mi comportamiento le parece adecuado. Ya en la puerta, le dije:

—Buenas noches, encanto.

Estuvo a punto de soltar su bolsa. Abrió la boca y los ojos como si fueran ventanas. Me fui antes de que se le ocurriera que lo más apropiado era enojarse.

La señora Mac Dowall estaba esperándome.

—Joven, debo darle las gracias. Ha sido usted... extraordinario. Estoy segura de que esta noche sí dormiré.

Típica despedida. Pero se equivocó. Ahora estoy escribiendo y porque sí o porque no, tendría ganas de llorar unas horas.

Claro, me dormiré antes de llegar a esos extremos... no antes de asentar que aquí no se ha dicho una palabra en contra de la deserción de Micaela.

La ausencia de Micaela ha durado una semana justa y es la más larga de cuantas se tiene noticia. Llegó por la mañana, muy temprano. Cuando fui a la cocina a hacer mis preparativos matinales me la encontré allí recién bañada, con el largo pelo suelto y el rostro contrito. Le di los buenos días y no me contestó. Entonces fui al establo y encontré todo limpio y en orden.

Me sentí triste, de pronto. Como si el mundo fuera un lugar vacío donde no existiera un oficio para mí. Salí a caminar y fui lejos, lejos. Ya hay flores en este campo difícil y una buena porción de tierra arada. Estos arados de tiempo inmemorial con sus toros flacos son la negación de la vida bucólica, lo mismo que estos pastores tristes de raza india. El recuerdo de todas las páginas que se han escrito sobre las bellezas de esta vida y la pureza espiritual y poética de los que la llevan casi me hizo reír a carcajadas.

Los novelistas, pese a su discernimiento moral, tienden a equivocarse y los poetas son en especial lunáticos. Me encantaría preguntarle a la señora Mac Dowall qué clase de discernimiento moral se necesita para ser un escritor mexicano que describe a su pueblo; de Dickens resulta juego de niños comparado su ambiente con éste. La inmoralidad del hambre, de la incultura, de la falta de recursos, es tan profunda que salen sobrando las sutilezas.

De cualquier manera yo no puedo escribir una novela. Por dentro, aunque por fuera no lo parezca, carezco de tiempo. Algún día podré explicarlo.

La señora Mac Dowall, aparte de mostrarme su agradecimiento en muchas formas, me ha reprendido casi en forma violenta.

Resulta que una noche de estas últimas la incapacidad de dormir me llevó al

extremo de dar vueltas por la casa. A poco rato, la vi salir de su cuarto envuelta en una vieja bata de lana.

—Joven —me dijo—. Tenga la bondad de ir a su cuarto y de meterse en su cama. No me deja usted descansar. El sueño vendrá tan pronto se ponga de acuerdo con usted mismo.

—Justamente.

—No quiero juegos de palabras cuando se trata de una cosa tan clara. No estoy ciega. Usted tiene tentaciones a la inversa, ¿me explico?

—No.

—Vaya usted a pensar en ello. Defina primero lo que es una tentación y luego póngale el adjetivo contrario. Buenas noches.

Fui a mi cuarto y me metí en la cama. Una tentación es el deseo imperioso de hacer algo negativo. Es el deseo imperioso de hacer algo positivo. Es el débil deseo de hacer algo positivo. ¿Qué es positivo? ¿Qué es deseo?

Esto es lo que ella debía haberme dicho que tratara de definir. Lo otro resulta inocente.

—Hábleme usted de su hijo —le dije otra vez, después de haber preparado la cena y limpiado la cocina.

Sus ojos se volvieron muy distantes. Pero puede hablar de su hijo con calma, con la misma objetividad que la caracteriza.

—Cuando una persona muere, los que quedamos seguimos una trayectoria de juicios que implica reconciliaciones, reservas, descubrimientos amargos. Si todo va bien, se llega a una reconciliación última. Pero esto dura años. Es triste, mi hijo quiso seguir siendo un niño y no pudo soportar el significado de su edad adulta. Una situación así tiene muchos culpables; no es posible saber hasta dónde los padres, por ejemplo, son un factor decisivo.

Creí que iba a ponerse freudiana, cosa que me hubiera molestado muy especialmente. No pueden decirse siempre los mismos lugares comunes: la educación, la represión, los modelos paternos. Entre estas cosas y la astrología hay una diferencia imaginativa y creadora que es la estatura del hombre. Pero no dijo nada de eso.

—Lo he pensado mucho.

—¿Por qué no se rebeló contra las cargas que impone la edad adulta?

—Hay quienes aceptan hasta donde se los permite su naturaleza. Luego, se mueren.

Me cayó encima una ola de sentimentalismo. Ese Edward Mac Dowall a quien yo desprecio y hubiera odiado con su mujer y su tuberculosis era una especie de nudo en la garganta: vergüenza y arrepentimiento.

—Yo no quiero morir y no acepto lo que me parece inaceptable.

La señora tuvo un gesto vivaz.

—No, Rene, a usted no lo matarán las aceptaciones.

—¿Qué me matará?

—Las negativas.

Me sentí mal, mal de saber que estoy enfermo de rechazos y de renunciaciones inadmisibles.

—Señora Mac Dowall, yo no puedo entregarle mi vida a nadie pase lo que pase, aunque me muera.

—Ya entiende usted muy bien a mi hijo. Tal vez él se dijo lo mismo, y lo cumplió.

Era imposible seguir hablando. Estábamos en un círculo ciego en el que yo me debatía pensando y actuando para no lograr nada. Qué cobardía, todo.

Ésta es la sensación que me persigue desde entonces, la comprendo y no puedo formularla. No viene en palabras y no quiere decisiones.

Pero estoy triste y no me lo permito. Empezaré a tomar fotografías: las más desoladoras. Dejaré de estar triste.

Micaela sigue furiosa. No sé si es para defenderse por anticipado de algún comentario, si ha tenido una mala experiencia o sencillamente porque está de regreso.

La señora me ha dicho por lo bajo, cuando ella no estaba presente, en un curioso tono de disculpa y de ironía.

—No se alarme usted. La última vez trajo piojos.

Micaela no borda el mantel blanco sino que se encierra en su cuarto y sospecho que ahora duerme el sueño profundo de los que se cumplen a pesar de ellos mismos.

Me ha escrito Paul para decirme que la serie de televisión está prácticamente vendida y que me enviará el dinero en cuanto la paguen, pues supone que me hace falta. Esta carta de Paul se parece a las de la señora Laura: quién sabe cuantas veces se cortó pensamientos y evitó conclusiones. Resulta por lo tanto muy lacónica y al grano aunque el que la escribió no lo sea en lo más mínimo. A Paul le encanta extenderse sobre cualquier tema, por lo general lo hace y luego me dice riendo:

—Por supuesto que he pasado por alto el hecho de que tú seas mi interlocutor. Me he imaginado, por un momento, que se trataba de una persona cualquiera. Dios me bendiga.

Dios lo bendiga, pues.

Tomo fotografías. En consecuencia veo mucho más de lo que me había propuesto y sufro más de lo que estaba en mis planes. No he fotografiado, ni pienso hacerlo, ninguno de los edificios de la ciudad ni la belleza de alguna avenida que me pareció incomparable. Sólo este paisaje y estas personas que me comprometen en una forma inesperada y que yo puedo soportar...

Se lo he comentado a la señora Mac Dowall y se limitó a decirme:

—Lo mismo hubiera usted podido ver en la ciudad, con un efecto doble. Yo estuve un mes en ella y tuve que salirme. Esto que ve usted aquí, a una cuadra de los palacios coloniales... o dentro de ellos. Piensa una demasiadas cosas. Pero la gente como usted y yo cree en Dios.

Es la primera vez que establece un nexo entre ambos. Ese nexo.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Pero yo no encaro ningún problema desde ese punto de vista.

—Eso no quiere decir nada —hizo una pausa larga—. Tal vez conviniera contarme lo que ha hecho.

Tuve una especie de vértigo intenso. Me es difícil contar algo si se me pide en ese tono y con esas exactas palabras, pero ella se lo merece y por eso...

—Una mujer va a tener un hijo mío.

—¿Cuándo?

—En este mes. Y la he abandonado, cuando regrese a Ottawa no los veré.

—Algo así pensaba.

—Yo... hice lo mismo antes con mi esposa.

Hubo un silencio largo. Me pareció que le había mostrado una cosa monstruosa, alguna enfermedad oculta, una corrupción inconfesable. Ella miraba un sitio que debía de estar entre el aparador y una pata de la mesa. ¿No iba a decirme nada? ¿Iba a ser discreta, despectiva y orgullosa, como tantos otros, con excepción de mi madre?

—Esto es algo que habíamos empezado a decir otra vez —siguió por fin—. Continúo ahora porque guardar silencio me parecería una gran falta de respeto —su voz se volvió dulce donde la de otros hubiera sido áspera—. ¿Por qué se deja usted seducir por la compañía de las personas, por sus insinuaciones, o por las circunstancias, si sabe perfectamente bien cuál será su reacción posterior?

Callé. Luego, muy débilmente.

—Tal vez sólo tengo fuerzas para irme. Cuando me quedo en un sitio...

La situación era detestable.

—Una vez hablamos de una solución. ¿Recuerda usted?

—Sí. No me la dijo.

—Es fácil, convierta sus rechazos en renunciaciones. Eso hace y ha hecho mucha gente digna.

—Es hipocresía. No es posible renunciar a lo que no se desea.

—Pero es posible dejarlo pasar.

Me reí, creo que con crueldad. Ahora estaba enojado y excitado.

—No conoce usted a esas dos mujeres. Una era como una piedra y la de Ottawa, una especie de modelo sofisticado de la argucia: nada de sinceridad, ni una gota de orgullo. Además, no son débiles ninguna de las dos, ambas tienen una vitalidad animal verdaderamente asombrosa.

La señora Mac Dowall frunció las cejas.

—Joven, ¿está usted disculpándose?

—No.

—Está usted disculpándose. Supongamos que ellas son así, o sea, perfectamente normales, ¿cómo es usted? —no pude hablar, respiraba hondo y no lograba pensar en nada que pudiera decirse—. ¿O piensa usted culpar al universo entero?

—Sí, pienso culparlo.

—¿Quién es el universo?

—El universo.

Empecé a dar vueltas alrededor de ella a pesar de que sé de sobra cuánto le molesta. No puedo hablar de Dios ni es cierto que culpe al universo: allí está la Paloma con su ternera, allí estaba Micaela todavía triste y silenciosa.

—La culpa es mía, pero no hay solución.

La señora suspiró. Iba a agregar algo y no lo hizo. Antes de que se levantara me paré frente a ella.

—¿Sugiere usted que me vaya de misionero o algo así?

Mi pregunta era desesperada, de las que después dan pudor.

—No puedo hacerle esa sugerencia en conciencia. No sé más de lo que le he dicho.

Esta respuesta fue patética. Nadie peor que un anciano cuando confiesa su ignorancia. Le besé la mano y vine a mi cuarto. Ella es el opuesto de mi madre. La señora Laura cree saberlo todo, naturalmente no es así.

Ahora, me he dado a mí mismo permiso de nombrar a Charlotte. La última vez que la vi le anuncié mi viaje. Sonrió porque pensaba que una escena era lo que menos podía convencerme de no partir. Hablamos de todo, de amigos, de trabajo, hasta de la temperatura, para que me quedara. Yo sabía que si seguíamos diciendo vaguedades lo único probable es que yo terminara pidiéndole dinero prestado para el viaje. De pronto se puso una mano en el estómago y corrió al cuarto de baño. Mientras hacía esos ruidos aproveché para irme.

Cuando regrese a Ottawa la encontraré en un bar, en una fiesta o en casa de amigos comunes y me tenderá la mano con naturalidad para que me case con ella. No me hablará de la criatura ni de las dificultades que sin duda ha tenido con su familia, para que me case con ella. Yo, amablemente y también sin salirme de tono, la mandaré al diablo de nuevo... sin que ella lo admita.

Charlotte es notable en ocasiones. Lo más impresionante que la he visto hacer es haber asistido como invitada mía, poco tiempo antes de mi viaje, a una cena de la señora Watson... de quien sabía que era mi amante. Todo para demostrarme su perfección. Nunca, nadie, me ha dado tanto asco. Su comportamiento fue maravilloso: medida, buena conversadora, deferente con la dueña de la casa. La señora Watson enfermó, según me dijeron, cuando alguien la enteró de la situación; Charlotte, en cambio, mostró una salud a toda prueba.

Luego la idea del hijo. Un hijo de un descuido intencional que ahora tendrá la

valentía de traer al mundo probablemente para que no se piense que lo ha concebido con otros planes.

Escribiría páginas sobre el carácter de Charlotte si no fuera porque me indigna... aunque la prefiero a Elise Duchamps, para decirlo todo de una vez. Aquella muchacha de porcelana, sin violencia en el alma y sin deseos, toda en venta, me parece... ¿para qué escribirlo? Hace poco ha publicado un libro de alta filología que firman ella y Pierre Martin. Eso le faltaba. Estarán todos tres orgullosos y felices. El libro y mi hijo son lo único que ha producido esa casa en años... y dudo que sea muy divertido el proceso de ver crecer ambos misterios gozosos.

¿Por qué esta ira? ¿Por qué ahora? No acostumbro hablar de nadie que tenga derecho a hablar de mí. En realidad, le regalo a cada una su historia y no me importa lo que bagan con ella, les pertenece.

Hoy tuve una imagen de Micaela que no olvidaré. La Paloma y su ternera salen a pasear y el establo se queda vacío durante todo el día, ocasión que Micaela aprovecha para limpiarlo sin horario fijo. Salí por la mañana a caminar y a mi regreso entré por el patio. La puerta del establo estaba entreabierta y me acerqué sin ruido.

Micaela se miraba en un espejito mínimo colgado de la pared y se decía palabras al tiempo que se pasaba las manos por el cuello y el pelo; se decía las palabras que el otro le ha dicho o que ella hubiera ansiado escuchar. Se alejaba un poco del espejo y daba vueltas, se contoneaba como una quinceañera frente a su personaje imaginario; todo sin agilidad, pero con una repentina esbeltez, con una gracia interior carente de edad y sobrada de armonía. Micaela tan bella como si estuviera desnuda.

Es una maravilla que los seres humanos podamos crear ficciones tan perfectas. Me alejé sin ser descubierto para sobresaltarme a solas porque yo no me imagino jamás en compañía, ni actúo privadamente la nostalgia, ni olvido mi persona siempre presente y aislada.

Sin embargo, la nostalgia del futuro inmediato ha empezado a hacerse sentir, ya sé cómo me dolerá salir de México y con qué incertidumbre dejaré esta casa; ya me atormenta por las noches la cercanía del momento aquel en que me despediré de la señora Mac Dowall, sus ojos al decirme adiós, el descuido con que recogeré mis pocos objetos personales, el viaje a la ciudad en autobús.

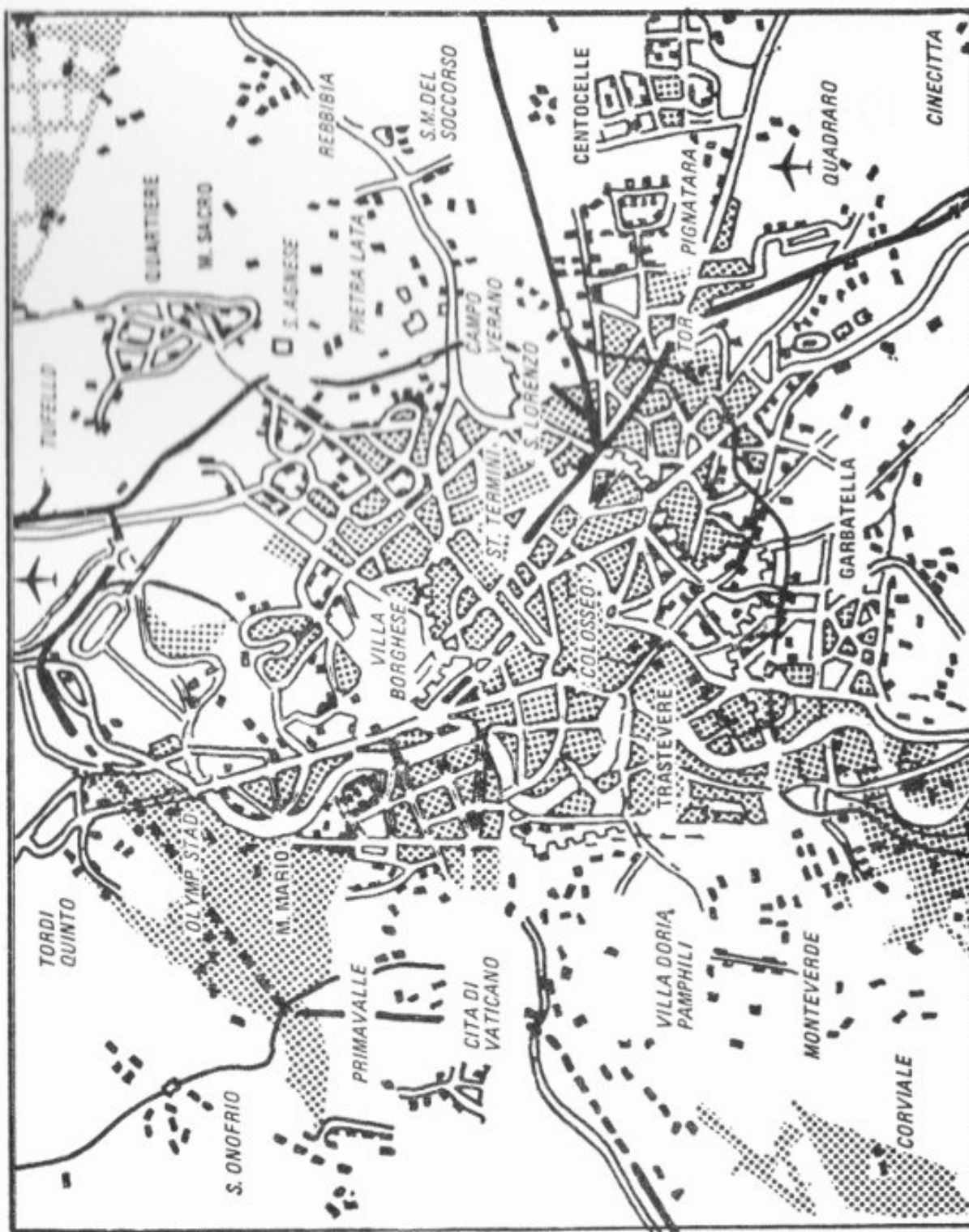
Ninguna de ellas me pedirá que me quede un día más allá del planeado porque hasta la señora Trenton sabe que estos meses han sido la pausa que se toma para recobrar el aliento, los días privilegiados en que un ser humano se queda quieto y en descanso aunque no alcance conclusiones ni sepa la verdad sobre su vida.

Veré si antes de irme es posible recuperar la alfombra de la señora Mac Dowall aunque ella esté resuelta a perderla. No es tal vez necesario perderlo todo, debe de ser posible conservar alguna cosa sencilla e inocente a pesar de la muerte, del desgaste natural de lo perecedero, del descuido y del desperdicio.

No siento ni he sentido la paz en muchos años, ni siquiera puedo describirla o imaginármela como un estado de ánimo accesible, pero algo me la trae cuando digo que tal vez, a lo largo del tiempo, es posible conservar algo, así sea una moneda apretada en la mano.







François, René y yo llegamos a Roma en primavera. Éramos una hermosa familia en ese momento, todo el mundo alababa la belleza del niño y la mía de paso; era como si no tuviéramos otros hijos aunque desde luego François no es ya joven y yo no soy una muchacha. Tal vez pensaban:

—Un matrimonio un poco tardío, pero feliz... ¡estos franceses!

Sin embargo, la cajera del hotel me dijo en confianza, a la semana de haber llegado:

—Su marido es un hombre bellísimo. Se entiende que usted se haya enamorado de él siendo tan joven; esos cabellos blancos lo hacen muy atractivo.

No se lo tomé a mal porque la intención era buena. Además, se equivocó rotundamente con mi edad y, siempre que eso sucede, me produce satisfacción. Tengo treintaiséis años y represento veinticinco. Pero sin darme cuenta del motivo me puse melancólica y a la expectativa: dentro de una semana más, esta misma mujer habría caído en la cuenta de que no se trata de un matrimonio feliz.

Es difícil admitirlo cuando una lleva más de diecisiete años casada y es... ¿por qué no? una mujer hermosa, bien presentada, bien cuidada. Porque entonces todos los años pasados resultan muy estúpidos, no se comprenden, vaya.

Mientras mi marido se ocupaba en dar su curso de Historia Antigua que terminaría en el verano, René insistía de tal manera en salir a la calle, que no me dejaba tiempo para reflexionar. Eso en ocasiones ha resultado saludable, no poder pensar. Cuando estoy sola, rezo, es imposible que Dios no comprenda mi vida. En París, antes de despedirnos, el Padre Jean me dijo casi en secreto:

—Recuerde usted, Laura, que en los espíritus donde anida la fe no cabe la desesperación.

Es muy claro, pero no lo siento a fondo, necesitaría de otras palabras para poder decir lo mismo... o es que no sé lo que es la fe, y si no lo sé ahora, después de todas mis conversaciones con el Padre, no lo sabré jamás.

De cualquier manera, René me cansaba. Por las tardes, cuando quería salir de nuevo a la calle, tenía que frenar el impulso de contestarle de mala manera o de inventar un castigo para que se durmiera o se quedara jugando en su cuarto. Sería conveniente buscar una niñera como me había indicado su padre desde un principio... pero yo no podía admitir mi incapacidad para soportar un niño pequeño, aunque fuera hijo mío, aunque fuera el cuarto de mis hijos. En la sugerencia de François vi el comentario de una persona que conoce demasiado a otra y no se hace ilusiones de que cambie; tenía que demostrarle, aunque me costara, que por lo menos era capaz de entretener a este niño tan inquieto.

Por supuesto que, de lograrlo, siempre quedaría en pie el hecho de que los otros están en un internado y eso no es absolutamente necesario porque podrían vivir en casa y simplemente asistir a sus liceos. Esto me angustiaba porque era la demostración de que no es posible cambiar, deshacer años de vida sólo porque una se lo propone. Debía por lo menos hacerme un propósito serio: René jamás pisaría un

internado.

François, como si quisiera ponerme a prueba, no salía con nosotros, se pasaba el día entre su clase y las diversas bibliotecas, llegaba de noche, a veces después de la cena, con el portafolio repleto y aclarando, como si fuera de dudarse, que necesitaba sueño. Su vida era casi exacta a la que llevábamos en París, estábamos en Roma y efectivamente trabajaba con exceso.

No sé por qué tenía algo de desagradable, de incómodo, recorrer esa ciudad tan hermosa con un niño de la mano. El hecho de vestirme, de arreglarme, perdía algo al saber que me pasaría toda la mañana y probablemente la tarde contestando preguntas, tomando helados en cafetines, comprando juguetes para que René no se pusiera a gritar o a discutir en público y acompañándolo al cuarto de baño.

Una noche, René tuvo una pesadilla y corrí a su cuarto para tranquilizarlo; como lloraba sin cesar y yo me moría de sueño, lo traje a mi cama. Despertamos juntos y cuando François se vestía, me pareció ver una sonrisa irónica cruzar por su cara, lo que me indignó hasta hacerme rechinar los dientes, pero no era posible tener una escena a esas horas y en presencia del niño. Mejor no tenerla, de cualquier modo.

Nos invitaron a una reunión de profesores y François me disculpó con la imposibilidad de dejar solo a René cuando hubiera sido tan fácil dejarlo al cuidado de una de las camareras del hotel. No quiso que fuera y tampoco entonces protesté. Ya se me ha dicho con demasiada frecuencia que soy muy afecta a las fiestas mundanas.

Por supuesto, compré ropa para mis hijos y para mí en mis continuas salidas y François revisó mis cuentas sin comentarios pero con fastidio: no imaginaría que tampoco iba a vestirme bien si nos sobra dinero para ello. Por otra parte, él viste magníficamente.

A las dos semanas de nuestra estancia no habíamos discutido... lo que me maravillaba, porque las veces que había sentido la necesidad de hacerlo eran incontables. ¡Ah, cómo me humilla este impulso de fregona que me lleva a gritar y a llorar! No me explico cómo he hecho para no abofetearlo o arañarlo, probablemente me detiene la idea de que, si lo hiciera, no lograría nada con ello. Yo también lo conozco. Se habla de la crueldad de los niños, pero yo podría escribir un tratado sobre la crueldad de los viejos... François es un viejo, no debo olvidarlo. Y yo soy joven todavía.

René quiso saber si no pensaba mandar traer a su niñera, le dije que no y me examinó con ojos inquisitivos.

—Y ¿por qué, si nos aburrimos tanto?

Me atemorizó. No puedo enfrentarme a su mirada cuando dice cosas tan ciertas. Hubiera querido castigarlo. No contesté y él no repitió la pregunta, pero se mostró abiertamente aburrido toda la tarde, como si el decirlo le diera derecho a no ocultarlo.

Fuimos al Coliseo y quise darle explicaciones sencillas, para enterarlo de lo que se trataba, pero él echó a correr por los pasillos de piedra sin poner atención y yo decidí dejarlo hacer. Me puse a contemplar la antigua arena sin ninguna emoción

histórica; inclusive empecé a fantasear el gusto que me daría demoler el edificio y hacer una pista de baile. Pero no se puede acabar con el Coliseo para molestar a François, quien tiene en su estudio una venerable maqueta.

Al regresar su padre al hotel, René le contó con una sonrisa cándida:

—Papá, hoy fuimos a una exposición de gatos.

François me miró para que yo aclarara; no me atreví a decirle que se trataba nada menos que de su ruina preferida. Por ello fingí mal humor y dije:

—Toda Roma es una exposición de gatos.

Intervino René.

—No están en todas partes, sino en el fondo de ese edificio redondo que está no muy lejos del palacio blanco.

Me levanté de la mesa con un pretexto. No iba a escuchar los reproches de François porque no le había explicado a mi hijo dónde estábamos, ni iba a escuchar su propia exposición didáctica. Al diablo los dos.

Después de este incidente llegó la carta para François. Pregunté en la administración porque esperaba un cheque que mi madre me había prometido antes de salir de París y lo deseaba con impaciencia, pues eso me permitiría tener una cuenta propia para gastar en bagatelas sin darle razones a nadie. Es curiosa la situación de haberse casado con un hombre rico incapaz de oponerse a mis gastos pero que los juzga en una cierta forma que me hace desear no haberlos hecho. Por supuesto, no era así antes, empezó después del nacimiento de René.

Llegó la carta, la metí en mi bolso y esta vez fuimos a Villa Borghese. René caminaba muy distraído hasta que llegamos a un teatro de títeres rodeado de abundante público de niños y niñeras. En cuanto René lo vio se paró como si hubiera echado raíces y no hubo manera de arrancarlo de allí a pesar de no entender el texto, que sospecho debe de haber sido sumamente vulgar por el tipo de risa de los adultos y la misma representación: un policía y muchas bofetadas.

René no reía pero gozaba. Nunca me preguntó cómo funcionaba aquello y cuando yo, recordando el episodio del Coliseo, quise decírselo, me interrumpió con mucha descortesía.

—Mamá, no me deja usted oír.

—Pero si no entiendes.

—Entiendo más que usted.

Se merecía una reprimenda y actuaba con mala intención porque sabía que nada iba a hacerle en medio de tanta gente. Me limité a callar y a apretarle con fuerza una mano que él retiró inmediatamente. Ninguno de mis otros hijos ha sido así.

Pero yo pensaba en la carta y de vez en cuando metía la mano en mi bolso para tocarla. ¿Se la daría? Algo me decía que lo mejor era romperla y tirar los pedazos, porque François, aunque supiera que la había recibido, no se atrevería a reclamármela... pero si eso ocurría, si se enteraba por la administración, ¿qué importancia tenía romperla?

Lo único bueno hubiera sido que él no sospechara que la carta había llegado, lo cual no era posible porque... él escribió primero para enviar la dirección. Por supuesto. Qué tonta. François estaría esperando esa carta con angustia y jamás me perdonaría si no se la entregaba.

Fui a sentarme en un banco desde donde podía ver el cuerpecito tenso de René y saqué la carta. Conocía aquella letra derecha y clara, con todas las vocales redondeadas y como sensuales. Detrás del sobre delgado se sentía algo que debía de ser una flor. ¡Qué ganas de llorar! Por no haber sospechado en tanto tiempo que a François le gustara recibir una carta con una flor, por no habérsela enviado jamás. ¡Qué poca imaginación debo tener para no haber pensado una cosa así! Me sequé los ojos con mi pañuelo y tuve resentimiento al recordar mis regalos: un reloj, una carpeta, un portafolio... y pude regalarle una flor. Apreté los dientes cuando se me vino a la cabeza que en una ocasión inclusive le había regalado una mecedora. Qué falta de tacto.

Terminó la función y todos se dispersaron, menos René. Quiso ver cómo desmontaban el teatro y cómo un hombre envolvía los títeres en papel para después guardarlos en una caja. Cuando se fueron, vino a sentarse junto a mí.

—René, ¿no quieres que te compre unos títeres?

—¿Los venden? —dijo con seriedad.

—Por supuesto y el teatro también.

—Qué lástima.

Me puse impaciente.

—Creí que te gustaban.

—Sí, pero si me los compran no podré verlos ni oírlos desde enfrente. Manejarlos debe de ser muy difícil.

Callamos de nuevo, René se levantó.

—Bueno, vámonos.

Lo miré con cuidado. Estaba tomando la costumbre de hablarme con una autoridad que yo no sentía precisamente como falta de respeto aunque en el fondo lo fuera, sino como cansancio, como ira, como fastidio. Casi decidí allí mismo tomar una niñera... para no terminar dándole de nalgadas en un café o en una plaza.

Cuando llegamos al hotel ya estaba su padre esperándonos en el vestíbulo, leía el periódico. René corrió a saludarlo y él lo besó en la frente. Fuimos al comedor y yo estuve a punto de retrasarme para devolver la carta a la administración y que allí se la entregaran directamente. Era imposible, era ridículo.

Nos sentamos y empezaron a servirnos. René se atiborró con mucha prisa porque tenía prohibido hablar durante las comidas, al terminar le dijo a su padre:

—¿Verdad que no todo lo que se ve debe comprarse?

—¿Qué quieres decir?

—Que hay cosas que sirven para ver, no para tenerlas.

—Sí, en efecto.

René me miró triunfalmente y yo sentí que me sudaban las manos en espera de su próximo comentario. François estaba muy distraído.

—Papá...

Lo interrumpí. No es posible que un niño de seis años arruine momentos que ya de por sí no son los más cómodos del mundo.

—René, vamos arriba porque papá tiene que leer una carta.

La saqué y se la di. En seguida tomé la mano de René y lo empujé hacia el elevador.

—Tú y yo vamos a dormir la siesta.

No vi la cara de François cuando le di la carta. Ya la conozco y otras también. No subió al cuarto a buscar su portafolio que había dejado sobre una silla, esa tarde no iría a las bibliotecas, caminaría por Roma en primavera, escribiría su respuesta en una plaza y le echaría adentro quién sabe cuántos ejemplares botánicos.

Nosotros volvimos a ver los títeres por puro cansancio. Yo sabía que mientras él los contemplara estaría ajeno a mí y a mis pensamientos. Él se comportó igual que en la mañana y luego me dio las gracias por haberlo llevado de nuevo. A veces, puede ser un niño muy gentil.

Regresamos al hotel y François no estaba; después de la cena, ya en su cuarto y al desvestirse, René comentó:

—Papá no vino porque está leyendo su carta.

—¿Te parece?

—Claro. A veces, en París, papá recibe cartas y se queda mirándolas horas enteras.

—Pues sí.

Como si yo no lo supiera, como si no supiera dónde las guarda y no imaginara lo que dicen. La humillación que me reservo es la de leerlas. Eso no lo haré nunca.

Hice que René rezara y fui a mi cuarto a leer una novela. A las doce de la noche cerré el libro y traté de dormirme; antes de lograrlo oí entrar a François, quien sin hacer ruido se desvistió y se metió en la cama de junto. Suspiraba entre sueños.

No era posible actuar como si algo hubiera cambiado, porque de hecho todo seguía igual, igual que hace tres, tal vez cuatro años, cuando François era todavía un caballero. Entonces hubiera sido incapaz de hacer un comentario como el que le escuché posteriormente no sólo en voz alta sino en una reunión familiar.

—Las esposas piensan que las otras mujeres seducen a sus maridos y la verdad es que, cuando esto ocurre, ya hace años que los han perdido.

Recuerdo mi reacción con una gran claridad, como si fuera ayer. En primer lugar, no caí en la cuenta de la primera parte de la frase cuyo significado pasé por alto; de la segunda entendí la palabra «perdido» y esto me produjo una fuerte indignación. Perdido... como si fuera un llavero. Tuve resentimiento y lloré por haberme casado tan joven, por haber traído al mundo cuatro hijos, por haber entregado toda mi vida sin siquiera medir el tamaño de mi decisión. Perdido, perdido, perdido. Tan perdido

como mis fantasías, mi capacidad de imaginar y de sentir cosas hermosas.

—No es que fastidie a François —pensaba—, es que François me fastidia. ¿Cómo puedo ser una mujer divertida y atractiva si él me aburre?

Ah, porque eso es verdad. Este hombre, desde que nos casamos, ha leído más de un millón de libros y me ha hablado horas, horas, de cosas por las que no he logrado interesarme. Cada vez que quería contarle algo, confiarle un deseo, simplemente contarle un sueño, me interrumpía para hablarme de una guerra o de una casa real.

Ahora ya no lo hace, yo lo siento porque tampoco habla de ninguna otra cosa, pero en el fondo se lo agradezco; aquellas narraciones insoportables me hacían clavarme las uñas en las palmas de las manos de impaciencia, de cansancio, era como si me hubieran encerrado en una cárcel parlante con los ojos vendados. Las mujeres pierden a sus maridos años después de que ellas ya no los soportan.

Así era hasta que supe que estaba enamorado. Este cinismo de estar enamorado no puede perdonarse. Más tarde supe de quién. No voy a hablar de ella ahora, pero sé que a ella no le contaba la historia del mundo, ni se atrevía a cansarla, ni le exigía que tuviera hijos. ¿Por qué? Porque se trata de una cosa injusta y en el mundo eso no tiene nada de notable, más bien es normal.

Después de la llegada de la carta, René y yo seguimos paseando por las mañanas y por las tardes. Yo estaba distraída y lo sabía, como sabía que René, a causa de mi depresión, iba creándose una independencia de juicios y de actitudes que culminó una tarde: desapareció del hotel y nadie pudo darme indicación alguna de la hora de su salida o del posible sitio en que se hallaba.

Tuve un inmenso terror de lo que diría François si se enteraba y por ello no me decidí a poner en movimiento al personal del hotel, lo único que hice fue preguntar con cierto recato en la administración y a la camarera, quienes negaron haberlo visto ya con la alarma en los ojos como si fueran a salir gritándolo por toda Roma. En seguida añadí sonriendo:

—Debe de haber salido con su padre mientras yo dormía la siesta.

Se tranquilizaron porque François no había comido con nosotros y en consecuencia nadie estaba al tanto de su salida.

Me eché a la calle en busca de René. Caminé rápidamente por las cuerdas cercanas al hotel, pero de pronto, Roma me pareció una ciudad excesiva como una selva imposible de revisar paso por paso; en esta ciudad un niño era como una moneda o una alhaja. Sentí que mi cabeza escapaba a toda lógica posible porque no llamaba a mi marido ni avisaba a la policía, que era una loca. No podía hacerlo. Nunca encontraré las palabras para decir lo que me pasó esa tarde. La idea de un desastre absoluto me impedía hacerlo y también seguir buscando. Me senté en un banco en una plaza, cerca de otras mujeres que tenían sus hijos a su lado y pensé en huir en forma frenética y repetitiva.

Debía ir a la estación, tomar un tren cualquiera y esconderme en un sitio hasta que François olvidara que René se había perdido...

Luego me di a vagabundear, ya bastante lejos del hotel, sin fijarme en nada, sin ver si René era uno de los niños que jugaban en grupos. Había desaparecido para siempre, ¿para qué buscarlo?

Oscureció sin que yo supiera cómo, vi mi reloj, eran las ocho y media de la noche. Nada me importaba, nada, y por ello tampoco François, sus miradas, sus palabras, el doble amor que ahora sentiría por la mujer aquélla. Volví al hotel.

En el comedor estaba René cenando con su padre. Me acerqué a la mesa como si fuera a decirles algo y luego di la espalda y me retiré a mi cuarto con la imagen de sus rostros observadores y especulativos muy presente. Yo los odiaba y no podía decirles nada.

François acostó a René, esperó que se durmiera y después se colocó frente a mi cama, muy gentil, como si estuviera por dar una conferencia.

—De mañana en adelante, René saldrá con una niñera. Ya lo tengo arreglado.

Me senté en la cama.

—¡Imbécil! —grité.

François hizo un gesto que significaba que mi opinión no tenía mayor importancia mientras no la expresara en voz tan alta. Seguí gritando y él me dejó hacer. Ya nada tenía perdón, nada de lo que hiciera tenía el más pequeño, el más simple perdón. ¿Para qué esforzarse?

Al día siguiente me levanté tarde y sin preguntar por René salí a la calle después de desayunar en mi cuarto. Fui a un museo que por fin pude ver tranquilamente y luego no me atreví a comer con François; busqué un lugar que me pareció serio y me quedé allí, sola, un rato, un rato largo. Volví al hotel muy cansada y me metí en la cama, reflexionando en lo espantoso de no poder enfrentarme a mi marido y no querer ver a mi hijo: varias veces estuve tentada de entrar a su cuarto pero me lo impedía una violencia como si fuera a gritarle o a pegarle a la menor provocación y no pudiera arriesgarme a caer en eso porque si lo ya hecho me parecía malo, esto hubiera sido una especie de corrupción. Me hice el propósito de verlo a la mañana siguiente.

En cuanto a su padre, era distinto, llegó tarde y me fingí dormida. No se me ocurría nada ni encontraba un verdadero motivo para tomar una actitud. ¿Qué ganaba con poner los medios para una reconciliación? Este viaje ya era una reconciliación porque antes de hacerlo habíamos pasado seis meses enteros sin hablarnos más que en público. El plan inicial era que él viajara solo y yo esperaba con alivio el momento en que pudiera vivir sin tensiones, con mayor libertad de visitar amigos y amigas, con la posibilidad de imaginar que mi vida sería incompleta pero pacífica. François me invitó a última hora... tal vez porque pensaba que los tres juntos podíamos reconstruir un estado de cosas que nos permitiera vivir como todo el mundo que está casado y tiene hijos. François se mostraba amable y aun encantador aunque no podría decir cariñoso; me tomó del brazo varias veces con intimidad, por ejemplo; también me regaló un maletín de viaje muy bonito.



En el tren se echó todo a perder, por culpa mía. A lo largo de los años, cuando son muchos, se crean costumbres que toman fuerza como si fueran sentimientos y la mía, inveterada e inevitable, es el fastidio. François se puso a contarme durante el viaje el tema de sus trabajos romanos y me aburrí más que nunca: se me cerraban los oídos y no entendía de lo que se trataba, me lloraban los ojos... François calló de pronto y no volvió a hablar más de lo estrictamente necesario, también él tiene ya reacciones antiguas e invariables, tampoco puede nacer de nuevo.

Fui a saludar a René por la mañana, como me lo había propuesto y me recibió encantado, después me contó que la tarde de la aventura se la había pasado jugando en el patio de una casa cercana, con unos niños que lo invitaron a entrar.

—Tú sabes que no debes salir sin permiso.

—Sí, pero hace mucho tiempo que no me divertía.

Lo comprendí muy bien porque lo mismo me pasaba a mí.

—No vuelvas a hacerlo.

—No. Ahora está aquí Giuliana que me lleva a los lugares donde las niñeras llevan a otros niños.

Giuliana era la niñera. Una romana vulgar, gruesa e irónica, quien desde el principio me fingió una sumisión lo suficientemente forzada como para que yo cayera en la cuenta de que me imaginaba inútil y casi idiota. Además, necesitábamos intérprete para lo muy poco que yo quería decirle. René la trataba con amistad y un cierto respeto muy suyo: no significaba más que el hecho de plegarse a una situación determinada; esto me puso contenta, no hubiera podido soportar que le demostrara cariño a Giuliana, no se lo merecía.

Cuando volví a mi cuarto para vestirme reflexioné en que estaba más sola que nunca, con esa soledad que no disipa un paseo o escribir una carta. Yo no era François para escribir cartas, yo era yo misma.

Me hubiera gustado tenderme en mi cama a leer novelas, pero resultaba un estorbo para el personal del hotel y no quería descubrir esta depresión a François por orgullo, por el último resto pequeñísimo de orgullo.

Salí de mala gana ya sin saber adónde ir. Odiaba Roma. No podía encontrar belleza en su arquitectura y menos aún en un pueblo que se expresa con tanta vitalidad; odiaba sus rostros hermosos, el exhibicionismo con que se muestran, el desparpajo de sus movimientos, su desenvoltura al hablar en voz alta. Fui a otro museo y esta vez no me interesó nada. Traté de hacerme la ficción interior de ser una turista solitaria que camina por una ciudad con motivos objetivos y sencillos; no pude. Pero no regresé a comer, la pura idea de sentarme frente a mi marido a masticar pasta me revolvía el estómago, lo mismo la certidumbre de que mis nervios estaban tan alterados como para hacer una escena. Otra. Probablemente con el mismo resultado. Envié tarjetas postales después de la comida, muchas, a mis hijos y a mi madre, a mis amistades, en todas alababa la belleza de Roma con una insistencia enloquecedora, pero ¿qué decir? Hablar de mi hijo después de lo ocurrido me parecía

vergonzoso.

Estuve a punto de escribir una tarjeta así:

«Hace días se me perdió René, y yo fui a sentarme a un lugar apartado para reflexionar mientras alguien lo encontraba.»

No. Estaba enloqueciendo. Me compré tres novelas y regresé al hotel, para enterarme de que René ya había salido con Giuliana. Tuve ganas de verlo y de besarlo, de meterlo en mi cama como si fuera un recién nacido, con esa confianza especial que se tiene con un bebé... aunque él, desde hace años, tenga esa cosa alerta que prohíbe la confianza. Ojalá hubiera tenido a algún otro de mis hijos, a Elène, que es tan dulce y tan suave y se deja mimar sin hacer preguntas. Imposible. Me sumergí en el libro en turno con el abandono de un suicidio; leer, leer para no sentir, para no pensar, para no estar viva.

François dejó de venir a comer. Ya no era necesario ir a la calle y quedarse allí, sin ganas. Una tarde volvió para preguntar en la administración si había llegado el correo, esperaba otra carta con ansiedad. No se quedó, miró distraídamente hacia el comedor y salió a la calle.

Los amores de las personas que debieran amarnos siempre nos parecen viles, nada peor que el amor de François, nada más pequeño y nauseabundo. Recuerdo la primera vez que la vi. Rubia, fuerte, vestida de lila, con la especial sumisión de las mujeres alemanas frente al hombre que han escogido: no importa tener la piel rojiza y las facciones toscas, lo que importa es la mirada ardorosa y entregada. No es joven, tampoco. Y otra cosa que me produce una repugnancia especial: su amor por François nace de una gran admiración intelectual y el de él, nace de sentirse admirado. Una pareja de cisnes. El tipo de pasión que las mujeres como ella jamás sienten por su propio marido, matizada también por la altanería de amar un hombre que no les pertenece. El propio no tiene interés alguno, nada más es un hombre de negocios.

La vi hablando con François en una librería. Nadie necesitó advertirme, darme un consejo; los miré a la cara y la de él no era la que yo conocía. Había una cosa rendida, una renuncia que no se haría vigente mientras él pudiera evitarlo; miraba a aquella amazona como si fuera una imagen exquisita. Yo sentí el desprecio, el rencor de haber vivido tantos años al lado de un hombre que no me había mostrado su rostro.

Después lo vi muchas veces, como si París no fuera una gran ciudad sino un laberinto donde las personas se encuentran inevitablemente, y es que en París, como en cualquier parte, florecen las cosas ocultas y se desbordan; nadie puede guardar un secreto. Ni ellos podían esconder la necesidad de estar juntos ni las pretensiones que los empujaban a encontrarse en lugares públicos. ¿Cuánto tiempo así? Años, dos, tres años. No podía menos de imaginar el placer que sería para François recorrer Roma con ella, explicarle los museos y llevarla a los palacios seguro de su atención bovina, del valor incondicional que ella daría a cada palabra suya; esa manera didáctica de expresarse que yo no resisto se había convertido en su mayor cualidad gracias a ella... y en mi peor defecto. ¿Cuánto duraría esta farsa vergonzosa? ¿Este lamerse

como perros, este saborearse?

¡Dios mío, cómo odio el amor y qué estúpido me parece!

Sin embargo, leyendo aquella novela, lloré de amor. En esos días, sentía que mi persona se multiplicaba con cada sentimiento. Mis desprecios no eran reales porque se aplicaban a unos casos y a otros no, todo era mentira, pero una mentira que yo no dije nunca y que estaba viviendo forzada por las circunstancias.

Llegó el cheque de mi madre y todo seguía igual, ya no me interesaba gastarlo. Daba lo mismo que saliera a la calle o no; François no se dejaba ver y René estaba feliz en el mundo que le había abierto Giuliana, hasta empezó a decir palabras en italiano. Una noche me dijo:

—¿Usted ya no sale a la calle?

—Estoy cansada y prefiero leer.

—¿O es que ya no tiene dinero para comprar cosas?

—No, René, no es eso.

—Qué raro. Bueno, una de estas tardes la llevaré de paseo.

Lo dijo como si fuera una gran concesión. Con René no podía hacerse lo mismo que con otros niños: jugar con sus comentarios o hablar siempre en broma, porque es terriblemente serio... teniendo en cuenta que su carácter es muy poco serio. Bien, a eso habíamos llegado, a que mi hijo pequeño me ofreciera como un sacrificio su compañía distraída de mí y concentrada en tantas cosas que resultaban ya ser suyas como los parques, las plazas, los títeres mil veces y las casuchas donde sin mi permiso lo llevaba Giuliana. Esto último me hubiera enfurecido en una situación normal y en París hubiera sido impensable, pero ahora algo más que la indolencia, una profunda nerviosidad, me impedía intervenir.

A Giuliana yo no podía hablarle en mi idioma y me costaba mirarle la cara redonda, los ojos maliciosos que no dejaban de decirme cuánto me conocían, todo lo que sabían. Y este «todo» era que, en el fondo, no me importaba a dónde llevara a mi hijo. En una ocasión entró a mi cuarto y vio con sarcasmo el cerro de novelas junto a mi cama, como si fueran pornográficas. Así tal vez las miraba François... las escondí en seguida y dejé fuera solo la que estaba leyendo.

En algún sentido, era cierto que aquellas novelas resultaban inmorales por despertarme nostalgias de cosas no conocidas y necesidades psicológicas imposibles de satisfacer. Cuando esto había sucedido otra vez, me vi en la necesidad de consultarlo con el Padre Jean.

—Laura, mientras usted no sea dueña de su alma, todo cuanto haga le resultará inquietante. No culpe a las novelas, lo mismo sería un bordado o un juego de cartas, reflexione usted.

Yo, en cambio, tenía la sensación de que todo esto pasaba porque mi alma me pertenecía por demasiado tiempo y no había quien compartiera sus expresiones. En Roma, casi hubiera hecho un pacto con el diablo si él me hubiera prometido llevarse mi alma en esos instantes y devolvérmela cuando yo ya no tuviera cuerpo.

El caso es que una noche me dormí de pronto y tuve un hermosísimo sueño, de amor, un sueño en que yo era besada y acariciada íntimamente por una entidad desconocida que me hacía gozar al infinito. Desperté a medias y me vi vestida de Lila, al lado de François, transfigurada de amor y de deseo, caminando por Roma convertida en un pasadizo de belleza para llegar a una consumación apasionada y violenta.

Cuando desperté por completo tuve un ataque de ira. ¿Qué me pasaba ahora? ¿Tenía envidia de la amante de François? ¿De esta alemana burda con aspecto de panadera? Sentía el cuerpo sudoroso y excitado. ¿Qué hacer con este cuerpo? Me dirigí al cuarto de baño, llené la tina con agua helada y me metí en ella sin vacilaciones para que el cuerpo se volviera de nieve, de madera, de lo que fuera. Allí, en ese instante, fui dueña de mi alma.

No sé cuánto tiempo estuve en el agua, pero decidí volver a mi cama porque la frialdad empezó a provocarme un sufrimiento físico parecido al del fuego. Estaba quemándose en una hoguera fría, estaba a punto de morir.

Me metí en la cama y antes de recobrar el calor, cerré los ojos y me dormí. Todo cambió, lo único que hacía era moverme debajo de las cobijas, con una gran suavidad, casi a milímetros y la tibieza era reconfortante, no lasciva, era cómoda y no voluptuosa.

Luego, no pude despertar. Tenía bronquitis y una fiebre tan alta que ni siquiera coordinaba mis ideas para preguntar qué hora era o quién estaba conmigo y hablarle. Eso es lo único que puedo asegurar: no hablé. No dije a nadie lo que pensaba o soñaba, no expresé en delirio la cantidad de imágenes que tenía en la mente y que a ratos eran notablemente agradables o significativas. Siempre se trataba de caminatas por lugares hermosos, del brazo de François y vestida de lila; siempre terminábamos en cabañas entre los árboles, hoteles campestres o lugares de descanso en la playa. Siempre hacíamos el amor con una fuerza y una verdad muy distantes de nuestra vida, no sólo como es ahora, sino como lo fue antes. Hasta entonces no había apreciado lo exquisita que puede ser una enfermedad; ésta duró mucho, mucho, porque yo quería que se prolongara y era feliz en ella.

También tenía alucinaciones de colores. A veces, me pasaba toda la mañana hundida en el amarillo o en el azul sin angustia de ninguna clase, al contrario, con la dicha tranquila de quien forma parte de un paisaje.

François llamó una enfermera que me cuidaba de día y de noche; recuerdo sus manos, no hablaba, no hacía ruido, tal vez no dormía. Cuando estuve en mis cinco sentidos vi que era una monja y también vi a François: Había adelgazado, representaba muchos años, tenía ojeras y tampoco hablaba.

Yo guardaba silencio porque aunque ya no tenía fiebre sentía una indolencia muy especial, una falta de motivo para hacer o decir algo, todo me parecía carente de importancia. Sin embargo, lo miraba mucho y por primera vez desde hacía años tuve por él una compasión intensa; no cootaba que sufriera por mí, por la otra o por las

dos, había hecho de su vida algo muy complicado cuando ya no tenía la vitalidad nerviosa para resistirlo. Él, que era la disciplina misma, cayó en el más absoluto desorden: seguía dando sus clases por las mañanas pero regresaba al hotel mucho antes de la hora de comer y se quedaba sentado en un sillón del cuarto sin leer, observándome, pensando yo no sabía en qué cosas. ¿Se habían acabado las bibliotecas romanas y los manuscritos valiosos?

Cuando pude valerme a mí misma, François retiró a la enfermera y nos quedamos solos. René venía a visitarme dos veces al día y observé que había ganado peso y presentaba un aspecto más saludable que nunca; lo que perdía en educación lo aprovechaba en fuerza física. Pero estábamos solos y nos hablábamos para decírnos lo indispensable. François se hacía traer las comidas al cuarto y me servía con suma gentileza, aparte de la confianza que me demostraba al no querer ocultar su abandono; jamás tomó un libro para distraerse o para simularlo, estaba allí, absorto, y eso era todo.

Una noche, después de retirarme la charola de la cena se quedó sentado, muy quieto, en la orilla de mi cama; yo le extendí los brazos y él se dejó abrazar largamente, hasta que caí en la cuenta de que lloraba. No iba a decirle palabras de consuelo, no las tenía, pero lo acariciaba porque estaba a mi lado aunque llorara por una razón diferente. Su llanto duró mucho, el amanecer me tomó despierta con su cabeza sobre el hombro, segura de que, ahora que callaba, tampoco dormía. Yo, de vez en cuando, lo besaba en la frente; era una forma de estar juntos, no la más perfecta, pero la única accesible en ese momento.

Luego, durante el día, cabeceaba en el sillón sumergido en un cansancio infinito que parecía ser su única forma de descanso. No decía nada.

Días más tarde, el médico dijo que yo debería salir a la calle por las mañanas, ya no había peligro y la temperatura era excelente. Salimos cuando él terminó su clase y fuimos a caminar por las calles de Roma, que ahora resplandecía. Me sostenía del brazo con sus manos fuertes y duras, pero al poco rato, tuve la impresión de ser yo quien lo guiaba, porque él no veía nada, ni los automóviles; era como un anciano ciego. Evitaba muy especialmente visitar monumentos para no despertar ni poner en funcionamiento sus hábitos didácticos; íbamos a las plazas, nos sentábamos cerca de las fuentes, comíamos en restaurantes caros... a veces íbamos de compras y él insistía en que adquiriera alguna bagatela, pero yo no podía hacerlo por lealtad: si él no me llevaba a los palacios ni a los museos, yo tampoco podía comprar sedas y curiosidades.

Una tarde, François dormía y entró René a despedirse antes de salir a la calle con Giuliana. Le hice señas de que hablara en voz baja.

—Has tenido una gran suerte en enfermarte. Antes nunca veías a papá y ahora se pasa el día contigo.

—Si lo ves así, ha sido una suerte.

Me miró con los ojos brillando de malicia adulta.

—¿Tú no lo ves así?

—Yo sí.

Me seguía viendo sin dejar de sonreír y como si fuera a añadir una cosa más precisa; no lo hizo, soltó una corta carcajada que sofocó a tiempo y salió sin besarme.

Este hijo mío estaba despreciándome. Pero no era eso todo, era que tenía razón. Haberme enfermado era una suerte... hasta cierto punto, porque François no era el mismo que había llegado a Roma. Que estuviera a mi lado era una fortuna, pero para él era tal vez una desgracia. En un principio hubiera querido que fuera más explícito, saber por su boca y con sus palabras el sentido que tenía esta reconciliación, luego preferí ignorarlo porque nosotros dos ya no podíamos comprometernos con palabras.

Antes de salir de París habíamos tenido una reconciliación verbal. Yo había dado por descontado que me quedaría y que este viaje no era sino un pretexto para encontrarse con la otra mujer en Roma, más libremente, viviendo quizá en el mismo hotel. Hasta cierto momento, hubiera jurado que ésos eran sus planes, luego faltó una noche a casa y al día siguiente fue directamente a mi dormitorio para decirme:

—Laura, quiero que vengas conmigo a Roma.

No supe qué contestar de lo sorprendida que estaba.

—¿Y... René?

—Vendrá con nosotros. Quiero que hagamos un viaje agradable, sensato...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que te llevo para estar a tu lado en buenas relaciones.

Estuve a punto de rehusarme; la proposición no sólo era de una gran frialdad sino que tenía algo de impositivo, de humillante. Acepté. Sin tenerlo muy claro, era por algo que me había dicho el Padre Jean.

—Cuando él la necesite no lo abandone. Es su deber.

Era probablemente mi deber y más que eso el deseo de separarlo de la otra. Si yo estaba, la otra quedaba excluida. Claro, cuando llegó la carta supe que su presencia física no era indispensable para hacerse sentir igualmente y me vi burlada. ¿Para qué me había traído?

Ahora no iba a preguntárselo. El hecho es que algo había cambiado en esta estancia, algo esencial. ¿Mi enfermedad? No me hacía ilusiones, en París podía haberme enfermado mil veces sin ningún resultado; hasta llegué, a avergonzarme de estar viva y de sentir contento, porque adivinaba que, si muriera, François se sentiría mucho mejor.

Aparte de los cambios mencionados podía verse que François no ocultaba el desinterés que le producían las actividades de René. Lo veía ir y venir con Giuliana como si aquel niño fuera un extraño. En cuanto a nuestros otros hijos era yo quien llevaba la correspondencia y él, que a menudo revisaba sus cartas, dejó de hacerlo sencillamente, sin explicaciones. Esto era notable por que una de sus características constantes, aún al principio de nuestro matrimonio, fue una gran desconfianza hacia mí en cuanto a los niños se refería: primero por mi juventud, luego sin duda, porque

me juzgaba irresponsable. Ahora los niños estaban en mis manos y entregados a mis recursos.

Una mañana, cuando ya estaba casi restablecida, no se presentó Giuliana a buscar a René y François, al regreso de su clase, nos encontró en el vestíbulo, listos para salir. No mostró incomodidad alguna, ni hizo notar que lo lamentaba, muy al contrario, se puso a conversar con él mientras caminábamos un poco al azar. René se veía contento, pero no entusiasta, la ausencia de Giuliana era una decepción.

—Papá ¿a dónde vamos?

—A caminar. ¿No te gusta?

—Sí, pero Giuliana siempre sabe a dónde va.

François rió suavemente.

—Ésa es una característica de Giuliana.

René no contestó. Ahora sus conversaciones tenían algo de legítimo que no me angustiaba. Tal vez porque si decía algo fuera de lugar, la culpa sería de la niñera y no mía. A poco rato dijo René:

—¿No sacó usted su cámara fotográfica?

—No. ¿Quieres tomarte un retrato?

—Quiero tomar un retrato de un lugar que está cerca.

—¿Es bonito?

René vaciló largamente y luego añadió, cuando ya pensábamos que estaba ocupado en otra cosa:

—¿Quiere que se lo enseñe? No queda lejos.

François me consultó con los ojos, yo accedí.

—Bien, enseñámelo. Si vale la pena, otro día volveré con la cámara y tomaremos una fotografía.

Se puso contentísimo, empezó a caminar más de prisa y a tironear la mano de su padre.

—No es bonito —advirtió de pronto con cierto recelo de que nos pareciera lo contrario—. Es... me gustaría poder acordarme de él porque es... ya lo verá usted.

Se expresaba con una cierta dificultad poco normal en él, pero quería decir algo más complicado de lo que le permitía su vocabulario.

Llegamos a la zona arqueológica y se me ocurrió que René se dirigía al mercado de Tarquino; no era así, iba más lejos y no quiso detenerse a mirarlo aunque François, por un reflejo profesional, había empezado a caminar más despacio. Mientras nos acercábamos al Coliseo, más sospechas entretenía de que la elección de René no sería feliz. No pensaba que este paseo reviviría el incidente anterior, sino que provocaría otro nuevo más triste, con peores consecuencias. François me preguntó:

—¿Está usted cansada?

—No.

Sonreí, no estaba en mí evitarlo. René se veía demasiado serio, demasiado decidido para pasar por alto que alguien frustrara sus intenciones.

François miraba todo aquello con una cara de pronto intensa y soñadora que me dio miedo. Sonreía levemente, se veía distante y con el alma en un sitio que podía ser el pasado de Roma o su propio pasado.

René no se dirigía al Coliseo y muy pronto vi que su atención estaba en el Foro Romano. Nos acercamos y René se metió entre las piedras con familiaridad, luego se sentó en una de ellas y mirando a su alrededor le dijo a su padre:

—Aquí es.

Estaba tan pequeñito, tan frágil y tan importante sentado en su piedra, que emocionaba. François veía el cielo y las ruinas. René siguió:

—¿Ve usted? Todo es muy viejo... pero tiene colores.

Eso era lo que sentía su padre, los colores. Ningún cielo puede ser tan azul cuando se lo propone. François estaba muy lejos, veía hacia todas partes, se movía con la agilidad de quien ha visitado muchas ruinas. Repentinamente, se detuvo frente a René y pronunció muy despacio, muy claro:

—Tu, Iuppiter, qui isdem quibus haec urbs auspiciis a Romulo es constitutus, quem Statorem, huius urbis atque imperi vere nominamus, hunc et huius socios a tuis ceterisque templis, a tectos urbis ac moenibus, a vita fortunisque civium omnium arcebis et homines bonorum, hostis patriae, latrones Italiae...

René aplaudió. El ruido sacudió a François que se cubrió la cara con una mano: lo poseía una vergüenza profunda, podía verse su piel enrojecida y sus ojos cerrados. René estaba estupefacto, pero con una especial terquedad reflejada en el rostro.

—Siga usted por favor. Eso me gusta.

François se recobró.

—Tendrás que perdonarme, no me acuerdo del resto y... necesito irme.

René se puso en pie con más disgusto que alarma.

—Pero ¿tomará usted la fotografía?

—Te regalaré una que tengo en el hotel. Este lugar... ya le ha interesado a varias personas antes que a ti.

—¿Sí?

No sabía si alegrarse o no, pero el ofrecimiento de su padre bastaba para arrancarlo de allí. De lejos, se volvió a mirarlo.

—Volveré mañana con Giuliana. Me gusta.

François estaba hecho pedazos, algo muy hondo se había roto al principio de aquel discurso, de aquella emoción interrumpida por otro sentimiento tan fuerte, que ni siquiera tuvo fuerza para decirle a René dónde nos hallábamos. Éste era mi miedo anterior, el de enterarme cuánto y hasta qué punto François estaba herido, maltratado por dentro.

Al llegar al hotel François hizo como si fuera a la administración pero en seguida cambió de rumbo hacia el comedor; René advirtió su intención y le dijo en actitud servicial:

—¿Quiere usted que pregunte si alguien le ha escrito una carta?



François no se alteró sino que lo miró a los ojos como si fuera yo y no René, como si fuera el mundo y no René.

—Nadie me ha escrito y nadie volverá a escribirme.

Fuimos al comedor en silencio. René notaba que su padre estaba en un estado de ánimo especial, pero no hallaba a qué atribuirlo, pensaba que él lo había provocado y esperaba alguna reprimenda. François subió al cuarto un poco después y nos quedamos solos. En seguida me preguntó:

—¿Qué le pasa a Papá?

—No se siente bien.

—Casi no comió.

—No tiene hambre.

Hubo una pausa, René dudaba entre callar o decir lo que tenía en la cabeza. Por fin:

—¿Cree usted que se olvidará de la fotografía?

—No. Yo se lo recordaré.

Dio un suspiro de seguridad. Entonces, llegó Giuliana a contar una inmensa mentira en italiano que yo interrumpí para retirarme, haciéndole señas de que sacara a René cuando terminara de comer. François estaba en el sillón con los ojos cerrados y parecía dormir, yo me tiré sobre mi cama sin ruido a reflexionar en todo esto. François estaba solo y a mi lado porque nadie le escribía cartas y esta omisión era lo bastante destructiva no sólo para devolvérmelo, sino para matarlo. Allí estaba con sus cabellos blancos, muerto de abandono, aunque respirara profundo y su rostro estuviera en descanso.

René obtuvo la fotografía del Foro Romano. La miró con cuidado, largamente, luego la puso sobre una cómoda que podía verse desde su cama.

—Está bien —comentó como si él fuera un experto y algo le concediera al que la tomó, pero no todo.

La actitud de François hacia nosotros se había delineado más claramente; era amable pero desganado, estaba muy lejos del rencor pero mostraba un despego que podía resumirse en falta de interés general. Desde el incidente del Foro, comprendí algo más: había perdido también la pasión profesional y esto le dolía tal vez más que lo otro, porque si bien era de rigor que no mencionara a la alemana, tenía toda su vida puesta en leer, hablar, enseñar asuntos históricos y no podía hacerlo. Sólo con una gran disciplina se obligaba a proseguir y a terminar su curso pero el esfuerzo lo dejaba exhausto, pálido como si hubiera pasado días enteros sin dormir o como si hubiera desarrollado una actividad física devastadora. A su regreso salíamos a la calle y él insistía mecánicamente en ello; estaba convencido de que, aunque se quedara sentado en una silla, eso no significaba el descanso verdadero o que poco después estaría repuesto.

De noche, se metía en su cama por convencionalismo y allí se quedaba, quieto y sin fumar, con el aspecto de quien no busca el sueño sino la oportunidad de no

moverse, de no escuchar, de no ser interrumpido.

Pocos días antes de salir de Roma me anunció que quería hablar conmigo, yo me ruboricé de miedo a que fuera a hacerme una confidencia... Nunca sería como en otros tiempos porque yo ya no me sentía humillada, pero tampoco deseaba escucharlo por no saber qué actitud sería la conveniente. No se trataba de eso.

—Laura, deseo retirarme al campo. Quisiera comprar una casa lejos de París.

No me lo esperaba, no supe medir la magnitud de sus sentimientos y ahora me sorprendía, aunque bien visto tenía mucho de lógico.

—¿Va a dejar sus cursos en París?

—No puedo seguir adelante con honestidad, carezco de deseos de prepararlos y de concentración para darlos. Me dedicaré solo a la investigación.

Esto era mentira, su falta de energía era tan absoluta que no podía imaginármelo dedicado a estudios solitarios; cuando estaba solo se distraía y soñaba.

—Pienso que lo mejor sería mandar comprar una casa adecuada para no detenernos en París y llegar a ella directamente.

De manera que no quería estar en París ni un día, ni unas horas. París era muy cruel para François o sentía demasiada vergüenza de sí mismo y no quería dejarse ver.

Acepté con una gran calma fingida y luego, en un momento a solas, me di cuenta de todo lo que se esperaba de mí.

En primer lugar, debería estar lejos de mis hijos, pero éste era un alegato perdido porque ya no vivíamos con ellos y fui yo quien insistió en internarlos. En segundo viviríamos apartados de todos los amigos que formaban nuestro mundo social. En tercero, yo que me sentía tan sola al lado de François quedaba relegada a esa soledad por un tiempo largo si no es que para siempre. En resumen, François me pedía que renunciara a todo porque a él ya no le importaba perder nada y eso era injusto... pero el dolor que podían causarme mis renunciaciones no se comparaba con este suyo, que era la destrucción y el abandono. Tampoco podía engañarme con la idea de que esto era una reacción pasajera, François ya no tenía edad ni fuerza para recobrar sus intereses vitales.

Escribió a su administrador y recibió pronta respuesta; una casa en el Loire «con todas las comodidades a las que estábamos acostumbrados, bellamente amueblada y con un paisaje extraordinario». Me enseñó la carta y yo acepté de nuevo.

—¿Y René?

—René irá al mismo internado que sus hermanos cuando termine el verano.

Lo dijo sin darle importancia, ¿no se había hecho lo mismo con los otros niños? Esta vez era igual, aunque no para mí, no para mí. No discutí porque podía tomármelo a mal, podía sospechar que era un pretexto para quedarme en la ciudad.

Igual que a los otros, era necesario decírselo lentamente, ir preparándolo para que no fuera a resistirse o a pasarla demasiado mal durante los primeros días. Pobrecito René.

Una noche se lo dije simulando un gran entusiasmo; era bueno darle la impresión de que aquello era un suceso notable en su vida y él lo disfrutaría mucho. René torció la boca y me miró con desprecio.

—Iré al internado porque soy hijo de ustedes, pero saldré de él tan pronto como pueda, luego viviré solo haciendo lo que me dé la gana y sin verlos nunca.

No pude evitarlo y me puse a llorar. René estaba tan enojado como nunca lo había visto.

—¿Por qué lloras? Eso es lo que ustedes quieren: no verme. ¿Por qué no me regalan con Giuliana? Ella no manda a sus hijos al internado porque le gusta tenerlos cerca.

—Nosotros te queremos mucho.

—No es cierto —dijo con un cinismo y una amargura apenas concebibles en un niño.

—Sí es cierto.

—No me manden al internado.

—No es posible.

Se rió de nuevo.

—Ya lo sé.

Corrió a la cómoda y rompió en dos pedazos la foto: grafía del Foro Romano; buscó otra cosa que romper, pero se contuvo a tiempo y se metió las manos en los bolsillos. Tuve una reacción cobarde.

—Tu papá lo juzgó necesario.

—No es verdad. Los dos son iguales. Tampoco yo los quiero, no importa.

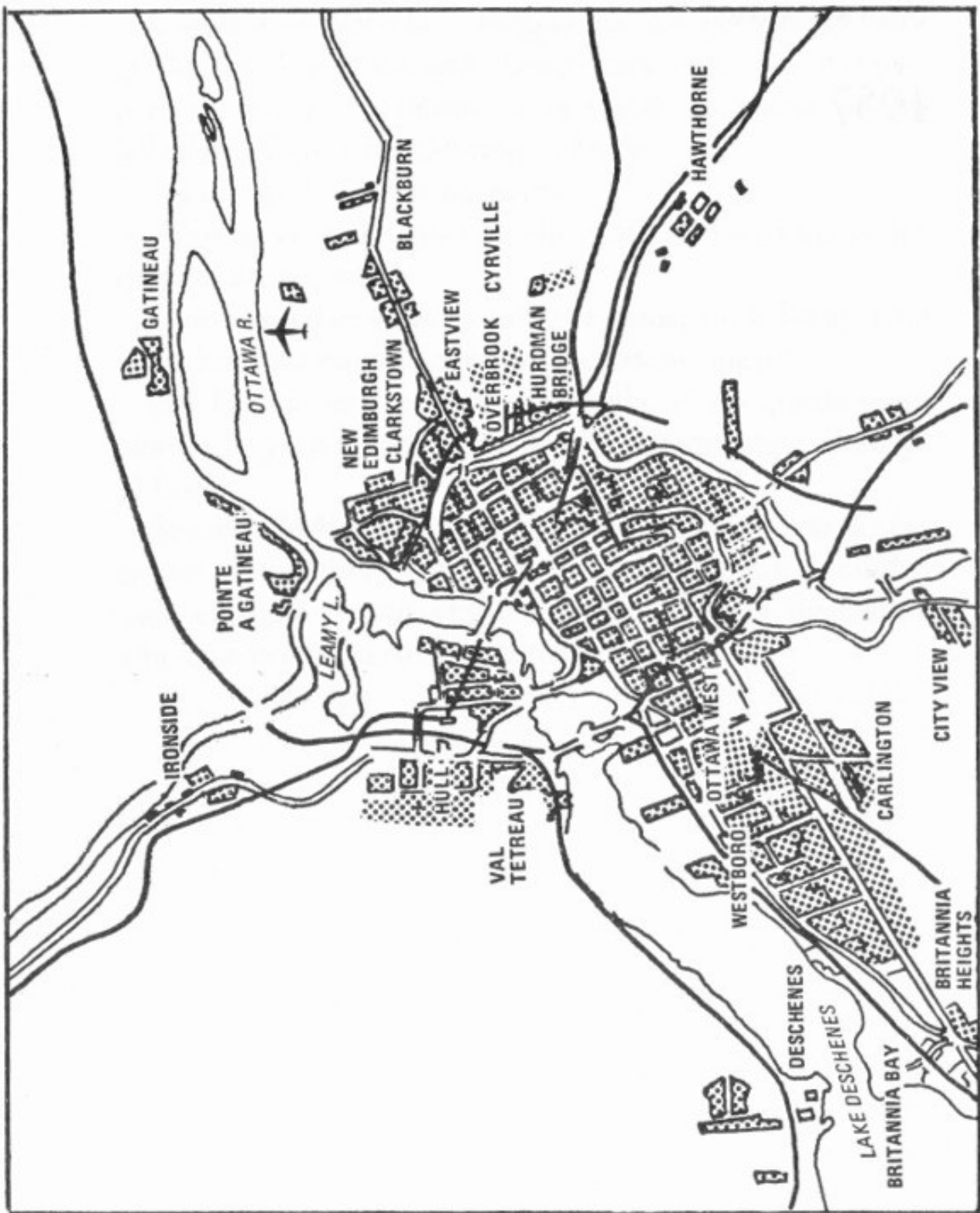
Con esta frase se echó sobre la cama, no a llorar, sino a madurar su enojo, como un muchacho mayor.

Así lo dejé, no podía decirle nada, él no quería escucharme y yo tampoco tenía buenos argumentos. Pero yo sí lloré.

Salimos de Roma sin tristeza y sin ilusiones, con la sensación compartida de que habíamos llegado a esta ciudad bajo el signo de un engaño y que ahora la dejábamos con una verdad terrible y duradera.

QUINTA PARTE

1957



Charlotte es de esas mujeres que impresionan a primera vista. Cuando la conocí no tendría más de veinticinco años; alta, muy buen cuerpo, vestida con habilidad y con un rostro expresivo que bajo ciertas luces alcanza momentos de gran belleza. Ya estaba casado con Monique, si no, juro que hubiera terminado casándome con ella porque es el tipo de mujer profesional, atractiva e inteligente frente a la que uno siente deseos de darle lo que sea, sobre todo a uno mismo... sin que ella se altere en lo más mínimo, ni siquiera para aceptar.

Pero no, lo único que ella quería era vender una serie de televisión que me pareció debía de ser maravillosa y me comprometí a colocársela inmediatamente. Cumplí mi promesa y debo confesar que pasaron años antes de que comprendiera algo sobre el trabajo de esta mujer: era adecuado, inclusive brillante, pero no era maravilloso. De cualquier manera, eso no tendrá importancia jamás tratándose de ella. También la llevé a cenar al departamento donde vivíamos entonces y Monique tuvo el acceso de celos más fuerte que le ha dado hasta ahora, sin exagerar. Cuando le pregunté lo que pensaba de ella, no supo decirlo con palabras, hizo un gesto de cara y de manos que reflejaba una gran indignación dirigida por entero a mí... por supuesto nunca han llegado a ser buenas amigas aunque se traten con amabilidad y con cierto afecto. La culpa es de Monique por no poder comprender que hay ciertas mujeres cuya psicología funciona mejor entre los hombres; con esto no quiero insinuar que Charlotte sea agresiva o coqueta, por el contrario, debajo de su presencia magnífica hay un espíritu irónico con ribetes masculinos que, como se ha visto, alarma o produce incomodidades a las otras mujeres. Charlotte nunca me ha decepcionado humanamente y en ocasiones he podido contar con ella más que con muchos amigos. Actualmente, gana casi tanto como yo y cuenta con un prestigio sólido entre los escritores de televisión.

A pesar de las reticencias de Monique, que es un modelo de cortesía sienta lo que sienta, Charlotte tomó el hábito de frecuentar nuestra casa con regularidad y ambos llegamos a acostumbrarnos a su presencia en diferente sentido: yo, a que fuera excepcional; Monique, a no tener celos.

—Esta muchacha viene a nuestra casa con el mismo sistema que muchos amigos que tenemos: para ver de lejos cómo es el matrimonio.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, pero es así. ¿No te parece?

—Sí.

Tenía razón Monique. Esto me lo dijo una noche, acurrucada sobre mi pecho, en uno de esos momentos en que, de pronto, se mostraba muy inteligente.

—¿Tú crees que se siente atraída por el matrimonio?

—No —la respuesta de Monique fue rotunda—. No. Los amigos a los que me refiero tampoco. Es para... vivir experiencias en pellejo ajeno —me dio risa.

—Eso me parece comodísimo. Me pregunto por qué no se nos ocurrió a nosotros. Monique me pellizcó y me mordió.

—Imbécil. Haberlo dicho.

Nos reímos. Ni Monique ni yo hubiéramos cambiado nuestra vida de casados por nada en este mundo. Ella es desvalida, amable y cariñosa; a mí me encanta sentirme protector, hacer bromas odiosas y que me mimen. Puede ser que tengamos una idea confusa del amor, pero del éxito de esta combinación estoy segurísimo. Además, somos horriblemente comunes y corrientes.

Nos cambiamos a la nueva casa, en las afueras de Ottawa, con la ayuda de Charlotte, quien pasó dos días con nosotros ayudándonos a embalar primero y luego a poner en orden nuestras cosas. Monique estaba en el octavo mes del embarazo y yo tenía tanto trabajo que me era imposible hacerme cargo de esta operación. Charlotte trabajó como dos hombres juntos, cuidó de Monique y hasta me preparó varias comidas muy bien guisadas.

—Paul, ¿cuáles serán los defectos de Charlotte?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque no los veo. No se ven más que cualidades. Aparte de la primera impresión, que fue mala, no ha hecho más que mostrarnos lo mucho que vale. Hasta cocina mejor que yo.

—¿Cuál fue tu primera impresión? —ahora podía preguntárselo, ya no tenía celos.

—Que era una bruja, una real y positiva bruja —la miré con enojo fingido.

—Que acaba de ayudarme a cambiarme de casa con sus artes mágicas.

—Dijiste primera impresión.

—Bien, ¿cuál tienes ahora?

—Hum... la misma, pero ahora le tengo cariño, no importa que sea bruja.

—El embarazo te empieza desde el cerebro.

—Grosero. En cambio, tú lo llevas sólo en el estómago.

Este argumento era definitivo. Desde que Monique tuvo los primeros síntomas, me había sido imposible comer las cosas que a ella no le gustan o que le causaban repugnancia. Esto, naturalmente, es ridículo y una clara señal de debilidad, pero a lo largo de ocho meses había aprendido a no evitarlo con pura voluntad porque me ocurrían los peores incidentes.

—Es que te amo.

Monique se levantó de su sillón con mucho trabajo y me cayó encima como una catapulta. Había aumentado como quince kilos y tenía mayor necesidad de cariño que nunca.

—Júrame que en cuanto nazca el niño te pondrás a dieta.

—Puede ser.

—¿Quieres ser gorda?

—Sí.

Lo dijo fingiendo la voz. Monique sabe hacerme reír aunque yo no tenga ganas.

—Paul, ¿tú crees que también sentirás el parto?

—No.

—Lástima.

Esto era serio. Monique tenía miedo al parto. Aunque no lo dijera, yo sabía que se horrorizaba de ver crecer su vientre y le parecía que íbamos a tener una especie de gigante cuyo nacimiento normal resultaba imposible de imaginar. Le hablé de otras cosas para que no meditara más en ello.

Cuando el niño nació, la ayuda de Charlotte volvió a sernos indispensable. Fue un parto de dos días y aunque Monique no sentía grandes dolores, mi trabajo no me dejaba estar a su lado continuamente. Charlotte resultó una magnífica enfermera, tranquila, paciente, razonable; todo eso y más necesitaba Monique en el estado nervioso en que se hallaba. Por fin dio a luz un niño flaco y largo como una serpiente en el momento en que menos lo esperaba. Yo estaba tan aliviado que daba gracias a Dios, al médico y a Charlotte por parejo, como si el niño fuera de ellos y me lo regalaran, comentó luego Monique.

El regalo no era muy atractivo ni convivir con él era lo más sencillo. Pero cumplió cinco meses, puede decirse que ya era delicioso en cuanto al físico y al carácter y nos permitió ver de nuevo a nuestros amigos y dar algunas reuniones en nuestra casa, ya que Monique no quería ni pensar en salir mientras él no fuera mayor. Se le ocurría cuánto puede pasar en una casa aislada: un incendio, un huracán, una maldita inundación imposible porque el terreno es alto o la ruptura de los tubos de gas, que son irrompibles.

—Estás hecha una gallina clueca.

—No importa, no me da vergüenza. Mi trabajo me costó.

—Será el trabajo del personal del sanatorio.

—Egoísta. Pero no me interesa, mi hijo me quiere.

Esta declaración me causaba una envidia del niño verdaderamente irrefrenable y ella lo sabía, me preguntaba irracionalmente por qué en vez de matarme en mi oficina leyendo manuscritos acartonados o fantasiosos, según el caso, no estaba yo acostadito en mi cama con mi juguete y la mamá entrando cada cinco minutos para ver si no me había ahogado. No es verdad, mi hijo es precioso y lo merece todo.

Bien, nos dio permiso de hacer una reunión y yo invité a René, quien hasta ahora no había venido a casa y no conocía a Monique.

No puedo negar que hice esta invitación con entusiasmo porque René me había fascinado; por supuesto que éste era un secreto que guardaba en el fondo de mi alma de padre solitario. También fue aceptada con entusiasmo y René se comprometió formalmente a cenar con nosotros.

Había descubierto a René en un coctel dónde se reunieron varios representantes del trabajo de televisión: actores, escritores, productores y agentes... por eso estaba yo. El coctel se convirtió en una borrachera artística que crispaba los nervios; las actrices colgaban del cuello de cualquiera como si fueran bufandas, los actores unos de otros y los productores hacían ofrecimientos a unas y a otros según sus



inclinaciones del momento. Yo no podía tomar porque el niño no había nacido y el alcohol me provocaba una náusea tan fuerte como inmediata; ya estaba deseando que hubiera venido Charlotte, cuya perfección máxima era no perder la cabeza en ninguna parte, cuando vi a René. Estaba sentado en un rincón junto a una charola con muchísimos vasos de whisky y se ocupaba en vaciar algunos metódicamente sin dejar de mirar a la concurrencia. Me acerqué a él y entablé conversación con la dificultad de que ya había bebido demasiado y siempre que toma, como descubrí después, tiene una vena anecdótica.

—Voy a contarle una historia.

—¿Es un corto de televisión?

—No, ni es corta ni es larga. Es la historia de una señora con su sacerdote particular.

Me pareció que luego descubriría haberla escuchado treinta veces, pero la persona tan solemne, tan gentil y con un rostro tan flexible que casi retrataba la historia antes de contarla, me gustó. Le hice señal de que empezara.

—La señora vivía retirada en el campo contra su voluntad, o sea, por voluntad de su esposo. La señora tenía hijos mayores, dos muertos en la guerra, y a causa de estos accidentes, su retiro no le fue tan doloroso los primeros años, sino después, cuando se olvidó de la guerra y de los hijos. Bien, la única visita que recibía con frecuencia era la del sacerdote que venía a confesarla, a darle la comunión y a conversar un rato con el esposo. Ocurrió entonces que esta señora, desesperada, empezó a poner a Dios en tela de juicio. No hacía más que pensar cosas como ésta: ¿es posible que Dios haya decidido que yo viva en este aislamiento?, ¿no le basta haberme quitado mis dos hijos mayores?, ¿puede querer Dios que los seres humanos sufran de esta manera?, ¿todas las acciones de los hombres coinciden con los designios de Dios? Esta última pregunta era la que más la intrigaba y pasaba horas enteras discutiendo con el sacerdote; se oían subir y bajar las voces, el sacerdote aparecía a la hora de la comida con aspecto mortificado y meditabundo y la señora con algo triunfante en los ojos; nunca la convencía. Por fin, un día se puso verdaderamente histérica, se revolcó en un sillón y gritó que Dios era injusto por naturaleza, todo delante del sacerdote. Parece que él le dijo con mucha claridad que ésas eran inspiraciones diabólicas y que debía hacer penitencia. El resultado fue terrible: ella lo abofeteó y él le negó la comunión durante años, durante los cuales ella no cesó de repetir la frase de su histeria aunque estuviese tranquila y él no dejara de venir a la casa por alguna razón inexplicable; tal vez para no abandonar al marido o para recordarle su pecado.

—O para hacer penitencia por su parte —le interrumpí y él rió, más por dentro que por fuera, pero mucho—. ¿Qué más ocurrió?

—Nada más.

—¿No le pidió ella perdón al sacerdote?

—Sí, pero no quiso comulgar. ¿Qué le parece a usted la historia?

—Buena —estuve a punto de preguntarle si quería venderla y por eso la había

contado, pero ya he hecho errores de esos—. ¿Quién es usted?

Me dijo su nombre sin que me produjera ninguna impresión, por eso añadió:

—Publico artículos sobre arte, política y... lo que me interesa; tengo publicados dos libros de fotografías y acabo de hacer un documental sobre los esquimales que nadie se atreve a exhibir.

—Lo del documental lo he oído, pero no pensaba que fuera usted tan joven —no le gustó, su boca se plegó con desprecio—. ¿Cómo llamaría usted a su oficio?

—Poeta y fotógrafo. Tengo veintisiete años, además.

No los representaba y era francés. ¿Por qué no había ido a alguna ciudad donde el francés fuera idioma oficial? Aquí hablamos inglés o ambas lenguas. René agregó.

—He tomado la nacionalidad canadiense. Quiero ser americano, vivir en América porque es un continente... ya estoy demasiado borracho.

Sin transición dejó caer la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos, ya estaba absolutamente dormido. Le dejó una tarjeta mía en el bolsillo con mis saludos y la recomendación de que me hablara por teléfono.

Cuando llegué a casa, ya tarde, Monique estaba en la cama con ese estado especial que ella adopta cuando tiene sueño: puede hablar pero se enoja por todo lo que uno le cuenta.

—¿Quieres oír la historia de una señora y su confesor particular?

—Duérmete, sucio. Apenas puede creerse.

Por eso no le conté nada, ni al día siguiente, en que sí tenía curiosidad de saber quiénes habían estado en el coctel. Le dije que gente sucia y carente de vergüenza incluyéndome a mí. No contestó nada.

René fue a verme dos meses después, ya nacido el niño. Esta vez estaba sobrio y su aspecto no era muy diferente de la anterior. Ahora quería vender no un manuscrito, como yo pensé, sino un corto sobre las ocupaciones dominicales de la gente de Ottawa. Lo vimos y me gustó mucho, aunque era demasiado irónico. Al terminar la proyección le propuse que me lo dejara y le prometí venderlo. No estaba contento.

—¿Qué le pasa?

—Que el corto es insatisfactorio.

—¿En qué sentido?

—No me gusta —casi estaba haciendo pucheros.

—Pues si piensa vender a la televisión tendrá que acostumbrarse a que no le guste su trabajo. Así les pasa a todos.

René me pidió prestados diez dólares y se fue sin prisa, caminando como si no fuera a ningún sitio en especial. No me dio su dirección.

El corto se vendió en seguida y guardé el dinero. Un mes después apareció por mi oficina.

—¿Cómo está usted?

—Bien. He pensado mucho.

—¿Ha trabajado?

—No...

Me moría de ganas de preguntarle de qué vivía mientras pensaba, pero René tiene un aire prohibitivo que obliga a su interlocutor a esperar que él diga lo que quiera, cuando quiera y tal vez sin apego a la verdad. Le comuniqué la venta del corto y le ofrecí pagarle inmediatamente.

—Deme la mitad.

Así lo hice y esto fue definitivo porque me convertí en su caja de ahorros, como si el ir a verme fuera un trámite tan molesto que bastara para quitarle los deseos de gastar. Pero en cambio nuestra amistad creció y encontré la forma de que se le aceptaran tanto manuscritos como fotografías o películas. Nunca supe de dónde sacaba el dinero para hacer sus cortos o si lo pedía prestado para pagarlo una vez vendidos. René, en cuanto a talento, da la impresión de poner en juego sólo una parte del que en realidad posee, como si también lo ahorrara con vistas a un cierto objetivo particular del que no me ha enterado hasta ahora.

También caí en la cuenta entonces de que tenía una actitud muy negativa hacia Francia, su familia y todo lo que constituye su pasado; si no fuera por su candidez y un continuo esfuerzo por ser honesto muy claro en lo referente a su trabajo, se diría que había tenido algún problema de tipo jurídico... de otra forma, procedía como un delincuente.

Monique tendría la última palabra. En cuanto se encontraran y ella sonriera como lo hace, casi cerrando los ojos, formularía un diagnóstico irrefutable que el tiempo había de mostrar como cierto. Yo quería que fuera favorable, que René resultara para ella tan excepcional como lo era para mí y lo seguiría siendo... aun en contra de la lógica, la realidad y el sexto sentido de mi mujer.

El día de la reunión apenas pude hablar con ella, de manera que me limité a comunicarle que vendría un joven desconocido. Asintió sin comentarios y me dijo que sacudiera la alfombra; eran las seis de la mañana. Lo hice sólo porque nuestro hijo despertó en ese momento para exigir comida, cambio de ropa y otras atenciones exquisitas; siempre está de parte de su madre.

Por la tarde ayudé a servir la mesa, lavar cacerolas y preparar una ensalada. Monique nunca habla antes de las fiestas porque se cansa y luego no tiene nada que decirles a los invitados. Mi opinión es que está de pésimo humor y no halla otra forma de ocultarlo.

Llegó Charlotte antes que nadie y entretuvo al niño mientras Monique se vestía y yo fumaba un cigarro. Charlotte tiene un estilo profesional de cuidar niños que siempre da resultado, pero cualquier niño, no sólo el mío, se ve en sus brazos como un objeto de artesanía... no porque no sea afectuosa, porque es precisa.

Para entonces estaba convencido de que, si Charlotte tenía algo irritante, era la precisión, que viene a ser como decir la perfección; ninguna mujer puede darse el lujo de que jamás se le eche a perder el maquillaje, ni se le rompan las medias, ni se emborrache, ni se enferme. La precisión de Charlotte era maniática, sus manuscritos

tenían el número de palabras que dura media hora, nunca más o menos; el grado de interés que exige el público y el grado de vulgaridad que piden los productores.

Una vez nos invitó a su departamento, que por cierto es de un buen gusto extraordinario, y descubrí que en la cocina había un termómetro y en el baño un higrómetro. No puedo decir más. Pensé en Monique, que a estas alturas no entiende la diferencia entre los grados centígrados y el sistema Fahrenheit. Así siga.

Después de que mi hijo sucumbió a las proyecciones hipnóticas de la habilidad de Charlotte, llegó un matrimonio de actores, la señora Watson que nunca habla de su marido y por lo tanto no se sabe si es viuda o divorciada, pero sí que tiene dinero invertido en la televisión y una pareja de amigos homosexuales muy casados que conocemos desde hace años y que actúan como caricaturas de Walt Disney. Monique los adora por un trauma infantil o algo por el estilo.

René llegó a buena hora, antes que los actores y después que la señora Watson. No hubo sonrisa de Monique porque ella entró en la sala a tiempo para ver que dicha señora sufría una transformación completamente zoomórfica: de piel blanca y pecosa que tiene, le salieron escamas relucientes y todas movibles; las uñas rojo fuerte se le curvaron hacia abajo y le creció un cascabel en la punta de la lengua. Todo ante la presencia de René. La reacción de Monique fue de asombro, subió las cejas y apenas saludó a nuestro invitado. Luego me dijo, en un aparte.

—Ya sé lo que le pasó al marido de ella.

—¿Qué?

—Se lo comió.

Los Walt Disney tuvieron una actitud diferente, admiraban francamente a René y se tomaron mil molestias para ponerlo cómodo, traerle copas y darle de comer. Pero con el alejamiento que les presta el respeto que sienten el uno por el otro.

Charlotte miraba a la señora Watson como quien observa la pasión de una hidra por un dragón joven; con una atención muy directa y el rostro vagamente malicioso.

René, mientras tanto, hacía gala de una calma formidable, conversaba como si lo más natural del mundo fuera lo que estaba ocurriendo y había en él una especie de modestia tranquila y de seguridad muy apropiada. La señora Watson hablaba en un francés horrible y él contestaba en inglés.

Monique y yo estábamos preguntándonos cómo terminaría una reunión que había empezado con una intensidad tan alta cuando llegaron Dick y Lena, personas de físico atractivo y de buen carácter. Eso, su alegría, su conversación, estableció un equilibrio benéfico: ya no era René el centro. Lena se puso a conversar con los Disney y Dick fue a contarle a Charlotte sus experiencias artísticas de la semana.

Nosotros no sabíamos si dejar a René en manos de la señora Watson, quien ahora hablaba en voz muy baja como para que René se le acercara y él demostraba tener muy buen oído porque le contestaba sin siquiera estirar el cuello; por fin decidimos no abandonarlo porque nos pareció descortés y los dos a un tiempo fuimos a sentarnos de forma que Monique podía hablar con él y yo con ella. Jamás he visto

otra mujer tan enojada. Me preguntó por el niño como si el pobre fuera uno de los jinetes del Apocalipsis y cuando le ofrecí un vaso con whisky me arañó un dedo. En cambio, Monique conversaba con mucha soltura y, según pude oír, sobre la mejor forma de cortar la carne de res. René parecía encantado.

Más tarde, se hizo una nueva colocación. Lena me buscó para exponerme sus problemas que consistían en no querer trabajar con determinado director porque no hacía más que verla y empezar a gritarle, lo cual me explico bien aunque no se lo dije así: tiene un aspecto demasiado angelical y habla despacio, muy despacio. Quedamos en que se haría lo posible por cambiarla de programa. Me lo agradeció mucho y despacio.

Monique dejó a René para hablar con Dick, quien la aburre y por eso le dedica secuencias especiales cuando ella es la anfitriona; los Disney se dedicaron a la señora Watson, quien se puso de mejor humor porque esta pareja siempre muestra interés en sus alhajas, afeites y demás cualidades extrínsecas. Además, sé por boca de ellos mismos que le admiran la buena presentación de sus cuarenta años o sea que le tienen envidia, porque ellos ya están bastante cerca de esa edad y no podrán disponer de todos los recursos que ella posee, por su dinero y por su sexo, para disimular los años. Eso, a pesar de todo, me conmueve.

René, inevitablemente, fue a dar con Charlotte. Este encuentro, en el que no había pensado, me llenó de curiosidad. Charlotte, con su cigarro entre los dedos, hablaba de algo muy normal en apariencia, algo complicado y con seguridad muy interesante, se le veía en la cara; René la escuchaba con el rostro serio, mirando el suelo. Así estuvieron el tiempo que duró la comida a la que ambos atendían distraídamente. Cuando Charlotte se levantó para llevarse su plato y el de él, lo vi observarla con los ojos entrecerrados y sin volver la cabeza, como si la midiera sin admiración o la contara por rutina. Eran los ojos de un experto vendedor de zapatos frente a un pie desnudo con algo de enigmático que va en camino de esclarecerse. Esto duró un segundo; cuando ella volvió, René sonrió artificialmente y le ofreció un cigarro. Se me ocurrió que era ella quien deseaba hablar y él sobrellevaba la conversación como si se tratara de uno de los Disney.

La señora Watson, a pesar de estar entretenida, lo miraba frecuentemente con la misma glotonería del principio y pude notar que René, cuando Charlotte se volvió a buscar el cenicero, le cerró un ojo. Fue un movimiento rápido y juguetón, como el de un chiquillo con una amiga de su abuelita; a la señora Watson le encantó. Empezó a hablar en voz más alta y a reír como si le hubieran hecho cosquillas. Le habían hecho cosquillas.

Ahora bien, era extraño sorprender a Charlotte en una situación así, es más, ella también debía juzgarla muy extraña. Por lo general hacía en los hombres una impresión devastadora, ellos la buscaban y ella se aburría o se divertía, según su antojo. Parecía no caer en la cuenta de nada.

Monique, que ya se había tomado unas copas, vino a recostarse en mi hombro y

me dijo al oído:

—¿Qué te parece?

—Muy raro.

Se rió por lo bajo. Eran varias copas y ya se sentía algo malévola.

—Va a ser horrible, lo sé.

No dijo más y cerró los ojos. En cuanto esto sucedió, empezaron las despedidas. El sueño de Monique es la campana que termina con todas las fiestas, Dios la bendiga.

René se despidió de nosotros con mucha fineza y lo invitamos a comer tres días después. La señora Watson se ofreció a llevarlo en su coche, pues era el único que no lo tenía y él aceptó con el mismo aire risueño y malicioso; a Charlotte no pude verle la cara porque se dirigió a buen paso hacia su automóvil y no nos saludó con la mano como es su costumbre. Uno de los Disney me rogó que los invitara de nuevo cuando viniera ese joven maravilloso y Lena volvió a agradecernos todo, muy despacio. En escena hablaba a buen ritmo quién sabe por qué.

Cuando nos quedamos solos, el sueño de Monique desapareció y abrió los ojos como platos.

—¿Qué te pareció Charlotte?

—¿Qué se supone que debo decir?

—La verdad. ¿Estás celoso?

—No seas tonta. ¿Qué impresión te hizo René?

Monique cambió de cara, pensó dos segundos, luego dijo con aplomo:

—René no está a discusión. Es fantástico y voy a convertirme en su amiga íntima. Ya lo verás.

—¿Estás enamorada de él?

—Casi, me fascina.

Luego brincó y cayó sobre mis rodillas para darme unos besos ligeritos que me gustan mucho.

—¿Estás borracha?

—¿A propósito de qué?

Monique puede ser endiabladamente coqueta. Nos fuimos a la cama. Pero lo que había dicho de René era auténtico y yo lo sabía aunque, por supuesto, no le hallaba nada de alarmante. Monique es mía y puede tener los amigos que le venga en gana, mejor si también son amigos míos... ¿qué estoy diciendo?

Al día siguiente, a la hora de la cena, apareció Charlotte con un pastel de chocolate de esos que son la debilidad de mi mujer. Venía en un tono muy profesional y hablaba de todo, como si fuera el periódico del día, nada más le faltaban los anuncios. Ya tenía suficiente confianza para hacérselo notar.

—Charlotte, estás exageradamente poco emotiva.

Se rió, sin confundirse en lo más mínimo.

—Paul, eso es un defecto cuando se está en un entierro; en la vida diaria, viene a

ser una cualidad.

—Puede ser.

Monique me miró para que no siguiera por ese camino, pero yo hice una asociación de ideas tan fatal como inconsciente.

—Deberías tomar ejemplo de la señora Watson.

Charlotte respondió con una rapidez que desdecía mucho de su ausencia de emotividad.

—La señora Watson es una ninfómana.

—¡Charlotte!

Monique estaba tan escandalizada como cada vez que se le da un nombre técnico a cualquier anormalidad. Todavía me acuerdo que lloró porque un día dije que los Disney eran pederastas.

—Así se llaman. ¿Con qué otra palabra lo dirías tú?

—Pues que les gusta... —Monique se llevó la mano a la boca y los tres nos echamos a reír. Pero Monique no estaba satisfecha.

—No es eso. Es que los hombres gustan a las mujeres y viceversa y no me parece necesario ponerle nombres a una cosa tan sencilla.

—Todo depende de la frecuencia y de la situación —añadió Charlotte.

—Ella no está casada.

Intervine porque Monique estaba poniéndose muy terca.

—No sabía que eras la defensora apasionada de la señora Watson —ella descargó su agresividad contra mí.

—¡Asno!

Luego sonrió a Charlotte. Habían hecho las paces y no se habló más de la señora Watson.

A las diez de la noche descubrí que estaba muy cansado y Charlotte no daba señales de irse; Monique dijo como por inspiración momentánea:

—Charlotte, ven a comer el domingo con nosotros.

—Por supuesto. Gracias. Ahora me voy, es tardísimo.

Inmediatamente se levantó, besó a Monique y se fue.

—Si no la invito, se queda hasta medianoche.

—¿De veras crees que por eso vino?

—Sí, por eso.

—No estoy tan seguro, al fin y al cabo...

—¿Qué?

—No sé.

—¿De qué estamos hablando?

—Tengo sueño.

—Yo también, todavía no me recobro de la fiesta de anoche.

Entonces empezó a llorar el niño y el resto de la noche lo pasamos en un estado de sonambulismo que nos impidió todo comentario cuerdo, que por otra parte ya no

quería hacer. ¿Por qué hay que pensar siempre de unas gentes que persiguen a las otras y que las mujeres superiores se enamoran a primera vista? Es demasiado corriente. La otra pregunta que me venía a la cabeza mientras mi hijo se desgañitaba era la siguiente: ¿Cómo habría hecho René para no dormir con la señora Watson? ¿O lo habría hecho? Esto me molestaba porque me hacía asociar la imagen de René con el recuerdo de algún joven actor que al poco tiempo de conocer a esta misma señora apareció con trajes nuevos, camisas de seda y un anillo con un diamante... René, por alguna razón, no debía, no tenía derecho a ser así. Sin embargo los síntomas eran alarmantes: recién llegado a Ottawa, pobre, muy bien dotado física e intelectualmente, con un pasado inmencionable o por lo menos nunca mencionado por él. Pero le había gustado a Monique y ella no se equivocaba. Claro que también le había gustado a la señora Watson, a los Disney y... posiblemente a Charlotte. De Dick y Lena no había reacción, porque los actores en general se gustan entre sí y lo que prefieren es su imagen en el espejo. Bueno, veríamos. Además, no es posible confiar en lo que se le ocurre a uno cuando quiere dormir y no puede.

Llegó el domingo. Entre los dos preparamos la comida extrañados de que Charlotte no hubiera venido temprano, porque en ocasiones así acostumbra decir:

—Mírenme cocinar. Me encanta.

Monique no cede su puesto, pero yo sí; puedo leer el periódico en paz, cuidar al niño que a esas horas está muy tratable y fumar.

Quien llegó fue René y, sin mayores trámites, se quitó el saco, se subió las mangas y se puso un delantal color de rosa con muchos olanes. Monique estaba feliz. Desde la sala oía sus risas y los escrúpulos que interponía ella a la inventiva de él o a sus deseos de hacerlo todo y de que ella lo asesorara en cosas menores.

—No toque los ajos, Monique.

—Pero si lo hago siempre.

—Hoy no.

Estuvieron encerrados dos horas con una sola interrupción. Monique salió a darme un beso y a poner un disco especial que René quería oír. Mi mujer estaba radiante y excitada, ni siquiera me recomendó al niño. Cuando ya empezaba a sentir hambre, llegó Charlotte: pantalones negros, chaqueta de gamuza, blusa azul cielo. Bellísima.

—¿Dónde está Monique?

—En la cocina, pero no vayas. Nos han sustituido a ambos. René, ¿sabes?

—Ah.

Dejó sobre la mesa el paquete de entremeses que había traído, lo destapó y me ofreció un sandwich de caviar diminuto. Nos servimos unas copas.

Entró René, todavía con el delantal, miró a Charlotte como si en vez de ser una mujer preciosa fuera una herramienta de jardinería y la saludó con amabilidad. Luego anunció que la comida estaba lista. Entre todos pusimos la mesa y nos sentamos a comer lo más delicioso que haya probado nunca: filete a la pimienta y pescado a la



provenzal. Nadie en este mundo, ni Charlotte, cocina como René, con la ventaja de que Monique no se enfurece por ello.

La conversación giró sobre diversos temas en forma superficial porque la comida era demasiado absorbente. René se conducía con desenvoltura, Monique lo miraba con admiración y Charlotte estaba bastante callada aunque sin aparentarlo porque ponía mucha atención en cuanto se decía.

En la sala, tomamos el café y René ayudó a lavar los platos con una celeridad y una precisión espectaculares.

—Me parece que están quitándote atribuciones, Charlotte.

—¿Tú crees?

—Anda, dime qué piensas de René.

Si Monique me hubiera escuchado me hubiera fulminado con una de esas miradas que ella sabe.

—¿De René? —parecía indolencia y era vacilación—. Pues no sé. ¿Cuánto tiempo lleva en Ottawa?

—Año y medio.

—Y ¿antes?

—Bélgica, Holanda, Africa, Alaska y Centroamérica.

—¿Qué hacía allí?

—Tomar fotografías y hacer documentales.

—Se ve que le gusta viajar.

—Por lo menos se ve que no le gusta permanecer en un solo sitio.

Charlotte puso cara de desconfianza. Ella había nacido en Ottawa, su padre había sido ingeniero y nadie en su familia había puesto en práctica ninguna aventura geográfica después de haberse instalado aquí.

—Y ¿qué más hace?

—¿No te parece bastante?

—Sí y no.

—Quieres saber si es casado.

Charlotte se rió, pero sin negarlo; más bien quedó esperando la respuesta bastante interesada.

—No lo sé. No lleva anillo. Pero no se ve muy doméstico.

—Al contrario, se ve muy doméstico. ¿Has notado todo lo que sabe hacer?

—Mí querida Charlotte, tú también sabes hacer muchas cosas y nadie te calumniaría con esa palabra.

Encogió los hombros. La diferencia existe realmente; hay personas con habilidades suficientes para llevar una casa, pero eso no quiere decir que estén inclinadas a ponerlas al servicio de esa meta, por el contrario, son fruto de cierto exhibicionismo y de un profundo deseo de perfección. Si Charlotte se hubiera conocido a sí misma, su error hubiera sido de menor cuantía.

Se reunieron de nuevo con nosotros y hablamos de trabajo. Así se enteró René de

la posición de Charlotte, si es que no la sabía, y de su prestigio como escritora de televisión.

—¿No intenta escribir otras cosas?

—No. Se trata de una profesión que practico para vivir.

A pesar suyo, la afirmación de Charlotte estaba teñida de un cierto desprecio por la literatura que molestó a René.

—Pero usted sí, ¿verdad? —dijo Monique.

—Yo sí. Por lo menos lo intento.

—Pero usted ya tiene un oficio —insistió Charlotte como si las diferencias entre la literatura y la televisión fueran insalvables.

—No tengo oficio y no pretendo tenerlo, ni ahora ni después —las palabras de René fueron de una sequedad excesiva, como si estuviera ofendido, pero luego sonrió—. Tal vez no he decidido cuál es mi vocación.

El tema de la vocación lo habíamos discutido con Charlotte varias veces. Ella sostenía que ese tipo de dudas resultan un magnífico pretexto para no hacer nada o para ocultar la falta de talento. En esta ocasión no repitió su teoría para gran diversión de Monique cuyos ojos brillaban de malicia.

—No me diga que escribir televisión es un instinto y la realización de una pasión creadora —siguió René—, cuando mucho, es la necesidad de subsistir.

Charlotte enrojeció. También había sostenido lo contrario: decía que era el instinto creador que se expresaba por medios modernos.

—Tal vez tiene usted razón.

No estaba de acuerdo con él y no lo estaría, pero no iba a decírselo. Miré a René y por su expresión pude darme cuenta de que tenía conciencia de lo que le ocurría a nuestra amiga; estaba atormentándola a sabiendas. Este rasgo era el primero que me indignaba en él, las otras suposiciones mías eran imposibles de comprobar, esto estaba ocurriendo y no había forma de negarlo.

Charlotte por supuesto no perdió la compostura, pero se cuidó muchísimo de volver a hacer ningún comentario que pudiera atraer a René como antagonista; por otra parte, él se hizo dueño de la conversación. Nos contó viajes, incidentes, anécdotas de diversas personas famosas. Si René hubiera sido negro, Monique sería su Desdémona... y Charlotte su Yago: lo escuchaba con una mezcla de admiración, desprecio y agresividad hipócrita que necesita de la pluma de Shakespeare para expresarse adecuadamente.

Esta vez Charlotte llevó a René en su automóvil y sí nos saludó con la mano. Monique me apretó el brazo.

—Ahora sí vamos a hablar de Charlotte.

—¿Por qué?

—Porque tienes que creer lo que estás viendo.

—¿Qué?

—Charlotte está portándose como una imbécil y no le dará ningún resultado.

—En resumen crees que Charlotte está interesada en René.

—¿Interesada? Por alguna razón que no entiendo está completamente dispuesta a cazarlo.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que no podrá.

—Sí podrá, si quiere. ¿Cuánto apuestas?

—Un perfume de sesenta dólares.

—Acepto.

No los vimos en los días que siguieron aunque Monique trató varias veces de comunicarse con Charlotte. No estaba en su departamento o tenía descolgado el teléfono.

Unas tres semanas después, la señora Watson dio una fiesta a la que no pudimos asistir por la razón consabida... pero nos la reseñaron los Disney.

—Estaban los mismos del otro día: Charlotte, Dick y Lena... también dos productores.

—Y el muchacho maravilloso.

Se rieron.

—La señora Watson insinuó que haría un viaje a Nueva York con él. Y él, al poco rato, aclaró que saldría a Montreal en viaje de negocios.

—La señora Watson se puso verde. Ahora no irá a Nueva York.

—Irá con otro, a ella no le faltan acompañantes.

—No irá, estaba enojada.

—Razón de más para que vaya.

Monique los escuchaba con la acostumbrada ternura y les preparaba cocteles con mucha menta. Nadie mencionó a Charlotte más que para decir que se encontraba allí. Luego, Monique hizo una descripción de René.

—Ese muchacho no es lo que pretende la señora Watson. Es... un verdadero artista.

—¿Qué entiendes por eso? —dijo uno de los Disney con resentimiento.

—Un ser que ejercita continuamente su talento creador.

—¿Y los resultados?

Los Disney son empleados y en sus ratos de ocio uno pinta y el otro escribe... mal, ambos. De aquí que la palabra artista sea para ellos una ofensa personal.

—¿Qué tiene que ver eso? El ser artista es una actitud vital.

—Que puede mostrarse haciendo sopa —intervine yo.

—Pues claro —afirmó Monique—. La obra es una cosa y la persona otra.

A los Disney les gustó su teoría.

—¿Realmente crees eso?

—Sí.

Los dos se pusieron a pensar en el esfuerzo artístico que derrocharon, por ejemplo, al arreglar su departamento: una especie de jaula llena de macetas con flores

extravagantes, colgajos en las paredes y almohadones en tonos pastel.

—Tienes razón —dijo el otro, muy convencido.

Se fueron pronto, antes de que se les borrara el buen sabor de la definición de Monique.

—Pobrecitos. Ellos no son artistas. ¿Qué haría Charlotte en casa de la señora Watson?

No le contesté. Me era totalmente imposible cambiar la imagen de Charlotte de hacía un mes con la de esta mujer que asiste a reuniones que no pueden agradarle por el sólo placer de seguir a un hombre de quien, por lo visto, no podía esperar mucho, ¿o sí? El único alivio que me trajo la visita de los Disney fue la noticia de que René no iría a Nueva York con la señora Watson, porque si la actitud de Charlotte me preocupaba la de René me hubiera decepcionado... aunque temiera que René era capaz de eso y de mucho más.

Al día siguiente nos habló Charlotte para despedirse de nosotros; pasaría dos semanas en Montreal. Tres días después nos volvió hablar para comunicarnos que había regresado antes de lo planeado y que cenaría con nosotros esa misma noche.

Monique resolvió no hacer más comentarios. Como habíamos apostado, llegaría al final sin decir palabra, con una especie de espíritu deportivo atento y apasionado. La primera llamada era un triunfo mío; la segunda, de ella. La cena, probablemente de ella. No nos habíamos puesto de acuerdo en lo referente a hacer advertencias, pero yo estaba dispuesto a hacerlas porque ella las haría sin duda alguna. Esa apuesta, por otro lado, me producía una cierta vergüenza, era como si no nos interesaran y no les tuviéramos estimación; pero no podía retirarla y dejar a Monique con la idea de que quería ahorrarme sesenta dólares.

Llegó Charlotte sin pastel de chocolate y tan bien arreglada como siempre.

—¿Qué fuiste a hacer a Montreal? —empezó Monique.

—Nada. De vacaciones, pero me cansé pronto. La verdad es que no tenía necesidad de descanso y fue una idea loca.

¿Desde cuándo tenía ella ideas locas? ¿Desde cuándo tomaba vacaciones? Empezó a hablar de mil cosas, mientras Monique, con una crueldad enteramente femenina, esperaba la ocasión de colocarle la pregunta planeada. Llegó cuando Charlotte dijo que había visto a los Disney.

—Y a René, ¿no lo has visto?

—Sí... Sí.

Los dos afirmativos daban una impresión extraña. El primero era dubitativo y el segundo discreto; ninguno era entusiasta. Yo dije:

—¿No te parece inteligentísimo?

Charlotte calló un instante y se le endureció el rostro. Luego dijo, intentando parecer natural:

—Quién sabe, Paul. La clave de su personalidad no es la inteligencia... creo yo. En cambio, me parece de un carácter caprichoso y egoísta.

Ni la más estoica de las madres ha sufrido tanto criticando a su hijo preferido como Charlotte describiendo a René; era una especie de penitencia para mostrar que conservaba su claridad mental. Monique lo advirtió y bajó los ojos. Callamos, los extraños no pueden negar ni afirmar estas cosas y, de pronto, tanto mi mujer como yo éramos eso, dos extraños excluidos de una mecánica que no conocíamos.

Pero Charlotte tomó un aire indeciso y un poco ansioso. Había resuelto comunicarnos algo tal vez sólo porque necesitaba hacerlo y nosotros éramos sus amigos.

—Estuve en Montreal con René.

No esperábamos que nos lo dijera... ese día. Monique se apresuró a intervenir.

—Lo llevaste en tu coche, supongo.

—Sí. Va a tomar un corto. Debe de estar trabajando mucho. Regresé porque no tenía objeto quedarme con él: estaba demasiado ocupado y sentí que estorbaba. Regresé sin avisarle.

Esta sucesión de frases cortas era patética. Todas dictadas por el sentido común, tenían sin embargo un fondo de irracionalidad que se hacía patente en el tono de Charlotte. Estaba apuntando una serie de hechos cuya raíz era tan incomprensible como inaceptable.

—No ocurrirá de nuevo, por supuesto. La próxima vez me pondré a trabajar en algo que me lleve tiempo y atención, así no me sentiré mal. Ahora no se me ocurrió.

De manera que ni siquiera estaba enojada, se consolaba pensando en una ocasión futura en la cual le sería posible no dominar la situación sino a sí misma.

—¿Él insistió en llevarte? —dijo Monique, con cierta cautela.

—La verdad, no. Yo quise llevarlo. No pensé que resultaría tan... curioso.

Monique tuvo un arranque de franqueza.

—No es curioso. Es muy descortés, para decir poco.

—Pero no sucederá de nuevo. Las personas como Rene no pueden salirse con la suya con tanta facilidad, una no debe... Mira, no sé como explicarlo.

De manera que el ánimo competitivo de Charlotte era tan fuerte que ni en una situación que hubiera ofendido a cualquier mujer podía dar un paso atrás si esto significaba una derrota. Lo más grave es que lo pensado para esa próxima vez hipotética sólo serviría para mostrarle a René que ella podía resistir la indiferencia sin huir, lo cual era ridículo.

No nos atrevimos a decirle nada. El compromiso que ella tenía consigo misma era más fuerte que cualquier comentario nuestro.

—Charlotte, esto no me gusta nada —se decidió Monique.

—No es... no sé.

Antes de ahora, nunca habíamos sabido que Charlotte estuviera envuelta en algún asunto amoroso aunque tampoco pensábamos que fuera virgen, sencillamente porque no lo proyectaba. De todas maneras esto no sonaba ni se veía amoroso. Era peor.

Charlotte tomó su bolsa como si se fuera pero se quedó sentada.

—Paul, ¿sabes algo más del pasado de René?

—Nada más que tú. Nunca hace confidencias.

—En lo absoluto —comentó y se puso en pie. Dio vuelta hasta quedar detrás del sofá—. El pasado no se oculta, lo sabremos, sin duda.

Esto era un propósito. Todo era un propósito.

Cuando se fue, Monique estaba muy deprimida.

—Paul, todas las mujeres inteligentes tienen una fuerte tendencia a la estupidez, es una desgracia. ¿Por qué no se pone a llorar a gritos, lo insulta y lo deja en paz?

—Porque no quiere darse por vencida.

—Eso es lo estúpido. Está vencida desde el principio. Ese muchacho no es para Charlotte ni lo será nunca.

—¿Se habrá acostado con ella? —dije con aire desvalido.

—Claro que sí. Y es obvio que no le pareció interesante. ¿En qué estás pensando?

—En lo mucho que eso le hubiera gustado a varios que conozco.

—A ti también, supongo.

—No, a mí no.

Fui tan sincero que Monique se rió. Todo lo que había contado Charlotte me parecía repelente, sórdido, poco vital, qué se yo. Y lo futuro no podía imaginármelo sin hacer gestos de asco.

—¿Todavía te resulta simpático René? —le pregunté.

—Sí, todavía.

—A mí también.

Puestos de acuerdo, nos fuimos a dormir. Lo feo, lo obsceno, era la actitud de Charlotte.

Poco después encontré a René en un bar. Entré a tomar una copa porque tenía síntomas de gripe y necesitaba reconfortarme antes de hacer el camino a casa; empezaba el invierno y mi coche tenía descompuesta la calefacción.

René estaba solo también, muy quieto. Cuando me acerqué me ofreció asiento sin decir palabra. Pidió dos copas y calló un rato más.

—Paul, ¿puedo contarte la historia de la señora que quiso casar a su hijo?

—Por supuesto —René estaba muy borracho.

—Se trata de una señora como de cincuenta años, preocupada a muerte porque su hijo, desde temprana edad, dio señales de independencia, ansias de libertad y aun gusto por el libertinaje. Lo metió en un internado desde pequeño y el muchacho se escapaba todas las noches a vagar por las calles, fue expulsado varias veces por la misma razón; no pudo lograr que terminara sus estudios, no pudo nunca estar seguro de lo que el hijo hacía, ni a qué hora, ni dónde. Por eso, preparó una gran trampa: casarlo con una bella muchacha poseedora de toda perfección, sencilla, disciplinada, capaz de acabar con la fantasía, con la iniciativa y con las ilusiones de cualquiera. Puso la trampa con tanta habilidad que despertó los instintos vengativos del muchacho, quien cayó en ella sin inocencia, con la malévola intención de escaparse

una vez atrapado. Así ocurrió y cuando la señora se sentía triunfante, el hijo renunció al matrimonio, a su madre, a su casa, a sus ventajas económicas, a los negocios de su padre, a su país y a su misma persona. Fue un golpe durísimo para ella, le costó recobrarse porque ya no le quedan hijos a quienes vigilar y porque esto era un fracaso más entre los muchos que ya había tenido. Lo único que logró, a lo largo de tres años, es que el hijo contestara sus cartas dándole unas vagas reseñas de su vida.

—¿Se trata de la misma señora del sacerdote?

—Sí, en efecto. Eres muy inteligente, Paul. ¿Cómo puede una mujer que ha perdido a Dios encontrar a su hijo?

—Es tu madre, René.

René me miró largamente, con el rostro muy serio, como para probar en imaginación si merecía esa confidencia que al fin y al cabo no era tampoco una confidencia.

—Así es, Paul. Ahora vete. Saludos a Monique.

Salí de allí con más dolor de cabeza y sin ningún deseo de repetir la historia. No lo hice.

Nos dio gripe a los tres. En consecuencia nos encerramos varios días y pasábamos la mayor parte del tiempo en la cama disfrutando de una gloriosa promiscuidad. No sabía que una enfermedad familiar pudiera convertirse en algo tan agradable, hasta mi hijo estaba contento de verse tan acompañado. Monique no salía a la calle y yo lo hacía cuando juzgaba que el frío era menos fuerte, sólo para comprar comida. Luego me desvestía y volvía a la cama con ellos. La casa estaba tibia, todo era tibio, suave y amoroso, la felicidad misma.

Una tarde se presentaron Charlotte y René a hacernos una visita inesperada que no nos cayó en gracia. Nuestro encierro era demasiado fecundo para que deseáramos verlo interrumpido.

Lo primero que notamos es que René se comportaba con la misma independencia que si viniera sin ella, al tiempo que Charlotte estaba callada, artificial en sus opiniones y temerosa de entrar en conflicto con él.

Para empezar, René limpió parte de la casa y la cocina y ella no se atrevió a ayudarlo, ya la había enseñado a no interrumpirlo en sus trabajos. Luego preparó de comer y ella no podía ocultar la inquietud de imaginarlo lejos; no dejaba de mirar la puerta de la cocina y, cuando René hizo un ruido, pegó un brinco.

—¿Cómo has estado, Charlotte? —dijo Monique en un tono íntimo que preguntaba muchas cosas.

—No sé. Bien, creo —no era cierto, bajó la voz y frunció las cejas—. Pienso que estoy embarazada —agregó con rapidez.

Era notable esta capacidad de Charlotte de decir la verdad por disciplina: no era posible que deseara comunicárnoslo, ni que esta situación, por compartida, se convirtiera en algo más soportable. Monique, afortunadamente, tiene el don de la naturalidad.

—¿Fuiste a ver al médico?

—Sí. Me hice un análisis y salió positivo. Además, parece que estoy en excelente estado de salud.

Hubo un silencio.

Una noticia así es en la mayoría de los casos motivo de regocijo, no en éste. Por otra parte, Charlotte no era ninguna ingenua, si no hubiera buscado esto, lo hubiera evitado.

—¿Ya lo sabe Rene?

—Sí, por supuesto.

Me levanté de la silla y fui a la cocina como si no hubiera oído nada, me sentía tímido y muy incómodo. Que se las arreglara Monique.

René estaba frotando el fregadero y todo relucía.

—Ya deja eso y vamos a tomar una copa.

—Estoy a punto de terminar, ¿qué te parece mi trabajo? —destilaba tranquilidad.

—Excelso.

—Antes, quiero pedirte un favor muy vago todavía.

—Encantado, sea el que fuere.

—Sabes que vivo en un hotel, ¿verdad?

—No. No lo sabía.

—No me gusta poner departamentos. Pero He acumulado en este último año una serie de cosas que debo guardar en alguna parte. ¿Podría yo tal vez...?

Lo decía con un gran recato, como si fuera yo a negarme o estuviera pidiendo algo desmesurado.

—¿Vas a cambiarte?

—Más... más que cambiarme.

Se ruborizó de pronto y le temblaron los labios. Caí en la cuenta de que René sufría con intensidad y eso me hizo reflexionar que lo atractivo, lo simpático que todos veíamos en René era la apreciación de esta capacidad de sufrir. Decidí no presionarlo.

—René, has perdido peso.

—¿Sí? No tiene importancia, siempre pierdo o gano peso con una rapidez extraordinaria.

Miramos por la ventana al mismo tiempo que vimos caer la nieve en grandes cantidades. Era la primera nevada del invierno y venía acompañada de un viento muy fuerte. Los dos pensamos lo mismo sin decírnoslo: Charlotte y él no podrían volver a la ciudad hasta el día siguiente... si tenían suerte.

—Puedo guardarte todo lo que quieras.

—No es mucho. Pero el hotel no es de confianza y como no sé cuánto tiempo...

—¿Necesitas dinero?

—No. Tengo algo. En todo caso, te enviaré un corto o un manuscrito que puedas vender.



No me miraba. Sufría entre otras cosas de una vergüenza profunda que no podía disimular.

—Vamos allá.

Volvimos a la sala y Charlotte, que hablaba, se interrumpió de golpe. René recobró el dominio y Monique me dijo con su cara de implicaciones.

—¿Ya vieron cómo está nevando?

—Sí. Preparemos el sofá del estudio. No pueden irse.

—Yo dormiré aquí en la sala. Basta con una cobija —dijo René apresuradamente.

Aunque era de lesa convencionalismo que durmieran juntos, la aclaración sonó como un rechazo y fue recibida como tal; Charlotte hizo un mohín apenas perceptible. Tal vez iba a tener un embarazo sentimental... si persistía en él, por supuesto.

Monique fue a ver al niño y me dejó solo con ellos. En seguida les propuse que cenáramos y nos fuéramos a dormir. Ya era tarde.

Así lo hicimos y pude apreciar que Charlotte se movía con una pereza que muy poco tenía de física y mucho de psicológica, como si no valiera la pena moverse, comer, escribir, respirar y ganar dinero. Era horrible, porque si algo resultaba bonito en ella era su personalidad dinámica, su destilación continua de sensatez y de actividad; ahora, pese a su cuidadosa presentación, parecía un personaje de hospital, una enferma incurable.

Cuando regresó Monique, también tenía el aspecto de contemplar una cosa lamentable y noté que trataba de abreviar tanto como fuera posible. En cuanto terminamos se llevó a Charlotte al estudio, hablaron un rato y luego vinieron a darnos las buenas noches.

Monique le deseó a René que durmiera bien y Charlotte hizo lo mismo con ambos, pero al despedirse de él, su boca se plegó en forma de súplica: le rogaba que durmiera con ella y él se hacía el desentendido. Cuando se fueron, me sentí obligado a decirle:

—René, si quieres pasar la noche en el estudio, por nosotros no te detengas.

—No quiero, Paul.

Se dejó caer en el sofá y se sirvió whisky en un vaso.

—René, voy a preguntarte unas cosas, ¿puedo? Ya sé que debo parecerte terriblemente curioso, pero soy tu amigo y... efectivamente, soy curioso.

Rió y abandonó su aire de reserva inflexible... hasta cierto punto.

—Adelante —se tomó el whisky y me pidió permiso para servirse otro.

—Por supuesto. Primero, quisiera saber si eres amante de la señora Watson.

Adoptó el mismo aspecto picaresco que le había visto en presencia de ella y le brillaron los ojos, como si fuera a soltar una gran carcajada.

—Pues sí, lo soy.

—¿Por qué? —mi pregunta era de asombro más que de intriga, ¿cómo podía René ser amante de aquella harpía y de Charlotte a la vez?

—Porque es una buena mujer. En sus momentos de intimidad, le gusta cubrirse de encajes y poner discos de canciones alemanas muy sentimentales. Me encanta llegar a encontrarla así; echada en un diván, con su boquilla negra, metros de encaje color marfil, el perro pequinés y su música. ¿Me comprendes? Tiene un sabor, una idea de lo que son ciertas cosas.

—Te entiendo. Es como si tú llegaras disfrazado de soldado prusiano con tu espada y tu bigote.

Ahora sí vino la carcajada.

—Me entiendes en un nivel más ridículo del que yo me acepto. Pero es algo así —se rió más—. Le he tomado unas fotos soberbias. Además, tiene un gran sentido del estilo también para los muebles. Su dormitorio es casi una copia exacta del de Madame Recamier.

—¡Dios mío!

—Le queda muy bien.

Los ojos de René eran cándidos, verdes, transparentes como un mar jamás transitado. Ésa era otra cosa: la pureza de René. Sacudí la cabeza y prendí un cigarro como si la gripe no existiera. Él estaba ahora un poco cínico.

—¿Más preguntas?

—Sí, muchas más. Aquí viene una grande, ¿eres homosexual?

Ésa no estaba en mis planes, pero me tentó con su actitud atrevida y bromista. Podía serlo, al fin y al cabo.

—Pues no. No me siento así.

—Perdona.

—No tiene importancia. Me lo han dicho ya muchas veces y se debe a ciertas peculiaridades mías. De muy joven, era peor, fui casto hasta que me casé. Mira Paul, por más que me esfuerzo, no me interesan las mujeres.

—Eso no es normal.

—Quiero decir que disfruto un acto sexual tanto como cualquiera, pero nunca encuentro suficientes motivos para llevarlo a cabo y luego me siento idiota.

—Hay quien se siente satisfecho.

—Sí, pero esa satisfacción no basta cuando se busca una cosa en el mundo —sonrió con amargura—. Una cosa que no se encuentra. Un... como si fuera un paisaje o darle la vuelta a la tierra.

No sabía cómo contestarle. En la forma de expresarlo se presentía una especie de germen infantil. ¿Cómo explicarle a un niño que debe abandonar la riqueza cósmica de sus juegos para obligarlo a casarse con una señora y fundar una familia? No es posible, es ofrecerle un centavo de cobre a quien posee millones de monedas doradas con las que se divierte a su arbitrio.

Al principio de esta conversación pensaba referirme a Charlotte y a su embarazo, ahora, no sólo me parecía ocioso sino que preveía una extrañeza y una indiferencia tales que convertirían todo lo otro en algo intemporal y muy alejado de la verdad.

La idea de que Charlotte existía con su problemática empeñada y competitiva se hacía cada vez más irreal. Era imposible que estuviera en un cuarto cercano, metida debajo de las sábanas y despierta, con la esperanza de que René fuera a buscarla cuando nosotros ya durmiéramos. Era, sobre todo, muy impertinente. Como una esposa insomne porque su marido no se convierte en la estatua de Neptuno que está en una fuente romana.

—¿Algo más?

—Nada más, René, muchas gracias.

—Creo que voy a escribir una novela.

Lo dijo con un tono frívolo, como si supiera que nadie es capaz de escribir una novela.

—¿Pronto?

—En cuanto me vaya —enrojeció súbitamente—. Eso no necesito explicarlo, Paul. Cae por su propio peso —luego una pausa—. Ni siquiera puedo decir que lo lamento. Se lo merece, ¿no crees?

Guardé silencio porque todos mis sentimientos me llevaban a darle la razón. Imaginé a Charlotte, de visita en su casa, explicándole a su madre cuáles eran las consecuencias de ser una mujer joven, inteligente y profesional, con su departamento propio colmado de bienes que le pertenecían por entero y no sentí lástima, a pesar de que sabía cuánta paciencia habría de tener y cuánta comprensión sería necesario fingir en los próximos meses, porque Charlotte jamás daría un paso atrás, ni perdería la vida de ese niño aunque nunca lo hubiera deseado verdaderamente.

—No espero ser perdonado por esto, ni por ninguna otra acción de mi vida —René habló con desesperación, de pronto muy adulto, muy solo—. Pero nunca decido nada sin estar seguro de que es necesario.

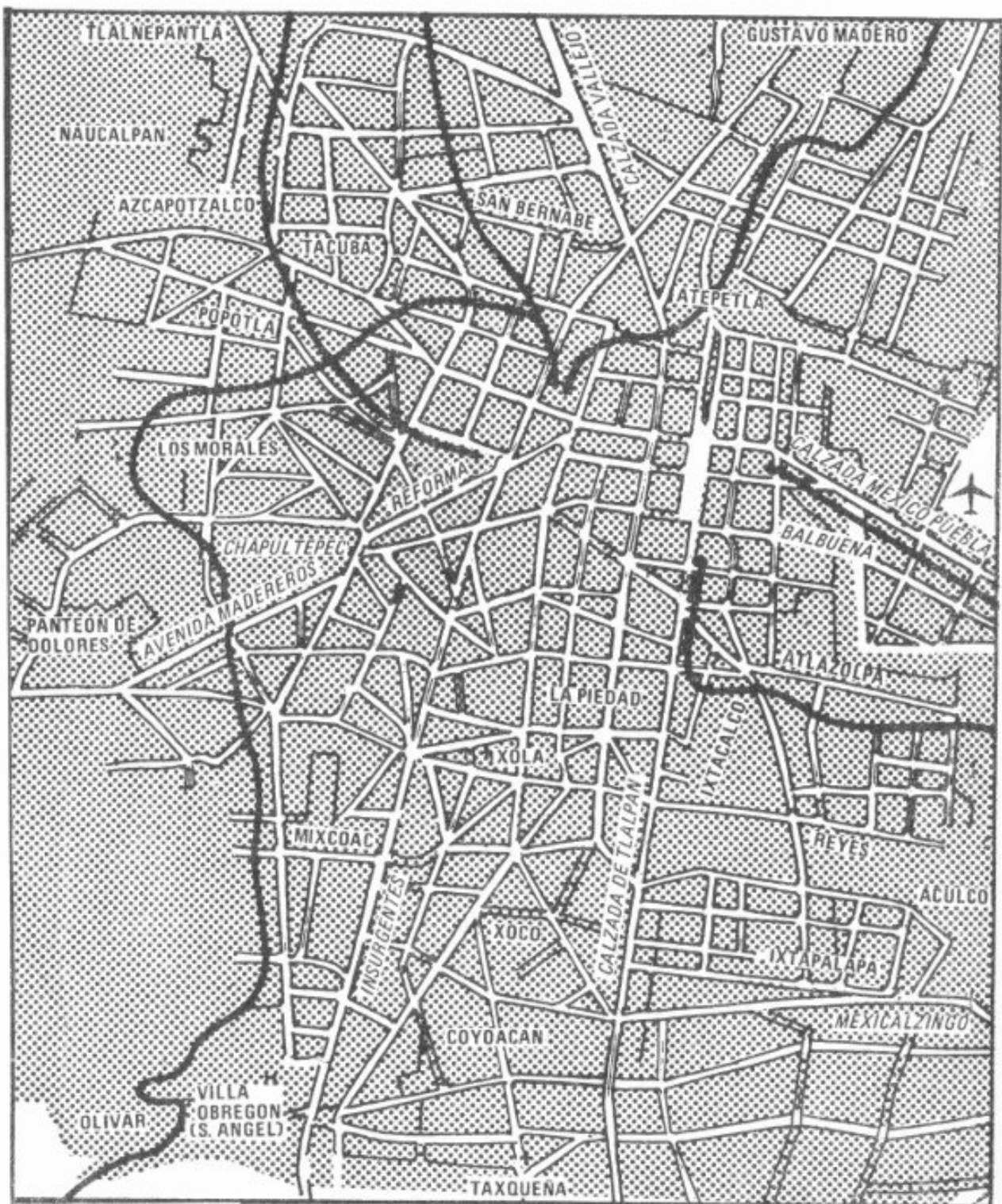
Lo miré atentamente. Sentado en el sofá, con las manos abiertas y vacías, era la imagen del despojo; como un árabe tendido a la mitad del desierto esperando que salga su último sol y sin alimentos terrestres, sólo con una luz que lo delata y dice que está vivo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y tuve pudor por haber comprendido algo que nunca podría repetir ni explicar.

—René, tienes sueño. Acuéstate.

Se dejó resbalar y puso la cabeza en el brazo del sofá, ya con los ojos cerrados. Lo cubrí con la cobija y fui a mi cuarto.

Monique estaba dormida y me besó entre sueños. Lloré un rato, de agradecimiento por ser yo mismo y de tristeza por la miseria de René.





Señora colombiana:

Sí, soy el mismo René que hace seis meses estaba en Amsterdam haciendo la reseña de un museo único en el mundo, luego pasó quince días en Ottawa y ahora está en México, joya arqueológica y eterno jardín... a más de otras cosas que ahora no vienen al caso.

Aproveché el viaje a Europa para ir al Loire, esto tú no lo sabías (qué maravilla hablarte de tú en francés), ni sabes nada del Loire; especie de aprendizaje cuya carencia jamás echarás de menos.

Murió mi padre. Era un hombre de edad avanzada que acostumbraba encerrarse con llave en su biblioteca largos ratos, después de suplicar que no se le molestara; lo encontraron muerto sobre una alfombra polvosa que era una obra de arte hace veinticinco años. Murió muy en carácter, solo, sin comentario alguno por su parte, entre sus objetos preferidos guardados en un cuarto que no se limpiaba porque era suyo y él no lo permitía.

Mi padre dejó una fuerte herencia que será, con el tiempo, para los hijos de mi hermana y para mi hija mayor, quien, según supe, se ha convertido en una bella niña de trece años, delgada, alta, culta para su edad... ¡es tan extraño! No quise verla porque tuve miedo de descubrirla demasiado diferente a mí mismo o demasiado perdida en los vericuetos del Loire.

La impresión de la muerte de mi padre fue curiosa. Recibí un telegrama de mi madre en Holanda y cuando llegué, al día siguiente por la noche, la encontré en un gran estado de depresión. Mientras mi hermana recibía visitas y condolencias, ella, retirada en su cuarto, hacía planes, si es que así puede llamárseles. Lo primero que dijo, antes de saludarnos, fue:

—Ya soy demasiado vieja para vivir en París. He perdido mis amistades y la costumbre del trato social. Tampoco quiero que me vean, no quiero ser observada ni comentada; ahora yo también voy a morirme en el Loire y me enterrarán en ese asqueroso cementerio de la aldea, en medio de gente desconocida que no significa nada para mí.

—Y seguramente mal vestida —le respondí sin poder evitarlo.

—Seguramente —siguió sin advertir la impertinencia—. ¿Pero entiendes? ¿Entiendes que París me ha traicionado y que ahora no tengo ninguna ilusión?

Lloraba desesperadamente y el énfasis de sus lamentos estaba en que la vida es demasiado larga porque Dios no tiene el menor sentido de las dimensiones de lo que puede soportar el cuerpo humano.

—¿Por qué no se lo llevó antes? Se ha pasado años en la biblioteca, sin hacer nada... Claro que él no pensaba lo mismo. Llegó a decirme que cuando estaba solo sentía la presencia de Dios. ¿Tú lo crees? Contéstame.

—¿Por qué no?

—Porque a Dios no le gusta esta casa.

—Está usted diciendo incoherencias.

No hizo caso, en otro momento me hubiera saltado al cuello.

—Tu padre pretendía hablar con Dios. Murmuraba días enteros y sonreía a solas.

—Tal vez rezaba.

—Pero Dios no le oía porque Dios no es estéril y la vida de tu padre era inútil... Era nefasta para todos nosotros. Hasta el padre Jean murió en pecado por causa suya.

—¿Cómo?

—Por consejo suyo no volvió a dirigirme la palabra y murió sin perdonarme cuando sabía bien que sólo él podía reconciliarme con Dios.

—¿Usted se lo dijo así al padre Jean?

—No, ¿cómo había de decírselo? Se lo hice saber a tu padre y no prestó atención. Respondió que Dios estaba en todas partes y que si no me reconciliaba por mi parte era porque no tenía la sensatez suficiente para darme cuenta de lo sencillo que era eso.

—¿Por qué no se toma usted una pastilla calmante?

—No quiero. Además, no me hacen efecto. Hace años que tomo entre cinco y seis diarias —se detuvo y caminó hacia la ventana, desde allí se volvió a mirarme—. No sabes el esfuerzo que me ha costado no convertirme en una alcohólica —su voz sonaba seca—. ¿Tú crees que vale la pena?

—No lo sé. Conviértase usted en alcohólica si eso la hará sentirse mejor.

Lo pensó un rato largo. Sin duda era la primera vez que alguien le daba un mal consejo no carente de ciertas ventajas.

—No —dijo al fin, muy firme—. Por Elène, por los hijos de Elène, por tu adorable Elise.

Se sentó en un sillón y empezó a llorar suavemente, sin sollozos. Nunca antes se había privado de algo por no hacer sufrir a otros y esto la hacía sonreír de júbilo entre las lágrimas. Tuve ternura por ella y casi no pude mostrársela; me senté a su lado y le tomé una mano. Así estuvimos un rato largo, hasta que noté que estaba dormitando. La dejé y bajé a ver a Elène.

Mi hermana es una mujer dulce, demasiado influenciable, poco inteligente y muy sentimental.

—Pobre papá —suspiró mientras me servía un coñac—. Debo contarte algo que pasó hace tres meses.

—¿Sí?

—Vino a verlo una señora alemana, ya de cierta edad y tuvieron una larga entrevista. Mamá estaba hecha una loca, subió a su cuarto y se puso a romper cartas y libros. Luego, la alemana se fue. Papá entró en un estado curioso, como si fuera feliz. Hacía años que no escribía nada y en dos meses preparó un ensayo que está a punto de ser publicado... dicen que es excelente. Trabajar de nuevo, escribir otra vez, fue demasiado para él; prácticamente dejó de descansar, apenas dormía.

—¿Cómo se llama el ensayo?

—Sobre las Ruinas de una Ciudad Oculta.

—¿Quién era ella?

—Según mamá, la que tuvo la culpa de este retiro. Una mujer que papá amó mucho... que le quitó la vida, según mamá. Y que causó su muerte.

Me sorprende sufriendo con un sentimiento casi catártico. Ella tal vez le había arruinado la vida, pero se la devolvió en el momento justo, para que no muriera en vano.

Señora, a mí no me da miedo el romanticismo y ésta es una terrible historia de amor. Al escribírtela padezco una especie de espejismo de oasis: ¿será cierto que esas palmeras que se ven a lo lejos son en efecto el fruto de las fuentes ocultas que nacen en medio de la arena?

Mi madre, la siempre joven Laura, se ha reconciliado con Dios sin darse cuenta y papá murió envuelto en luz de amor y de fuerza creadora. ¿Es cierto entonces que las historias absurdas tienen un buen final?

Tu paciencia dirá que sí, eso lo sé. Y tu vida, ¿qué te dice? ¿También tú tienes miedo de volverte dipsómana? Tú no tienes miedo, te embriagas con un libro de lectura y luego me escribes una carta exaltada. Me pregunto si sabes lo exaltadas que son tus cartas, parece que no vives con otras personas sino en un mundo satélite todo tuyo donde recibes ideas y emociones nada más para ti.

Dejé el Loire sin ver a la pequeña Elise. Vino dos veces a la casa. El día del entierro me dio tiempo de ver, entre telas negras, unos zapatitos muy lustrados que se alejaron a toda prisa cuando yo abrí una puerta. Tal vez ella... tampoco, ¿verdad? Es justo y no me da nostalgia. Tengo la seguridad de que en alguna parte, independiente de mí, existe algo mío. Basta con eso. A ti te basta con eso. Porque en tu satélite no está ese niño que amas tanto y a quien no acosas ni persigues.

Estoy en América, ¿no me sientes cerca? Debieras tener un sentido especial para saber que no estoy en Europa, ni en una isla, ni en el polo, sino sobre la misma tierra que tú pisas y si echara a caminar, no importa en qué vehículo, llegaría a tu casa sin despegarme del suelo. Son locuras, no pongas atención.

Señora, no puedo escribir tu nombre, como nunca pude decirlo, tal vez porque no me conformo con ninguno. Algún día te bautizaré y asunto terminado.

Debo explicarte que durante muchos años no he podido hablar de mis padres y ahora lo hago. ¿Por qué? Hay razones. Una de ellas reside en el hecho de que ellos son las únicas personas «rebeldes» que he conocido y he conocido muchas. Rebeldes entre comillas porque su vida fue un fracaso desde un punto de vista general, pero ya no lo es ¿me entiendes? Sí, por supuesto. Mis amigos, mis amigas, esa multitud que invariablemente me ha acompañado a lo largo del tiempo, aceptaban su vida por instinto, por indolencia. Mis padres no. Ahora, ha ocurrido algo que me permite decirlo, contártelo, decirte algunas cosas más... Hay sucesos que son el círculo de un compás que se cierra. Dime ¿estoy dentro o fuera?

Tú también aceptas, pero de una manera... ¿Por qué eres como yo y te gusta hacer decisiones a plena conciencia? Es duro, duele, y las haces.



He conseguido, por obra de un amigo, una casita en los confines del Valle de México, más allá está un campo cultivado y luego las montañas; hay vacas. Cuando no duermo miro un amanecer amarillo pálido sobre un campo verde esmeralda que humea. Nunca antes había hecho la reflexión de que la alfalfa es bella.

¿Qué hago aquí? Pensarás que lo mismo de siempre, pero no, esta vez alimento mi cobardía de varias fuentes escondidas. ¿Habías pensado en lo cobarde que puede ser tu amigo René? ¿Sí? ¿No?

Lo soy. No puedo ir a un lugar relativamente cercano que se llama Ixtapan de la Sal porque temo descubrir la muerte de una amiga. Una señora anciana cuyo retrato me acompaña y que me dijo la verdad alguna vez, igual que tú, no como muchos otros. Viví en su casa hace años, en un viaje de huida a raíz de un suceso que no está hecho para que tú lo sepas. ¿Ves que también soy tímido?

Tu última carta, como tantas otras, era muy bella. Me gusta que ilustres tu vida con citas de Faulkner y el monólogo de Hamlet. Es verdad, encanto, no hay ser o no ser, se es en sueños, en insomnios y en espíritu, eternamente.

La eternidad es una sensación difícil; indignante ruando todavía es una palabra, temible cuando se cree en ella sin comprenderla. Tu eternidad, en cambio, es la paz, el alejamiento de las cosas percederas; el cuerpo, por ejemplo. Quién sabe dónde pones tu cuerpo por las noches. Debes de sumergirte en un estanque o dormir en el hueco de un árbol, como las ardillas y las bacantes.

Yo no pongo mi cuerpo en ninguna parte tangible porque se resiste al descanso tanto como se resiste mi alma a tomar un somnífero. A veces, te lo confieso, me duermo en medio de inhalaciones alcohólicas que me producen calma al tiempo que un descanso ilegítimo y tramposo.

Yo no quería hacer trampas, no entumecerme, no mentir, ir a las cosas en un tono directo. Di tú si lo he logrado. No lo dirás porque no es cierto, porque esta carta es la prueba escrita de que no me atrevo a ir a Ixtapan de la Sal ni tampoco a otras partes del mundo y me conformo con mirar los campos de alfalfa antes de que el sueño me venza y suba el sol reseco y deslumbrante. Me quedaré un tiempo más bien corto; seis meses, tal vez. Eso dije cuando me entregaron la casa.

Te advierto que si alguna vez pasó por tus ojos el escándalo cuando viste mi cuarto en el hotel cubano, eso no quiere decir nada comparado con esta casa, que es el descuido vivo. No puedo arreglármelas para tenerla limpia, ni para tirar la basura, ni siquiera para comer a horas fijas. Pero tú no la ves, tú estarás poniendo la castidad de tus ojos en armarios llenos de sábanas dobladas a la perfección, o en tu pequeña biblioteca sacudida escrupulosamente, donde según me dices los libreros son blancos, tu mesa está pintada de negro y el suelo de mosaico reluce y zigzaguea.

Pensaba enviarte una buena reproducción de Modigliani que compré en Amsterdam; luego recordé que nunca hago regalos y no quise romper viejas costumbres. La tengo conmigo y tal vez me decida a hacer una excepción por vez primera. También un libro de reproducciones menores que... ¿me quieres hacer el

favor de explicarme por qué digo todo esto? No, seguramente.

¿Cómo hará la mayor parte de la gente para cultivar la desfachatez de hacer preguntas vulgares? A mí me gusta hacerlas peculiares, pero no por carta; no me privaría del gusto de mirarte a la cara cuando te resulto impertinente. ¿Qué es lo primero que ves cuando despiertas? Estoy en un estado de ánimo contradictorio, lo habrás notado.

Seguramente no me atreveré a ir a Ixtapan de la Sal. Cuando estuve allí mis relaciones más íntimas las tuve con una vaca: la ayudé a parir. Son las más íntimas que he tenido en mi vida... salvo las que tengo contigo. La vaca y tú son hasta ahora mis mejores amigas, ¿te ofende?

¿Te ha dicho alguien que eres una mujer espantosamente severa? Pero no dura, eso lo sé. Además, pudorosa; cuando se te caía el escote en forma de ojal de tu blusa aquella, te lo componías inmediatamente, hasta que un día noté que lo habías asegurado sobre tus hombros con unos alfileres, parecía que lo traías clavado. No te gusta que te miren las piernas... quién sabe por qué, no las tienes feas. Estoy abusando de tu paciencia, ¿verdad? Tacha lo de las piernas con la tinta verde que usas para escribirme y si te molesta, también lo del parto de la vaca. A mí me da pereza.

Encanto, pienso que ésta será una carta muy larga y desearía, si te es posible, que la tuya no lo fuera tanto para que llegue más rápido, porque estas cartas largas se escriben a ratos y tal vez te lleve algunos días. Conmigo no es igual, ya que no cuento los días ni las noches desde que estoy aquí. Trato, eso sí de no ver la mañana: el humo del valle se vuelve polvo, el sol repiquetea, todo me deprime.

¿Sabes que las palomas se encantan comiendo estiércol? Pues sí, lo hacen, las he visto. Una buena lección para los poetas y los que las ponen de ejemplo para proclamar la felicidad conyugal. También las tórtolas hacen eso. He acabado por pensar que lo singular y atractivo en estos animales es el gusto por la mierda. Perdonen tus oídos colombianos y tus ojos también.

Me he tragado tres botellas de ron y no me he convertido en dipsómano, cuando mucho, con el tiempo, vendré a ser un hombre que duerme, ¿no te parece? Mí madre, durante un año, se bebió quinientos dólares de oporto y no tomó la costumbre. Evidentemente sabía que el alcoholismo requiere, por lo menos, un gasto tres veces mayor.

Un día me atreví a ir al centro de la ciudad, como a las seis de la tarde; mecánicamente pasé por el llamado Zócalo, una de las plazas más grandiosas del mundo, y fui a dar a los barrios pobres. Esto, por algún motivo, me sucede en todas partes... además, hace años, alguien me habló de ellos; tenía razón. No es posible conmovearse, es necesario odiar. Tú no evitas hablar de la miseria, de la ignorancia, de la corrupción y del desperdicio; yo lo hago con mi cámara. Lo difícil es la actitud, porque todo cuanto se diga o se haga resulta poco, durante quién sabe cuántos años resultará poco. Se pasará el tiempo en planes, en arreglos, tal vez hasta en mentiras porque ante una situación así, con gobiernos como éste, no hay rapidez posible. Los

fotógrafos, los periodistas, los que se interesen por esto según sus medios de expresión harán el papel de plañideras durante medio siglo, tal vez. Ése es nuestro oficio, gemir y lamentar. Vergüenza.

Yo, a la inversa de la señora Laura, no pienso en Dios cuando veo estas cosas, pienso en el hombre y lo odio. Lo odio cuando comprende y no actúa, cuando aprovecha para sacar ventaja, cuando no entiende y dice que es feliz. Un mexicano no tiene derecho a ser feliz, tenga lo que tenga y haya hecho lo que haya hecho, las dichas de los sobrevivientes son oscuras y sus triunfos no cuentan.

El que suscribe es un sobreviviente y habla con conocimiento de causa. He abandonado y tratado de olvidar la miseria humana particular que se puso en mis manos para no dejarme ahogar, hundir por ella. Ahora no bastan los documentales, ni los artículos incisivos e indignados; ahora no sería suficiente el tiempo que me queda de vida para justificarme.

Por eso, antes de abrir los ojos, siento que soy un pez abandonado sobre una tabla, un pedazo de carne, lo contrario de hombre, lo contrario de todo.

La clave es, pues, el antagonismo. René por su lado y el mundo repleto de alfalfa por el suyo. Tus cartas, el puente que los une, un puente donde no se camina, se le admira de lejos.

Desde muy lejos, señora colombiana. ¿Cuánto tiempo hace que no oyes una palabra de amor? Eso no me lo has dicho. Yo nunca he pronunciado una palabra de amor ni he sentido necesidad de ello. Yo soy un caballero andante, con la espada un poco en desuso, capaz de participar en alguna batalla y de portarse con la nobleza de rigor, pero no tengo dama a quien pudiera hacerle largos discursos.

Y tú... tú vas a terminar hablando a solas, teniendo visiones coloridas de cuadros famosos y consumada maestra en el arte epistolar. Nunca lo dices y sé que estás muy sola, pero estaba previsto. La noche que me regalaste el barco de papel (no te diré si lo conservo), sabías que en adelante te comunicarías sólo a larga distancia con cuanto te rodea, no nada más conmigo. Lo aceptaste.

El otro día, me escribiste algo sobre el perfil de una Madonna de piel blanca y lechosa que a mí me es antipática. ¿Por qué te gusta? ¿Porque no te pareces a ella? ¿Te comunicas ahora también por comparación y tu aislamiento te lleva a comportarte como si fueras una esencia universal? Cuando me escribas de nuevo, háblame de esto; te anticipo que no son preguntas indignadas, sino impacientes. No te olvides.

A mí me gustaría que no fueras sensata ni modesta y confesaras ser la llave cósmica con la que se abren todas las puertas; yo lo creería y entonces... No te ofendas, encanto. No estoy tratando de herirte, sino expresándome en forma burda pero cierta, es todo.

¿No te has preguntado a estas alturas lo que hago cuando no te escribo? Era una sorpresa pero tengo necesidad de que lo sepas sin mayor dilación: estoy escribiendo una novela. Ya llevo lo suficiente como para estar seguro de que en efecto es así. Hay

un cerco de magia que me impide decirte de qué se trata como antes lo hubo para impedirme hacerla. Aquí, sobre una mesa de cocina que he conservado limpia para poner las hojas, escribo diariamente, mucho, sin detenerme, porque ha llegado el momento. Como si la novela estuviera hecha en un sitio lejano e imposible y me llegara en ondas para que yo, con mis pobres instintos, la reciba. Por supuesto no se trata de Troya pero sí de las ruinas de una ciudad oculta, aunque no ha de llamarse de ese modo, porque el ensayo de mi padre, como te dije, lleva ese título. Los dos, al fin de algo, de un tiempo o del tiempo, hemos escrito sobre las ruinas de una ciudad que no se deja ver, que no se alcanza. Esa que cada uno llevaba en la cabeza sin caer en ello.

No más de mi novela porque muchas, interminables veces te hablaré de ella hasta que por fin te llegue envuelta en papel celofán y con un lazo de seda, como si fuera una caja de chocolates para mi dama. ¡Lo dicho! Y qué poco es.

Mujer estudiosa, ¿qué haces cuando estás cansada y te divagas? No me digas que vas al cine. Te ríes, lo sé. Claro que vas al cine, y ¿cuándo regresas? ¿Tienes insomnios? No, tú no eres así. Además, te gusta la costura, qué asco. Nunca me lo dijiste, pero descubrí que tienes marcado por el dedal el dedo tercero de la mano derecha. Es evidente que en La Habana también bordabas, de noche o de mañana, cuando me decías que estabas preparando tu clase, mentirosa.

Lo entiendo, yo en cambio sé hacer muchas cosas que jamás hago cuando vivo solo, sino en casa de otros. Por ejemplo, limpiar y cocinar. Es una coquetería y no se me oculta, es uno de mis múltiples artes de seducción, tanto como el epistolar. Esto no es riguroso porque no acostumbro escribir, pero lo demás, es cierto. ¡Si vieras la cantidad de platos que he lavado en casas ajenas! Siempre me quieren mucho y se sorprenden; también hago eso porque no los quiero igual y nada me sorprende.

Soy seductor por pura alevosía, por pura culpa de sentirme carente de atractivos reales, no soy abnegado, ni afectuoso, ni amable, ni me gusta entregarme y jamás me he puesto en manos de nadie. La prueba es que tú, encanto, estás absolutamente seducida aunque tal vez ahora se te haya ocurrido lo contrario y estés con el ceño arrugado, muy dubitativa, mirando la pata de una mesa. Estás seducida porque a pesar de tus precauciones, en esta larga correspondencia, me has entregado tu alma... y sí, tal vez la mía. Bueno es saber que tú eres su guardiana.

Sé lo que dirá tu próxima carta. Aparte de lo previsto, me aconsejarás que duerma, coma y trabaje con un horario: las novelas son como pájaros y llegan a una misma hora; me advertirás en tono irónico que no es sano guardar la basura no vivir en medio del polvo y hasta me enviarás a cortarme el pelo.

Te ganaré la partida de cualquier modo; haré todo inmediatamente y cuando tu carta llegue, podré pensarte con aire de superioridad. Trampas, trampas, trampas. Desde luego, no admitiré que me digas que estás seducida a medias, no lo intentes.

Mi novela será el primer regalo serio que le hago a alguien, luego, ya en el desorden más absoluto, te enviaré la reproducción y el otro libro con la sensación

desagradable de haber roto mis principios.

La novela habla de una ciudad espléndida que se presupone, ya que está perdida, pero no para siempre; habrá una intuición maravillosa que la descubra y la describa en un estado alucinatorio y de revelación. Así se darán a conocer sus calles, sus sitios de reunión, el tono de sus luces. Sabemos que existe porque desde el principio de la mitología hubo un hombre que salió en busca de aventuras, atado a su camino, pasó pruebas y alcanzó su meta. ¿Qué cosa es el destierro sino la aventura? Cuando Adán y Eva fueron entregados a su sendero y a sus pruebas, al recorrido extraordinario que debía trasponer el esfuerzo del trabajo y el dolor del parto, su meta era el Paraíso, lo recordaban confusamente y sabían que esa meta era el vago recuerdo de su origen. Todo viajero va en pos del Paraíso y todo contratiempo está medido para que sus fuerzas puedan superarlo si lo asiste la verdadera nostalgia, la auténtica aflicción por la ausencia.

No mires así, no te llenes los ojos de lágrimas porque tú también estás de viaje, sueña con tu destino y sonríe.

Si puedo (podré) escribir este libro no será necesario ir a Ixtapan en busca de la señora Mac Dowall: habré cumplido con ella para siempre.

Sin embargo, la novela me la regaló otra persona. Fue cerca de una aldea indígena más allá de Ixtapan, un día de excursión y de desaliento. Iba por un camino y me encontré un muchacho ataviado en la forma más adecuada para hacer un viaje. Estaba sentado en el suelo y descansaba; me acerqué y no se sobresaltó. Con mi mal español le pregunté adónde se dirigía y él con el suyo no menos malo me explicó que simplemente se iba.

—¿Adónde?

—Lejos.

—¿Por qué? —dije esperando escuchar la historia usual de las dificultades económicas o familiares.

—Así es.

—¿Cuándo regresas?

—A su tiempo.

—¿O piensas irte para no volver?

Se alarmó; esta idea le parecía cruel o monstruosamente antifilosófica, algo.

—No, me voy para volver luego del tiempo.

No hablamos más, pero yo entendí. Le ofrecí dinero y no lo aceptó, luego mi morral y le pareció ridículo; re chazaba con la sonrisa del que sabe cómo son las necesidades del viajero: visuales y emotivas. Cuando se fue me vinieron a la cabeza mil asociaciones de índole religiosa. Ese muchacho iba a ser calcinado en un monte y reviviría, las montañas se abrirían a su paso y brotarían manantiales para apagar su sed.

Ahora sí tiene sentido el retiro de la señora Laura, mi destierro, la soledad, el hambre, el espanto y la renuncia. Tiene sentido que estés sola en Colombia envuelta

en perfiles de madonna y terciopelos eternos, al lado del que más quieres sin ser correspondida. Tu hijo es tu prueba y yo te juro que tu ciudad existe. Porque es así, así se cruzan los senderos y vienen los encuentros que no son en vano con sus palabras iluminatorias.

¡Y yo que no quería hablar de mi novela! Debo decirte que el significado de las palabras del muchacho vino a mí en un momento relativamente reciente. Fue en el Loire, cuando ya me iba. Una mañana salí muy temprano a caballo, fui a dar a la orilla del río y pensé en toda el agua encajonada que está repartida por el mundo, en la ironía de que vemos pasar la misma y no otra nueva, en que todo tiene un solo centro donde giramos... eternamente es la palabra. Volví a casa enloquecido de vergüenza por haber sido tan romo y no haber caído en la cuenta antes; recordé cuántas personas, cuántas cosas, cuántos sucesos me lo habían dicho sin que yo comprendiera. Apresuré mi viaje. El gran desastre de la especie humana es la falta de sabiduría, es la falta de...

No estoy desesperado, pero, sí lo estuve. Me calmé al escribir la primera línea; esta novela se terminará para que la calma me presida y para que algún día alcance la tierra prometida.

Algún día, tú y yo caminaremos por los campos de Troya y repetiremos las últimas estrofas del suicidio de Ajax, el estulto que no supo encontrar la vuelta a Salamina. El día que tu hijo entienda que debe volver a su lugar de origen y lo descubra en esa isla colmada de peces y mariscos que es su madre.

Pero encanto, ¿te es absolutamente necesario? Ya hice la pregunta que hace vacilar las ilusiones, la mala pregunta. Yo también tengo un hijo y en el esquema anterior no tiene sitio. Su madre sí, en cambio. ¿Conoces las leyendas irlandesas en que el hombre de corazón gentil besa una bruja y la convierte en hada? Pues bien, a esa señora se la puede besar sin que ocurra absolutamente riada; no sabes qué persistente es su naturaleza brujeril. Mi hijo debe de ser un duende... o un ángel, no se sabe. No sé por qué lo he escrito.

El tuyo, en cambio, es un abogado en ciernes; pero también los abogados, con su toga y su bonete, hacen excursiones benéficas.

No te hieras. Ocurre que no puedo reconciliarme con eme estés allí, quieta, en actitud de espera. Para todo hay razones, por supuesto, pero yo soy un hombre de esencia contradictoria y hay cosas que sublevan mi sentido de la justicia. Te pareces a México, siempre esperando el momento feliz en que sus hijos adquieran una conciencia. Ocurrirá, la fe logra el milagro.

Lo digo con indignación, con rebeldía: ¿qué quiero que hagas? Quiero que vuelva el año pasado para encontrarte en Cuba y que todo suceda exactamente como fue. Decirte lo que ya te dije, que tú seas como fuiste sin cambiar una sílaba, una mirada o un movimiento. No otra estancia allá, no otra secuencia de vida, sino la misma. Eso deseo que hagas... y debe poder lograrse porque es la primera vez que tengo envidia del pasado. ¿Me entiendes? Antes no había más que una peregrina sensación de

alivio, de poder respirar mejor porque alguien se había ido o yo me había ido. He descubierto el antes y el después; desde entonces, todo es después.

Te ruego no contradecirme y tampoco me contestes este párrafo que escribo con mano sudorosa: ¿verdad que tus palabras de amor son el silencio?, ¿verdad que quien viva el amor contigo se verá sumergido en una calma sin nombre y sin límites?

Si yo fuera tú no hubiera contestado ninguna de mis cartas impertinentes y cegatonas. Por fortuna tú las contestas en abundancia y hasta te sientes en libertad de hacerlo cuando te viene en gana, aunque sean tres renglones. Conservo tus cartas, hay una, muy parca, que casi me sé de memoria:

«Hoy, un momento de felicidad como un rayo de sol. Extraño en un día no hecho para la felicidad. Gratuito, en la calle, sin saber por qué. Tan extraño que te lo comunico inmediatamente.»

¿De qué se trata? ¿Ahora yo te mando tus cartas? Esto se debe, sin dar lugar a duda, a la fascinación que ejerce sobre mí Las Mil y Una Noches. A los cinco años de correspondencia, me dirás:

—Lo siento mucho, pero hoy te escribo la historia de la mujer que escribió la primera carta...

Añadiré un detalle picaresco para aterrizarte, porque apostaría que ese libro lo has leído en las versiones para niños: cuando Scherezada le dijo al sultán algo parecido ya tenían varios hijos y él no estaba enterado. Eso ocurre a los hombres difíciles de contentar. Algún día me enviarás las fotografías de nuestra prole epistolar. Qué escándalo.

Ahora debo cambiar de tema a toda prisa, eres capaz de no seguir leyendo: conservo el barco de papel y tengo conciencia de haberte regalado una semilla negra. ¿Dónde la guardas? Esta pregunta ya no es tan discreta porque supone, en primer lugar, que la guardas, en segundo una capacidad insondable de meterme en tus asuntos, y en tercero una conclusión atrevida: me meto en tus asuntos en tanto que los considero míos. La culpa es tuya, por haberme dicho que eras como yo, pero querías vivir del lado opuesto. ¿Me lo dijiste o lo soñé?

Si Hilda, mi amiga pintora, se expresara en palabras y no en formas, ustedes dos serían muy parecidas aun cuando son distintas. Voy a explicártelo. Hilda vive en un estudio inmundo lleno de harapos manchados donde limpia sus pinceles; cuando vas de visita sientes el olor a pintura desde el primer descanso de la escalera. Viste unos pantalones negros, siempre los mismos, salpicados de todos colores y uno o dos sacos descosidos debajo de los brazos. El desorden es total; una vez, por poco me siento en un plato con dos huevos fritos. Nunca sale a la calle, en Ottawa, se la conoce más en retrato que en persona; siempre se manda sacar fotografías artísticas donde se ve atildada, sobrecargada y bella, como si fuera una actriz. Y pinta sin parar. Su último cuadro, en azules, era un conjunto de formas añoradas que producía sobrecogimiento; una Troya azul, para decirlo sin rodeos.

Ya te habrá parecido repelente. Tú te cambias ropa dos o tres veces al día, tus

vestidos son impecables y tu cuarto de trabajo es una maravilla de limpieza y buen gusto. Comes con finura, te lavas como una auténtica hispanoamericana y hueles a jabón a tres metros de distancia... pero también tienes una Troya azul. La compartes conmigo y con Hilda, ya lo sabes, no es tuya sola. También con un anciano que ahora descansa en olor de antigüedad y perfume de flores disecadas.

Mi padre se retiró al campo cuando yo era un niño de seis años. El último recuerdo vital que tengo de él está en el Foro Romano: yo sentado sobre una piedra y él diciendo un discurso de Cicerón. Es bastante tal vez ese padre de cabellos blancos y rostro iluminado diciendo las palabras de la historia con emoción, para declararle su asiduidad; entonces y durante muchos años, yo pensé que mi padre estaba perdidamente enamorado de Roma. Ahora sé que no, Roma nunca lo hubiera convertido en el anciano del Loire.

Cuando tenía catorce años y gracias a una de mis expulsiones del internado, pasé unos días en el Loire. Una noche me salí de la casa entre otras razones porque había adquirido la costumbre de no dormir y empecé a caminar al azar. Era una noche clara de primavera. Antes de llegar al río me detuve no sé por qué, por instinto; casi en seguida escuché pasos y murmullos. Era mi padre recitando el principio de un poema de Catulo.

—Oh, Lesbia mía...

Tuve un sentimiento de terror mezclado con otro de fascinación. Iba despeinado, sin corbata, con la camisa abierta, el rostro angustiado y profético parecía el de un buen actor en un drama romántico. Al grado que después de haber visto que llevaba las manos vacías siempre recordé el incidente relacionándolo con una rosa roja. No me atreví a seguirlo y volví a la casa antes que él... ¿De manera que papá se paseaba entre la maleza recitando poemas amorosos? Tenía una inmensa vergüenza de haberlo descubierto. ¿Quién era yo, después de todo, para saber aquello? Después del paseo estuvo dos días sin salir de la biblioteca, por cansancio o por fiebre de amor.

Ésa fue mi primera impresión del amor, un espectáculo que se admira en silencio y del que uno está naturalmente excluido. El amor era el teatro, la ópera, los títeres y el mundo. Por supuesto es una distorsión, una distorsión que me deja completamente indiferente. No es el amor frotarse el hocico y la piel como los perros, usted disculpe, señora colombiana; ni cazarse los unos a los otros para convertir la vida en un nudo ciego y posesivo, ni refugiarse en una cueva cómoda a espulgarse los piojos, como los monos. Es... otra cosa.

Una vez me dijiste que la mayor prueba de amor es la aceptación de las peculiaridades y yo te pregunto: ¿me amas acaso? Pero tienes razón (haz caso omiso de la monstruosidad que acabo de formular) y no es sólo la aceptación, sino la admiración de las peculiaridades. Yo, por ejemplo, he empezado a amar esta ciudad rodeada por los cuatro lados de la más espantosa podredumbre humana y como ha ocurrido eso no me espanto ni me parece podredumbre. Ahora es amor.

¿Recuerdas que un día llegué a tu cuarto del hotel, toqué desesperado y cuando



me abriste entré como un relámpago y empecé a quitarme los pantalones mientras te explicaba que tenías exactamente dos minutos para componerlos porque me estaban esperando para un programa de televisión? Ni siquiera parpadeaste; sacaste la aguja, el hilo y el dedal y te sentaste en tu cama a coserlos mientras yo daba vueltas como un tigre enjaulado. En una de tantas, me miré al espejo: tenía los calcetines caídos, las faldas de la camisa flotando por encima de unos calzoncillos extremadamente cortos que me parecieron comodísimos cuando los compré y mucho menos después de la primera puesta.

Terminaste y al entregarme los pantalones caí en la cuenta de que estabas muerta de risa. De no amarme un poco te hubieras enojado, ¿no es así?

Acabo de descubrir que he escrito la palabra amor y conjugado el maldito verbo por lo menos cincuenta veces en las dos últimas páginas. Me siento confuso y desmoralizado, sirena mía verde, hija de Troya.

Amemos pues la peculiaridad de los paisajes, de los rostros humanos, de los cuerpos maltrechos y las manías de los caballeros que andan con el caballo herido y el espadín en mal estado; eso en nada afecta la nobleza de sus intenciones ni la bravura de su corazón.

Lo del internado era muy especial. A las nueve de la noche todos debíamos estar dormidos. Yo pensaba que sí, esa noche sí. Pero a las once nada había ocurrido, estaba harto de los suspiros y de las palabras entrecortadas que escuchaba en boca de mis compañeros y necesitaba aire. Entonces, con toda facilidad, me saltaba por una ventana, salía a la calle después de hacer lo mismo con una reja y caminaba. Veía cosas malas, ¿sabes? Borrachos, prostitutas y hasta actos sexuales en algún rincón oscuro y no puedo decir que me gustara pero sabía que valía la pena. Entonces conceptuaba la vida del colegio como lo tedioso, lo mismo, lo no importante. Nunca hice nada que hubiera resultado terrible para el buen nombre de la escuela o el mío, pero descubrían mi ausencia, me hacían interrogatorios para saber si había tomado, me olían la boca, decían que era un pésimo elemento para la colectividad y me mandaban al diablo, o sea a la casa del Loire.

Hasta que di con el señor Clement. Este hombre había tenido, según se contaba, una juventud despreocupada y feliz que le duró muchos años, hasta que su familia perdió todo su dinero. Parece que después de eso desapareció varios años, para luego, con no poco trabajo, conseguir ser aceptado como maestro de latín en esa escuela de varones. Cuando conocí al señor Clement había hecho algunos votos religiosos, tenía como cincuenta años y estaba calvo. Gracias a él aprendí latín. Una noche, cuando él estaba de guardia, me descubrió colgado de la ventana a punto de saltar.

—¿Adónde vas, René? No te sobresaltes.

Acabé de dar el brinco y ya en tierra, le contesté.

—A la calle, señor Clement.

—¿Lo haces a menudo?

—Casi todas las noches, señor Clement.

—Y... ¿no te agotas? ¿Puedes trabajar bien al día siguiente?

—Sí, señor Clement, perfectamente, nunca dormito en clase.

—Es verdad, jamás te he visto hacerlo —meditó un momento—. Y ¿te es absolutamente necesario salir?

—Sí, señor Clement —me sentí tímido—. Perdóne usted.

Me miró con atención y con algo que no era precisamente lástima, pero se le acercaba.

—Muy bien, René. Buenas noches. Procura volver alrededor de las doce.

Me quedé pasmado y regresé a tiempo. Esta situación se prolongó a lo largo de dos años y el señor Clement nunca me preguntó qué hacía en la calle; si me pidió que regresara a las doce fue porque a esa hora terminaba su guardia. Supe, por la señora Laura, quien pedía informes bimestrales de mi conducta, que se expresaba de mí en forma elogiosa. Al irme de ese colegio no pude despedirme de él porque estaba enfermo y le dejé una nota con muchas frases de agradecimiento y ninguna explicación. No las necesitaba, su mentalidad renacentista se basaba en la imaginación para comprender al prójimo y le daba excelentes resultados.

¿Te has dado cuenta, maestra, del prodigio de imaginación que es el Renacimiento? Eso demuestra que cuando el hombre fantasea siempre está en lo cierto: el descubrimiento de América me da la razón.

Así haré un viaje yo, un día de éstos. Y descubriré un continente o una ciudad purpúrea, perdida y encontrada, Troya. Todo nos lleva a Troya, ya que de ninguna manera puede conducirnos directamente al año pasado, pero el año pasado podrá recuperarse una vez allá.

¿Te dije alguna vez que estás en mi documental? Al editarlo te conservé dentro de él y en varios cortes para uso especial mío. Fue el día aquel de los pinares, cuando melancólica y discretamente te alejabas de mí para que trabajara. ¿No se te ocurrió nunca lo rápido que se toma un pinar, una cabaña o una estatua? Yo me pasé el día entero... espiándote. Te saqué de perfil en un fastuoso fondo de bambú, bajo un ave negra que voló cuando tú te acercaste, cuando distraídamente te tocabas el codo porque tenías un agujero en el sweater, cuando te quitaste un zapato para sacudirlo porque se había metido una piedra... tienes un pie muy bonito. Ahora mismo te veo, aquí estás en una tira negra con tu zapato, tu pie y tu sweater viejo. Esto no lo sabías porque no se puede escribir en Ottawa, ni en Holanda, ni en el Loire. Sólo aquí, a unos kilómetros de Ixtapan de la Sal, donde uno no se atreve.

Sé que ella ha muerto porque a los ancianos no podemos abandonarlos durante seis años y regresar como si el tiempo fuera nada. El tiempo es algo, esto, la muerte de algunos. No puedo enfrentarme a Micaela abandonada, vuelta a su origen lejano y religioso, a la alfombra, ahora sí, desaparecida para siempre, al sillón, a que nadie coma mantequilla y paté ni lea a Dickens.

No puedo permitir que pase el tiempo, encanto, escribo cartas largas, no duermo y no cuento los días. No quiero volver al Loire para enterrar a la señora Laura en gracia

de Dios, ni viajar para dejar en cualquier lado, al azar, un trozo de mí mismo.

Aquí tu René, sumergido en alfalfa, escribe su novela para detener el tiempo y los movimientos estelares. Más bien para adelantarle al tiempo cinco pasos y dejarlo extasiado hablándole de la ruina futura y deslumbrante.

No me ha sido posible tirar la basura y la he enterrado para mortificación de las palomas.

Aquí termino, amor. Colombia está muy lejos y no sé todavía si seré capaz de alcanzarla, pero si no ocurriera, nos veremos en Troya.

*México, marzo de 1965*